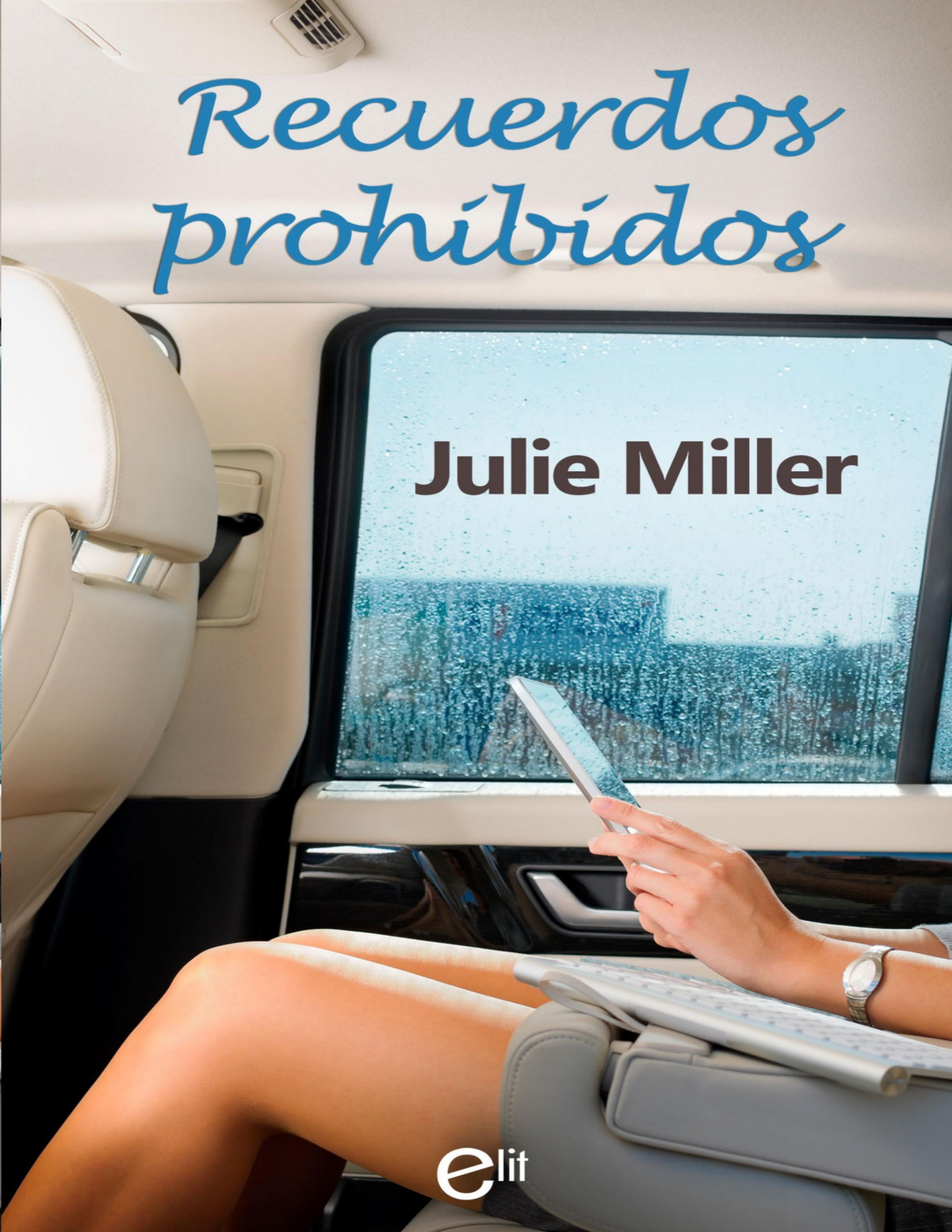
Recuerdos prohibidos



Julie Miller

elit

RECUERDOS PROHIBIDOS

JULIE MILLER

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2004 Julie Miller
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Recuerdos prohibidos, n.º 222 - septiembre 2018
Título original: Unsanctioned Memories
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin
Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com
I.S.B.N.: 978-84-9188-913-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14

Prólogo

—Maldita sea, O'Rourke. ¿Es que nunca fallas?

Con una eficacia mecánica, el agente especial del FBI Sam O'Rourke rellenó el cargador vacío de su pistola Sig Sauer y se ajustó las gafas protectoras y los auriculares aislantes para no oír los comentarios escépticos de su compañero, Virgil Logan.

Mientras sujetaba entre las manos la empuñadura de la pistola, apuntó a la imagen de John Dillinger que había al fondo de la galería de tiro y se imaginó a un hombre sin rostro en el punto de mira. «¿Cabeza o corazón?» ¿Realmente importaba? Disparó quince veces sobre el objetivo de papel antes de contestarle a su compañero.

—Hay que tener un pulso firme —quitó el cargador vacío—, una vista perfecta —pulsó el botón para alejar el objetivo— y nervios de acero.

Virgil intentó reírse, pero su cara de color café con leche mostraba signos de preocupación.

—Normalmente, un tirador de primera pide el traslado a una unidad táctica, pero tú te empeñaste en seguir en Estupefacientes.

—Pero sólo para estar cerca de ti.

—Claro —Virg era demasiado listo para creerse la ingeniosa réplica de Sam.

Arrancó el objetivo de su soporte y contó los agujeros que había dentro de los dos círculos que constituían un disparo mortal.

—Quince de quince.

Sam dejó escapar un suspiro comedido. Su pericia era ya casi lo único que le reconfortaba. Todas y cada una de esas balas eran por Kerry. Algún día tendría ocasión de cargarse al asesino de su hermana. Cuando ese día

llegase, estaría preparado.

—Tengo que practicar para mantenerme en forma.

—Sí, es tanta práctica lo que me preocupa.

Virgil se quedó de pie junto a él mientras Sam desmontaba, limpiaba y enfundaba su pistola.

—Dixon cree que la tensión por la violación y el asesinato de tu hermana está resultando demasiado para ti.

El mal genio irlandés de Sam pugnó por salir.

—¡Pero si ya me ha condenado a trabajar en un despacho!

Virgil levantó las manos para indicarle que se rendía, y le recordó que él era sólo el mensajero. Y un amigo fiel y preocupado.

—Quiere que te tomes un permiso por el fallecimiento de tu hermana. Para que te calmes antes de dispararle a alguien que no debas. Antes de que te derrumbes.

—¿Eso es lo que crees tú también, que estoy a punto de derrumbarme?

Virgil negó con la cabeza.

—Sé que necesitas trabajar para tener la cabeza ocupada —su compañero intentó esbozar una sonrisa. Cuando Virgil Logan se ponía serio, Sam le prestaba atención—. No quiero verte cometer un error y que la situación se vuelva contra ti. No quiero verte trabajando de guardia de seguridad sólo por haber perdido el control.

Sam respiró hondo. Se inclinó hacia delante y apoyó ambas manos sobre el panel de tiro.

—No voy a fastidiar las cosas, Virg. Sólo quiero que se haga justicia.

—Sabes que yo también lo quiero, pero tienes que darte un poco de tiempo para que se curen las heridas. No te has tomado ni un solo día libre desde el entierro.

Sam se irguió y se alejó de la cabina.

—Ver a ese desgraciado en el punto de mira de mi pistola es lo único que hará que me cure.

—Ésa es la manera de hablar que me preocupa. Cuando tienes la cabeza en su sitio, eres un investigador buenísimo.

Se dirigieron al vestuario.

—¿Qué insinúas, que por pasar más tiempo en la galería de tiro ya no sé llevar una investigación?

—No, lo que pasa es que no quiero tener que enseñarle el oficio a un nuevo compañero. Bastante me costó enseñarte a ti.

—¿Enseñarme a mí? —retorció la toalla y golpeó a Virg en la espalda con ella. Había captado la broma—. Yo también te quiero, amigo. Te prometo no hacer ninguna tontería. ¿Te basta con mi palabra?

—Era todo lo que necesitaba oír —Virgil se detuvo ante su taquilla y la abrió. Sacó un papel doblado y jugueteó con los dedos con él. Frunció el ceño como si no estuviese seguro de lo que debía hacer con él—. Porque tengo una información que te va a interesar.

Sam se pasó la lengua por los labios e intentó que el nerviosismo que le corría por dentro no lo delatase.

—Se supone que soy yo el que se salta las normas, no tú.

—Ya sé que has estado viendo archivos sin autorización. Has estado leyendo registros hospitalarios e informes policiales sobre violaciones que se ajustan al modus operandi del caso de Kerry.

A Sam le vibraba la mandíbula del esfuerzo que hacía por no arrebatarle el papel de las manos.

—Hasta ahora, he localizado cuatro casos de violación con asesinato con las mismas marcas de ataduras y de estrangulación, además del mechón de pelo que les cortó. Kerry, aquí en Boston, y tres más en Dallas, Nueva York y Miami —se sabía el caso de su hermana de arriba abajo—. Mi intuición me dice que todas fueron víctimas de la misma persona. En todos los casos la víctima era morena, estaba soltera y tenía una buena posición social. Fue secuestrada, torturada y violada. Y entonces, como si eso no fuese bastante...

Sam cerró los ojos en un esfuerzo inútil por olvidar la imagen de la

preciosa cara de Kerry golpeada y fría, ya muerta. Había visto otros cadáveres antes, pero el suyo le había turbado. Era responsabilidad suya. Aunque fuese una mujer adulta, seguía siendo su hermana pequeña, esa cría descarada a la que había prometido proteger cuando su padre estaba en su lecho de muerte.

Había fallado.

Sam se agitó debido a la fuerza de las emociones. La cólera se agolpaba en su interior e intentaba envenenar los buenos recuerdos que le quedaban de su familia. Había fallado. Ladeó la cabeza y tragó con fuerza, reprimiendo las náuseas que le sacudían el cuerpo.

Una vez calmado, abrió los ojos y dirigió su mirada a la críptica expresión de Virgil.

—¿Has localizado a otra víctima?

—No es gran cosa. Una violación en Chicago. Morena, con un mechón de pelo cortado. Lo suficiente para llamarme la atención. Su identidad se mantiene en secreto —Virgil le entregó el papel—. Pero hay una diferencia sustancial entre este caso y el de Kerry.

—¿Cuál? —Sam desdobló el papel con impaciencia y leyó él mismo la respuesta. El corazón le dio un vuelco en el interior del pecho, mientras intentaba creer lo que sus ojos veían—. La víctima sobrevivió a la agresión.

Con una sucesión de movimientos apresurados, Sam se quitó la pistolera, se despojó de la camisa y se apresuró hacia las duchas. Una sensación penetrante de apremio le pellizcaba los talones, convirtiendo cada momento en algo demasiado preciado para malgastarlo. Era la mejor pista, por no decir la única, que había encontrado desde el asesinato de Kerry casi ocho meses atrás.

Una testigo presencial.

Si se trataba del mismo indeseable asesino que había matado a Kerry, aquella víctima podría identificarlo, ponerle nombre, cara, voz... cualquier cosa a la que agarrarse.

—¿Le digo al jefe que vas a tomarte ese permiso?

—Sí —no quería que a su compañero lo pillasen mintiendo—. Dile a Dixon que me voy mañana. Esta noche, si consigo un billete de avión.

De un modo u otro, antes o después, pensaba encontrar a aquella mujer sin identidad.

Capítulo 1

Un mes después

Jessica lo vio por primera vez desde el porche, caminando por la carretera de grava, dejando atrás a cada paso el núcleo urbano de Kansas City, Misuri.

Lo observó acercarse al cruce que separaba su propiedad de la finca de Kent.

El peludo cruce de pastor alemán que había tendido a sus pies movió su enorme cuerpo y se sentó junto a ella sin perder de vista al forastero. La curiosidad del perro igualaba a la suya, y una sensación de desasosiego le recorrió el cuerpo.

—¿Qué opinas, Harry? —preguntó, pues se fiaba más del juicio y de la compañía del perro que de los de mucha gente.

El porche delantero ocupaba casi toda la fachada de su casa de madera, situada en lo alto de una loma. El chico al que había contratado para trabajar en su finca acababa de irse a la granja de sus padres para cenar, y el polvo levantado por su camioneta ni siquiera había hecho que el hombre aminorase el paso. Hasta que la cortina de polvo volvió a asentarse, podría haber pasado por un fantasma, pero ahora seguía acercándose hacia el portón de hierro de la entrada de su propiedad con una determinación que la hizo retroceder.

¿Sería él? ¿Por fin había vuelto a por ella?

Nada en él le resultaba familiar, pero ¿cómo podía saberlo?

El perro daba vueltas alrededor de sus piernas, inquieto por conocer sus órdenes. ¿Le ordenaría perseguir al forastero? ¿Que se quedase junto a ella y la protegiese? ¿Que atacase?

Jessica negó con la cabeza, respondiendo así a las preguntas silenciosas del perro.

—A mí tampoco me gusta la pinta que tiene.

Volvió a retroceder otro paso, para refugiarse en la sombra de un poste de madera. Necesitaba más tiempo para pensar, para tomar una decisión. Necesitaba recordar.

Pero él seguía avanzando.

El sol estaba ya muy bajo, aunque aún no rozaba el horizonte. Las nubes de aquel día de finales del verano aún no se habían teñido de los habituales rosa y naranja. Con su figura recortada contra el sol, pudo ver que se trataba de un hombre corpulento. El petate que llevaba a la espalda parecía contener toda una vida de recuerdos, empezando por la desgastada cazadora vaquera que llevaba sujeta en la parte de arriba hasta el saco de dormir que le golpeaba en las caderas. Aun así, lo llevaba con tanta facilidad y avanzaba con un paso tan firme que cualquiera hubiese dicho que era capaz de soportar el peso del mundo sobre aquellos hombros anchos. Y así era.

Jessica se agachó y le rascó a Harry detrás de las orejas, acariciando su largo pelaje negro, que reflejaba más su herencia de perro lobo que su ascendencia de perro policía. Necesitaba el contacto con otro ser vivo para evitar la sensación de fatalidad inminente que le agarrotaba los músculos. ¿Había sentido antes el mismo miedo? ¿Había reaccionado de igual manera? ¿Se había sentido tan entumecida, asfixiada e impotente por la rabia?

—Gira por ahí —intentó convencer al forastero con un leve hilo de voz— sigue caminando.

Podía girar en el cruce al pie de la loma y dirigirse hacia el este, pero mucho antes de llegar a la verja de madera que rodeaba sus tierras, ella sabía que no iba a girar. Cruzaría el portón, recorrería lentamente el largo camino de grava y se plantaría ante la casa.

Sin embargo, no parecía el tipo de hombre que se daría un paseo hasta el campo al sureste de Kansas City sólo para comprar antigüedades en su tienda. Se detuvo un momento para leer el cartel grabado en la madera: *Antigüedades Log Cabin Acres*. Es de suponer que también habría leído el horario y sabría que había cerrado a las seis.

Inmóvil entre las sombras, Jessica agarró el collar de Harry.

—Sigue caminando —repitió.

Los hombros del forastero se movían acompasados al ritmo de su respiración, bajo su ajustada camiseta negra. Levantó la vista y miró hacia donde estaba ella. La buscó entre las sombras del porche. Por fin la localizó, como si supiese que había estado observándolo desde el principio.

Su respiración se aceleró, presa del pánico. Harry gruñó y ladró dos veces, pues sentía el miedo que crecía de manera exponencial en su dueña.

Agarró al perro por el collar para meterlo en casa. Cerró la puerta con pestillo.

Atravesó corriendo la pequeña sala de estar, esquivó una vitrina donde había expuesta una vajilla de muñecas y se deslizó en el cuarto que hacía la doble función de despacho y de comedor. Se puso en cuclillas bajo el escritorio donde tenía el ordenador y abrazó a Harry. Apenas podía pensar, ni respirar, ni ver.

Intentó recordar.

«¿Recordar el qué?», se preguntó, mientras intentaba ver a través de la cortina de miedo que la tenía bloqueada.

Lo único que recordaba era el miedo, la sensación de estar atrapada. Un viaje de negocios y una noche romántica que se habían torcido hasta límites insospechados. Recordaba su última cena en Chicago con Alex casi palabra por palabra, y su enfado y desconsuelo. Sabía lo que le habían dicho los médicos y los policías cuando acudió al hospital más de veinticuatro horas después. Pero no recordaba nada de lo sucedido entre ambas cosas.

Veinticuatro horas de su vida perdidas en la neblina de su memoria, rechazadas por una cabeza que necesitaba la cordura para sobrevivir.

Lo único que sabía era que debería haber muerto. Que había sido violada de una manera brutal y había vivido para contarlo.

Pero no podía contarlo.

No era capaz de recordarlo.

—Maldita sea —murmuró, igual de frustrada que se había sentido en marzo.

En su familia había varios policías. Sus hermanos la habían enseñado a defenderse, a ser más perspicaz que el ciudadano medio. Pero aquello no había bastado. En cierto modo, los había defraudado, y él había conseguido

hacerle daño.

El crujido de la grava al pisarla le recordó el peligro. ¿Era él quien se acercaba?

Pegó la nariz al cuello de Harry, y sintió el calor y la fuerza del perro. Era consciente de su lealtad inquebrantable a la hora de defenderla. El perro le chupó un brazo con su enorme lengua rasposa.

—No sé, chico —lo abrazó aún más fuerte—, no sé qué hacer.

Escondida en el comedor, tras una pared llena de estanterías y un viejo armario de nogal repleto de colchas y vestidos antiguos, lo único que podía hacer era cerrar las puertas con llave y esconderse hasta que el hombre se marchase.

Pero tenía la sensación de que las puertas y ventanas cerradas no iban a detener a un hombre como aquél. La encontraría, por más que se escondiese en el armario o se perdiese por los pasillos llenos de muebles y de objetos de colección que tenía expuestos para la venta.

El miedo que la paralizaba se enfrentaba en su interior a su instinto de supervivencia. Sus hermanos la habían enseñado a protegerse. Y aunque les había fallado, ahora se comportaba de manera diferente. Era mucho más consciente de lo dura que es la vida, y tenía mucho menos que perder.

Y aún no estaba muerta.

Además, sólo había un modo de averiguar si el hombre que se había presentado en su casa, apartada de todo, era él.

Por encima de todo lo demás, por encima del miedo, quería saber la verdad.

Jessica se apoyó sobre la espalda y agarró la mandíbula del perro.

—¿Estás conmigo, Harry?

Unos ojos marrón oscuro de una asombrosa inteligencia le devolvieron la mirada. Aquel enorme chucho también las había visto de todos los colores antes de que ella lo rescatase del corredor de la muerte en la perrera. Para entender lo que ella tenía que soportar a diario quizá era necesario haber sufrido tanto como él. Quizá alguien podía entenderla y quererla a pesar de todo. El apoyo incondicional del perro le dibujó una sonrisa en la cara, y le inspiró tanta calma que volvió a pensar con claridad.

—Vamos.

Jessica se puso en pie y acto seguido abrió la vitrina donde guardaba la escopeta. Sacó la Remington de dos cañones que utilizaba para el tiro al plato y cargó dos cartuchos. Se guardó dos cartuchos más en los bolsillos delanteros de sus vaqueros, llamó a Harry y se dirigió hacia la puerta que daba al porche trasero.

A diferencia del porche delantero, éste no estaba decorado para resaltar el encanto rústico de la casa. Aquello era un lugar de trabajo lleno de balancines que había que reparar, vagones que necesitaban ruedas nuevas o una calesa de principios de siglo a la que había que ponerle un tirante nuevo. Cajas de madera, postigos, una lavadora, taburetes, toneles, baratijas, trastos... era una auténtica fortaleza donde esconderse, y Jessica la utilizó a su favor, pues la calesa estaba ahora entre ella y el forastero que se acercaba.

—Párese ahí —ordenó, colocándose la culata de la escopeta contra el hombro y apuntándole al pecho. Como objetivo, era lo suficientemente grande. Además, era mucho mejor tiradora de lo que él podía imaginarse. Harry permaneció atento a su lado.

El hombre se detuvo, dejando entrever más curiosidad que otra cosa.

—Ésta no es precisamente la hospitalidad por la que tanto se distingue Misuri.

Su voz era grave, suave como el whisky y desprovista del menor acento.

Y no le sonaba de nada.

—Esto no es una pensión, es una propiedad privada.

Señaló con la cabeza hacia el portón.

—En el letrero pone que vende antigüedades.

Sujetó con fuerza la escopeta y habló alto y claro:

—Está cerrado.

Aunque estuviese situada tres escalones por encima de él, podía verle los ojos. Eran los ojos más fríos que había visto en su vida, de un color gris helado, casi incoloros. Era un hombre al que no le importaba nada, al menos ésa era la impresión que a ella le daba.

Aquello sólo podía querer decir que tampoco ella le importaba.

—¿Sabe utilizar ese trasto?

Quizá no fuese una voz del pasado pero, aun así, había entrado sin permiso en su propiedad.

—Sí.

—¿Y el perro? —preguntó sin dejar de mirarla fijamente.

—También sé utilizarlo.

—Mire, señora, yo no... —levantó las manos haciendo como que se rendía y dio un paso hacia delante.

Era todo cuanto Jessica necesitaba ver.

—¡Harry, ataca!

Sin dejar de gruñir, el enorme perro negro saltó desde el porche y cargó contra el hombre. A pesar de su estatura, los reflejos del hombre eran rápidos. Antes de que Harry se lanzase a por su antebrazo, se quitó el petate de la espalda y lo utilizó como escudo contra la primera embestida de Harry. Aquellos cincuenta y cinco kilos de perro le hicieron retroceder un par de pasos.

Harry le enseñó los dientes y lanzó un gruñido terrible justo antes de volver a atacar. El hombre utilizó el petate para placar su segunda embestida. Cada vez que el perro intentaba clavar sus dientes en algo con carne, el hombre conseguía esquivarlo. O estaba entrenado en el arte de la defensa personal o tenía mucha suerte, pero acabaría por cansarse mucho antes de que Harry se rindiese.

—¡Señora!

Jessica estuvo a punto de sonreír. «Buen chico». Si Harry podía con aquel hombre, tendría muchas menos razones para tenerle miedo.

—Túmbese boca abajo y llamaré al perro.

Harry tenía un trozo de petate en la boca, y el ataque se había convertido en un tira y afloja desesperado. El hombre no podía bajar la guardia, o habría estado indefenso ante el siguiente ataque.

—Está bien. Llámelo.

—¡Harry, siéntate!

El perro obedeció y se dejó caer sobre sus patas traseras junto al hombro del forastero mientras éste soltaba el petate y se postraba sobre la

franja de césped junto al camino de entrada a la casa. Se quedó inmóvil ante la atenta mirada del perro.

Harry jadeaba debido al esfuerzo. Se chupaba el hocico y dejaba caer la lengua a un lado de la boca. El hombre también intentaba recuperar el aliento, pero en cuanto se movía, una enorme pata negra se le posaba sobre el hombro y volvía a quedarse inmóvil.

—¿Así es como recibe a todos sus clientes?

—Usted no es ningún cliente —aunque había bajado la escopeta, seguía apuntándole, con el dedo junto al gatillo—. ¿Qué es lo que quiere?

Sam no podía responder con la verdad a aquella pregunta. Al presentarse allí con la historia de que era un vagabundo no esperaba una bienvenida cálida y confiada, pero le sorprendió encontrarse con aquella actitud provinciana de «te disparo porque has entrado en mis tierras sin permiso».

¿Dónde estaba la empresaria que sabía apreciar la belleza y aficionada a la Historia de la que le había hablado su contacto en Chicago? Su cara se correspondía con la de la foto de una morena elegante en la inauguración de una exposición que había encontrado en los archivos del *Chicago Tribune*, la misma cara que la enfermera de Urgencias había identificado como la superviviente de la agresión de violación.

Había pasado tres semanas reuniendo pruebas y buscándole un nombre al rostro de aquella mujer. Después, había investigado sobre su pasado. Y ahora estaba frente a ella.

Aquélla era Jessica Taylor.

La víctima sin identidad tenía nombre. Y muy mal carácter.

Sospechó que no iba a resultarle fácil ganarse su confianza. Sin la autorización del FBI, y con poco más que una corazonada de que podría tratarse de la prueba que lo condujese al asesino de Kerry, Sam no podía realizar una investigación normal. Necesitaba conocer a Jessica Taylor mejor de lo que conocía a su propio compañero. Necesitaba convertirse en su mejor amigo para que se lo contase todo sobre Chicago, su agresión, su huida y la identidad del agresor.

O había estado demasiado asustada para darle esos datos a la policía de Chicago, o su agresor había sido demasiado astuto a la hora de intimidarla

para que no recordase gran cosa. Sam estaba dispuesto a descubrir qué se ocultaba en su cabeza para saber la verdad, para averiguar si su atacante había sido el mismo que el de Kerry y dar con su paradero.

Pero con aquella escopeta apuntándole y aquel bicho peludo sobre él, su misión secreta se convertía en algo imposible.

Bromeando, Kerry siempre decía que el encanto de Belfast de su padre se había saltado una generación, pero Sam se preguntaba si podría sacarlo a relucir. Levantó la mejilla del suelo e intentó volver a entablar una conversación.

—¿Qué clase de perro es?

—De los protectores.

Inconscientemente, Sam se preguntó si su voz siempre habría transmitido aquella dureza. A juzgar por el tono sensual de su voz, Jessica Taylor podría sonar de lo más sexy con poco que suavizase su articulación y abandonase aquel sarcasmo. Probablemente se tratase de una consecuencia de la agresión. Sintió curiosidad por saber qué otros atributos femeninos intentaba ocultar.

«Eso no viene al caso», le replicó, severa, una voz interior. Pegó la nariz al suelo. Le llegó el olor frío y húmedo de la tierra. Aquello le recordó el entierro de Kerry y la razón por la que estaba allí.

—Ya decía yo. Parece un perro pastor, pero tiene el hocico más ancho. Y es más grande que cualquier otro pastor alemán que haya visto.

—Es mezcla de pastor alemán y de perro lobo irlandés

Conque irlandés... quizá aquel bicho peludo aún acabase teniendo algo a su favor.

—Era muy grande y demasiado listo para sus antiguos dueños, pero a mí me viene de maravilla.

Sam intentó mover la cabeza para poder mirar a Jessica, pero al parecer el perro no sentía la conexión de sus raíces irlandesas. El gruñido de su garganta pasó a ser un ladrido ensordecedor y un destello de dientes blancos y afilados. Sam se vio obligado a relajarse y a aceptar su postura boca abajo.

—Parece bien entrenado.

Ya había trabajado con unidades de perros, pero nunca había sido el objetivo de tales entrenamientos. No le extrañaba que los delincuentes se rindiesen sin oponer resistencia.

—Lo está.

—No me he presentado aquí por casualidad, señorita Taylor —oyó cómo sus pies cambiaban de posición sobre el suelo de madera. La había llamado por su nombre, ahora le convenía retroceder un paso para equilibrar la balanza—. Me llamo Sam O'Rourke. El dependiente de la tienda que hay en el cruce de la Autopista 50 me dio su nombre y su dirección. Déjeme explicarle por qué estoy aquí —silencio. Maldita sea, era dura de pelar—. ¿Necesita las dos cosas, el perro y la escopeta?

—Aún no lo sé.

No resultaba fácil parecer encantador con la cara en el suelo y una mezcla de perro lobo y pastor alemán sobre el hombro. Kerry tenía razón, siempre se le había dado mejor un acercamiento más directo.

—Ya veo que se trata de un error. El tipo de la tienda me ha dicho que su empleado habitual no podía trabajar las horas necesarias y que necesitaba otro ayudante para sus tierras.

Miró a su alrededor y vio los rodales de hierba que comenzaban a adueñarse del aparcamiento de grava y el camino de entrada, las ramas secas de majestuosos olmos que había que recortar, la herrumbre de la chapa metálica roja y blanca del almacén, la carga de una camioneta tapada con una lona esperando a que alguien la descargase... Aquel hombre no le había mentido.

—Debe de haberse equivocado. Si deja que me levante, me volveré a la ciudad y ya buscaré trabajo en otra parte.

—¿Está buscando trabajo? —detectó escepticismo en su voz. Podría ser tozuda, pero no era tonta. Engañarla no iba a resultarle nada fácil—. ¿Por qué no ha llamado antes de venir? ¿Y su coche?

En teoría, su Kia estaba aparcado en un garaje de Boston, pero el vehículo que había alquilado en Chicago lo había abandonado a un lado de la carretera a las afueras de Kansas City para procurarse una coartada.

—Hasta que gane el dinero suficiente para arreglarlo, está en el taller. Estoy cruzando el país, desde Boston a San Diego. Me he tomado un período

sabático. El coche se me ha averiado en la autopista.

—¿Qué clase de período sabático? —preguntó, en un tono dudoso—. No parece usted un profesor.

—Ése es mi trabajo.

—No, si lo que pretende es trabajar para mí —¿estaba considerando su oferta? —. Le dejaré sentarse si me explica quién es y no hace ningún movimiento brusco.

Aquello era lo menos parecido a una oferta, pero aceptó.

—Trato hecho.

Soltó un silbido fuerte, estridente, casi masculino. Inesperado. Interesante. «No viene al caso».

—¡Harry, ven!

El perro obedeció sus órdenes inmediatamente, y él se sintió liberado de un peso enorme. El animal de color negro azabache subió al trote los escalones que llevaban al porche y se acurrucó al lado de su dueña como si se tratase de un perrillo faldero. Sam le hizo caso y se dio la vuelta lentamente hasta sentarse, mirando hacia donde ella estaba situada. Se le había empezado a dormir el brazo bajo la presión del perro. Se dio un masaje en el hombro y el brazo para aliviar el hormigueo al despertar.

Utilizando el masaje como excusa, no dijo nada durante unos segundos, dándose la primera oportunidad de evaluar a la mujer que iba a convertir su misión en un éxito. La culata de la Remington descansaba en la pronunciada curva de una cadera recubierta de tela vaquera. La mujer del porche era muy distinta a la que había visto en la fotografía en blanco y negro del periódico.

Un agujero en el pantalón a la altura de la rodilla rompía la larga línea de una pierna que podía considerarse el rasgo más distintivo de un cuerpo alto y sutilmente tapado. Mientras la mujer de la foto llevaba un traje de noche sin tirantes que la hacía parecer seductora, la mujer del porche era una chica de lo más natural. No llevaba ninguna joya, simplemente un reloj, y habría sido difícil que le diese el sol, pues llevaba casi todo el cuerpo tapado. Su modesta camiseta azul de Construcciones Taylor podría haber sido de uno de sus hermanos. Las mangas, aunque cortas, le quedaban por debajo de los codos, y el cuello era ajustado. La parte de abajo la llevaba metida sin

entallar en unos anchos pantalones vaqueros.

«Camuflaje». Podía ser regordeta, o delgada o cualquier cosa intermedia, pero nadie habría sido capaz de asegurarlo. Sam se preguntaba si Kerry habría escondido sus atributos de igual manera de haber sobrevivido a su violación. «Maldita sea». No necesitaba irse por las ramas de esa manera.

De repente, la magnitud de lo que había perdido le hizo un nudo en la garganta. Sam cerró los ojos e intentó reprimir la emoción. No podía permitir que Jessica Taylor viese cuánto se jugaba él en aquella conversación a punta de pistola.

Cuando recuperó la compostura volvió a mirarla. Se sabía de memoria casi todos sus datos. Edad: 29 años. Altura: 1,76. Peso: 63 kilos. Pero aquellos datos no hacían justicia a sus ojos azul claro. Y decir que su pelo era color castaño era pasar por alto aquel sutil tono caoba.

Los datos de los que disponía no le decían qué era lo que había en aquella cabeza, ni si sería capaz de ayudarlo.

—Muy bien, señor O'Rourke. Puede hablar.

—Busco trabajo para poder ir tirando hasta finales de septiembre o mitad de octubre, y a poder ser para arreglar el coche hasta la próxima parada —rodeó las rodillas con los brazos y señaló con la cabeza hacia la carretera—. El dependiente de Lone Jack me ha dicho que usted buscaba ayuda. Diez kilómetros carretera abajo no parecía gran cosa, y aquí estoy.

—A Ralphie, el dependiente, le gusta cuidar de mí. Mi ayudante es un chico que vive por aquí cerca. Ahora que han empezado las clases, sólo puede venir los sábados y algunas noches después del entrenamiento —¿se estaba abriendo a él? Estaba hablando más, pero con la escopeta apuntándole era difícil precisar si estaba avanzando algo—. Es el que casi lo atropella cuando venía hacia aquí. Derek Phillips. Es un encanto.

—Es un loco del volante.

—Tiene dieciocho años, ¿qué quiere?

Está bien, era protectora con sus empleados. O con los adolescentes. O con aquel chico en concreto. ¿Significaba aquello que podía descartar a un chico joven como su agresor? Tenía un hermano más joven que ella, quizá el chico le recordase a él, y por tanto se sentía a salvo con él.

Lo que estaba claro era que con él no se sentía a salvo.

Sam pensó que la conversación acababa con sus conjeturas. Se quedó en silencio el tiempo suficiente para empezar a ser consciente de la grava que se le clavaba en el costado.

—¿Puedo levantarme ya?

—No, yo...

Se levantó de todos modos, estirando las piernas lentamente.

—¡He dicho que no! —levantó la escopeta a la altura del hombro y volvió a colocar el dedo junto al gatillo.

Sam levantó los brazos, pero no cedió. No era su intención asustarla, pero quería dejarle claro que iba en serio. No pensaba marcharse de Log Cabin Acres sin aquel trabajo. No pensaba marcharse, y punto. Había dejado que le creciese el pelo y no se había afeitado en un par de días, esperando que su aspecto de vagabundo le granjease una oferta de alojamiento. Aunque no fuese más que un catre en el granero.

—Me ha dado un calambre en la pierna —dijo para explicar aquel acto de rebeldía—. Créame, sigue llevándome ventaja.

Alcanzaba a verle uno de sus ojos azules a la altura de la mira de la escopeta. Aunque lo tuviese encañonado, el hecho de que no mandase atacar al perro le hacía pensar que no tenía intención de disparar.

—¿Qué me dice del trabajo? —preguntó—. No entiendo mucho de antigüedades, pero he trabajado arreglando muebles. Y también me he dedicado a la jardinería y a la construcción, por si necesita acondicionar esto para el invierno.

—¿Se está tomando un período sabático de la jardinería y la construcción?

—Tengo referencias. Virgil Logan —había intentado mantener a su compañero al margen de aquella investigación extraoficial. Si su búsqueda de venganza trascendía, la carrera de Sam sería historia. Pero Virg estaría libre de culpa. Aun así, a su colega no le importaría hablar bien de los armarios que Sam le había ayudado a instalar en su cocina nueva el año pasado—. Le daré un número al que puede llamarlo.

¿Significaba aquel ligero temblor de hombros que estaba pensándoselo?

¿Un poco más de insistencia acabaría por ablandarla?

—El dependiente, Ralphie, me ha dicho que vivía usted sola —con las manos aún en alto dirigió la cabeza a derecha e izquierda—. Parece que tiene mucho trabajo. Creo que no le vendrían mal un par de brazos para descargar muebles y volver a cubrir de grava el camino. Tampoco se me da mal la mecánica. A lo mejor puedo volver a poner en marcha ese viejo tractor que he visto a la entrada. Si tiene piezas de repuesto, claro.

Apartó la mano izquierda de la escopeta y lo conminó a que se callase.

—Bien. No me cabe duda de que es capaz de hacer el trabajo, lo que pasa es que...

Sam bajó las manos. Iba a tener que fiarse de él.

—Lo que pasa es que es usted una mujer que vive aquí sola, y yo soy un hombre que le da miedo. Y, para colmo, soy forastero.

Que comprendiese sus temores pareció dejarla sin argumentos. Casi estaba temblando cuando volvió a bajar el arma y le acarició la cabeza al perro.

—Sí, tengo que protegerme.

Sam respetaba que admitiese sus temores. La sinceridad de Jessica Taylor estaba de su parte. Dejó que una parte del dolor y la culpabilidad que lo atenazaban se reflejasen en su expresión. El resto lo mantuvo encerrado en la cárcel en que se había convertido su corazón.

—Verá... he perdido a alguien muy cercano este año. Mi hermana pequeña. Era el único familiar que me quedaba, estábamos muy unidos. Me tomé un permiso de mi trabajo, y he estado haciendo otras cosas para procurar olvidar.

—Lo siento —parecía realmente conmovida por su versión desnuda de la verdad.

Sam la miró, y durante unos segundos que parecieron eternos se perdió en un mar azul de compasión. Durante ese breve instante, su mundo dejó de ser un lugar solitario. Ya no era un hombre obsesionado. Y su corazón...

Su corazón casi llegó a sentir algo. Un rayo de esperanza.

Sam pestañeó y miró hacia otra parte. Demonios, ¿qué le había pasado? Lo único que podía hacerle sentir mejor, lo único que podía hacer

desaparecer el dolor era atrapar al indeseable que había profanado y acabado con la vida de la cosa más dulce que Dios había puesto en el mundo. Estaba dispuesto a tragarse su orgullo, a cambiar de vida, a lo que fuese con tal de meterle una bala entre ceja y ceja a aquel monstruo o verlo morir por inyección letal.

—Verá, señorita Taylor... —ahora su voz transparentaba más dureza que amabilidad, y la luz que había iluminado sus ojos azules ya se había desvanecido—. Necesito el trabajo. No tengo intención de hacerle daño ni de hacer nada que pueda meterme en un lío. Simplemente, necesito ponerme a trabajar para que mi cabeza esté ocupada.

—Necesita olvidar.

—Sí —pero nunca lo haría.

Para su sorpresa, bajó el cañón de la escopeta y quitó los cartuchos. Mientras se metía en los bolsillos la munición sin utilizar, dirigió la mirada hacia una construcción de madera a la derecha de la casa.

—Encima del garaje hay una vivienda. Puede utilizarla si necesita un lugar donde quedarse. Teniendo en cuenta que ha venido a pie, supongo que no le vendrá mal.

Vaya. Sam no pudo evitar sentir un temblor por todo el cuerpo. ¿Qué había sucedido? ¿Cuándo se había operado la transformación de pistolera en empresaria razonable?

—¿Me está ofreciendo el trabajo?

—Mañana llamaré al tal Virgil Logan para comprobar que es quien dice ser. Si es así, está contratado durante un mes. Pero hay unas cuantas normas que deberá cumplir —retrocedió hacia la doble puerta que servía de entrada a la casa—. Sólo entrará en la casa principal si le invito a hacerlo. Prepararé tres comidas al día. Podrá comer en el porche, mientras haga buen tiempo, o en su cuarto. El piso es pequeño, pero el colchón es nuevo. Hay una cafetera y un frigorífico pequeño por si quiere poner bebida a refrescar. Eso sí, no tolero a los borrachos.

Sam agarró el petate y se lo echó al hombro. Ya había roto el hielo, y empezaba a averiguar cosas. ¿Es que su agresor había estado borracho? ¿Y el de Kerry? Conseguiría que Jessica Taylor le revelase todos sus secretos en la mitad del tiempo que ella le ofrecía.

—No me he emborrachado desde la facultad, y de eso ya han pasado unos años.

—Ni invitados, ni fiestas...

—Aquí no conozco a nadie.

—Y nada de sorpresas. Deme una razón para dudar de su historia y llamaré al sheriff y a mis hermanos. Tres de ellos pertenecen al Departamento de Policía de Kansas City, y mi primo es comisario. Uno no sabe el significado de la palabra «sobreprotector» hasta que los conoce. Si me pasa algo, no pararán hasta detenerlo.

Entonces, ¿por qué no habían detenido aún a su violador y lo habían puesto entre rejas? Quizá no fuesen tan buenos como ella pensaba. Quizá él era mejor.

—¿Están claras las normas? —preguntó. Ahora debía preocuparse por preservar su tapadera. Más adelante ya se informaría de con qué pistas contaban los Taylor sobre el agresor de su hermana.

—Como el agua.

Parecía que aún albergaba dudas sobre su decisión.

—¿De verdad ha muerto su hermana?

Maldita sea. Aquéllo no se lo esperaba. No podía mirarla. Al menos, no inmediatamente. No hasta que volviese a visualizar la imagen del pelo cortado de Kerry, los golpes y los cortes que habían destrozado su piel de porcelana. En un ataque de rabia contenida, cerró de golpe aquella puerta que seguía abierta dentro de su cabeza.

—Sí.

¿Era todo cuanto necesitaba escuchar?

—Voy a por la llave —antes de abrir la puerta mosquitera, se paró en seco—. Harry, quédate aquí.

Una vez hubo desaparecido dentro de la casa, el monstruo peludo se plantó delante de la puerta, como recordándole a Sam que no debía entrar en aquella casa.

Sam apoyó una mano en la cadera y se inclinó hacia delante.

—Tú y yo vamos a tener que aprender a llevarnos bien, amigo.

Si quería husmear en las cosas de Jessica o acercarse a aquella mujer,

Sam tendría que obtener el permiso del perro. O tendría que quitarse del medio a aquel guardián peludo.

—¿Puedo ofrecerte un filete enorme y suculento?

Jessica lo compadecía. Pensó que estaba ayudándole a superar su pérdida dándole el trabajo y un lugar donde quedarse.

Su mentira aún podía olerse en el ambiente, porque el dichoso perro no le quitaba ojo, como si supiese que pensaba aprovecharse del corazón confiado de su dueña.

Capítulo 2

Hotel Walnut Avenue. Las Vegas, Nevada

—Muere, puta.

Le apretó aún más el cinturón alrededor del cuello. Le encantaba ver los músculos de sus antebrazos y los bíceps tensos por el esfuerzo. El sudor le brillaba en la piel. La situación estaba bajo control.

Las palabras sordas que se agolpaban en sus labios agrietados e hinchados cesaron cuando un sonido mortecino pugnó por salir de su garganta.

—¿Qué dices, cariño? ¿Te aprieta demasiado? —le encantaba sentir aquel poder. A un leve movimiento de su cabeza, aflojó el torniquete—. ¿Así está mejor?

Su pecho se hinchó al dar una bocanada de aire, pero él estaba más pendiente de su cara. Sus labios esbozaron dos palabras. Esperó pacientemente a que las repitiese.

—¿Por qué?

¿Nada de «por favor»? ¿Ni «lo siento»? ¿«Por qué»? ¡Maldita sea!

Volvió a apretar el cinturón, con los muslos rodeándole las caderas, sentado sobre ella. Se agitó bajo su peso, aunque su forcejeo le resultaba aún más placentero, pues desgarraba la piel blanquísima por el roce contra las ataduras de muñecas y tobillos.

La cabeza le daba vueltas debido a la energía insaciable que hacía vibrar su cuerpo. Era poderoso. Y concienzudo.

—Ahora ya no tienes tanto que decir, ¿eh?

La miró mientras sus ojos lloraban, suplicaban, se ponían en blanco y

finalmente se cerraban.

—¿Ya está? —dijo con suavidad, casi contrariado. Tendría que haber protestado más. Por lo menos, debería haberle pedido clemencia. Pero aquélla estaba demasiado alterada, era demasiado engreída como para saber gritar como era debido. Qué decepción. Todo su cuerpo se desinfló al disiparse la energía que le había dado fuerza.

Se apartó de ella cuidadosamente, como si no quisiese molestar su imitación de sueño. Enrolló la media que le había servido para cubrirse la cara y la guardó en su bolsa. No era tanto que le preocupase ocultar su identidad como el placer que despertaba en él el simbolismo de su acción. Representaba al hombre en su más pura esencia, era el poder personificado.

Y había salido vencedor.

Un vistazo a su reloj le permitió saber que sólo le quedaban unas horas antes de subir al avión. No le sobraba el tiempo para saborear su victoria. Pero no podía marcharse así como así.

Recogió sus vaqueros negros del suelo junto a la cama, y buscó en uno de los bolsillos delanteros. Sacó una navaja con una brillante empuñadura de ébano con algo grabado. Era un objeto hermoso, todo un hallazgo para su colección. La abrió y comprobó su peso. Le gustó su tacto en la mano.

Agarró un mechón largo y sedoso de su melena morena entre su pulgar y su índice. Lo cortó y se lo acercó a la nariz. Por debajo del olor del sudor y el miedo y de aquel desvencijado colchón pudo oler el aroma penetrante de la mujer.

Aquello sería un buen recuerdo de su noche con ella.

—Por desgracia, tengo que irme —le susurró. Había cumplido su función. No habría una próxima vez para ellos—. Gracias.

Se metió el pelo y la navaja en el bolsillo y fue al cuarto de baño. Espantó a las cucarachas de la ducha y en un momento se lavó. En cuestión de minutos ya estaba vestido, había hecho la maleta y estaba listo para irse.

Pero aún no había acabado.

La chica había aprendido la lección, no se merecía que se la encontrasen

atada como un pavo.

Se acercó hasta la cama y la desató. Le juntó las piernas y se las cruzó a la altura de los tobillos. A continuación, le soltó las muñecas y se las colocó pulcramente sobre el vientre desnudo. La cubrió con la manta y la arropó, como quien acuesta a un niño.

Aquélla ya no iba a darle más problemas. Pero la otra... la otra...

Una rabia que le resultaba familiar le oprimió el pecho y le hizo olvidar por un momento el triunfo de aquella noche.

—Esta noche, la situación la he controlado yo —se recordó—. No esta puta muerta. No, yo.

La rabia desapareció tan rápidamente como había venido. Con una mano ejerció presión sobre su pecho y dejó escapar un suspiro de cansancio. Ya le llegaría la hora a la que consiguió escapar, aquélla que podía estropearlo todo. Ya se le acercaba la hora. Antes de lo que esperaba.

Sonrió, pues se sentía razonable, bondadoso y al mando de la situación.

—Adiós, guapa.

Se inclinó sobre la cama y la besó cuidadosamente en la mejilla fría. Acto seguido, desapareció en la noche.

* * *

—Sheriff Hancock, qué sorpresa —Jessica se quitó los guantes y los dejó sobre la mesa de trabajo junto al vagón de juguete oxidado que había estado limpiando.

—Buenos días, Jessie —Curtis Hancock dejó caer su sombrero de ala ancha sobre su cabeza antes de bajar del coche patrulla—. No hace mal día para estar a finales de septiembre, ¿eh?

Jessica no contestó. Ya no acostumbraba a juzgar los días por la calidad del tiempo.

Se secó en los pantalones las manos sudorosas y silbó para llamar a Harry, que estaba tomando el sol en el otro extremo del porche.

—Harry, ven —el perro despertó, se estiró y se acercó hasta donde

estaba su dueña, quien recompensó su obediencia instantánea—. Buen chico.

Juntos bajaron hasta el aparcamiento de grava mientras el sheriff se ajustaba la pistolera y el cinturón. Bajito y rechoncho, gracias al buen arte culinario de su esposa, Curtis Hancock personificaba al caballero a la antigua usanza. Quizá fuese eso, y el hecho de que se acercaba más a la edad de su padre que a la suya propia, lo que hacía que se sintiese lo suficientemente relajada para sonreír.

—¿Puedo ayudarle en algo?

El sheriff se tocó la punta del sombrero para saludar.

—Estoy haciendo la ronda. Me gusta visitar a mis vecinos favoritos cuando puedo —se inclinó hacia ella para susurrarle algo—. Dejo que mis ayudantes visiten a los que no me caen bien.

Le guiñó un ojo y Jessica no pudo evitar sonreír.

—Me siento halagada —hizo una señal en dirección a la casa—. Aún me queda algo de café, ¿le apetece una taza?

—No, gracias —dejó descansar las dos manos junto a la hebilla del cinturón, adoptando una postura informal. Pero sus ojos oscuros y penetrantes recorrieron el lugar llenos de curiosidad—. En media hora he quedado para almorzar con Trudy Kent. Tenemos que ocuparnos de las medidas de seguridad para la fiesta que va a dar mañana noche.

—¿Medidas de seguridad para una fiesta? —Gertrude Wallace Kensigton Kent era una de las viudas más ricas de Misuri, y le gustaba hacer las cosas a lo grande. Pero como vecina suya que era, sabía que Trudy lo hacía todo a lo grande—. Ése no es su estilo.

—Ha invitado a la mitad del condado. Se diría que más bien parece un mitin. Ella y su hijo, Charles, están decididos a que el ayuntamiento no compre más terrenos para construir una autopista o un nuevo polígono industrial. Los Kent llevan viviendo aquí desde la guerra de Secesión y no quieren que el campo se vea alterado.

Jessica asintió con la cabeza. Trudy Kent se había ofrecido a comprarle su

propiedad si algún día se decidía a venderla.

—Y a los empresarios que están deseando sacar tajada de la venta de las tierras no les entusiasman los planes de Trudy. ¿De verdad piensa que van a dar problemas?

—Sólo quiero estar preparado para controlar la situación en el caso de que alguien se presente —sus ojos se iluminaron y se le entornaron al mirar a un punto lejano por encima del hombro de Jessica—. ¿Vas a ir a la fiesta?

Lo preguntó por cortesía, ya que ella sabía que estaba más interesado en lo que estaba mirando que en su respuesta. Jessica se giró lentamente, aunque ya sospechaba qué era lo que había llamado su atención.

Sam O'Rourke.

—Lo contraté ayer. Hay muchas cosas por hacer. Derek Phillips está ocupado después de las clases con el entrenamiento y otras tareas en la granja de sus padres, así que no puede trabajar tantas horas como en verano.

El sheriff Hancock asintió.

—Parece un buen trabajador.

El hombretón de pelo revuelto estaba empujando una carretilla llena de grava desde el granero hasta el camino de entrada. El sudor brillaba sobre su piel bronceada, formando manchas oscuras en su camiseta negra en el centro del pecho y en la parte baja de la espalda. Sus bíceps y sus tríceps se tensaban del esfuerzo mientras intentaba transportar aquella pesada carga a través de un suelo lleno de baches. Aunque Jessica sabía que se había afeitado aquella mañana, el pañuelo azul marino que se había atado a la altura de la frente le daba un aspecto duro, peligroso.

Resultaba inquietante tener allí a Sam O'Rourke.

—De momento, va muy bien —intentó centrarse en la conversación con el sheriff—. Al ritmo que va, habrá cubierto de grava la entrada, el aparcamiento y el camino que va al bosque antes de que acabe la semana.

A pesar de que Sam no había hablado con ella más allá de proponerle una lista de tareas, preguntarle por las herramientas y agradecerle el

desayuno, Jessica no había olvidado ni por un segundo que él seguía allí. Se había preocupado por saber dónde se encontraba en todo momento.

Pero su vigilancia no se debía sólo al sentido común y a una ligera desconfianza. Era una persona detallista, y no podía evitar observar cómo sus vaqueros gastados se ajustaban a sus caderas y a sus muslos macizos. Sam O'Rourke era enorme. Ella medía 1,76 y Sam debía de ser por lo menos veinte centímetros más alto. Estaba en forma. Su estómago era liso y sus brazos, musculosos. Y era atractivo. No guapo, porque sus rasgos eran demasiado duros y angulosos, como si hubiesen sido tallados en piedra y no los suavizase ni una sonrisa.

Pero resultaba cautivador. Era la fuerza y la masculinidad personificadas.

Jessica lo vio rellenar tres agujeros hasta que miró hacia donde ella estaba y la sorprendió observándolo. Rápidamente, dirigió su mirada hacia abajo y se concentró en rascarle a Harry detrás de las orejas, deseando que nadie notase la desazón que de repente la atenazaba.

Pero le habría extrañado que el sheriff Hancock estuviese fijándose en aquellos mismos detalles. Se ruborizó al tomar conciencia de ello. Hacía meses que no se fijaba en un hombre. Sólo para decidir si suponía una amenaza para ella y si se trataba de él. No recordaba cuál había sido la última vez que su cuerpo había reaccionado de aquella manera ante la presencia de un hombre.

Desde Alex. Y su atracción por él se había debilitado en el momento en que le presentó a su mujer en aquella exposición para recaudar fondos. Había sido durante el mismo viaje fatídico a Chicago. Su apetito sexual había pasado a mejor vida aquella noche por culpa de su engaño arrogante. Más tarde, se había visto destrozado por algo peor, mucho peor.

Pero había reparado en Sam O'Rourke. Y la asustaba. ¿En qué estaba pensando? Su psicóloga le había dicho que cuando comenzase a curarse volvería a pensar en los hombres en términos sexuales. Era algo normal, y no había que asustarse.

Pero en ese momento pensó en todo el daño que le habían hecho, en cómo la habían humillado, en lo estúpida que se había sentido al permitir

que un hombre...

«No, tú no le permitiste hacer nada», se dijo a sí misma. «Fue él quien te atacó, quien te utilizó». Las cicatrices de los dedos, el cuello, las muñecas y los tobillos le recordaban lo valiente que había sido. El hecho de que estuviese desnuda y magullada bajo una manta raída cuando le hizo señas a un taxi para que parase, demostraba que había temido por su vida.

Un hombre le había hecho algo inenarrable. Un hombre.

No todos los hombres.

Quería mucho a sus hermanos y a su padre. Podía hacer negocios con hombres, hablar con ellos. Podía observarlos e incluso admirarlos. Era algo normal.

Pero sería un suicidio intimar con otro hombre o llegar a sentir algo por él. Al menos, hasta que supiese quién era el hombre que le había robado veinticuatro horas de la memoria y la había dejado al borde de la muerte.

—¿Jessie?

Jessica se estremeció al sentir una mano sobre su hombro. Harry gruñó en respuesta a su alteración. Era el sheriff Hancock.

—Quieto, Harry —le acarició el pelo de la cabeza, intentando tranquilizarse ella al mismo tiempo que el perro. Curtis Hancock no sabía por lo que había pasado meses atrás en Chicago. Nadie lo sabía. El secreto era una consecuencia necesaria de su vergüenza. Aunque nunca volviese a sentirse así, al menos debía aparentar que todo en ella era normal. Consiguió esbozar una sonrisa temblorosa—. Lo siento.

—Soy yo quien lo siente, no pretendía asustarte.

Jessica prefirió no dar explicación alguna.

—Trudy me ha invitado, pero lo más seguro es que me quede en casa. Ahora acepto encargos por Internet, y no es fácil cumplir con todos los pedidos.

—¿Por eso has contratado a alguien? ¿Qué sabes de ese tipo?

Ah, conque era ésa la verdadera razón de su visita inesperada. Curtis Hancock conocía a casi todos los vecinos del condado, desde los ancianos

del asilo hasta los recién nacidos. Tenía que interesarse por aquel forastero de la costa Este.

Era curioso cómo una mujer que vivía sola despertaba el instinto protector de cualquier hombre. Excepto de uno. Sam O'Rourke parecía satisfecho de ocuparse de sus asuntos y concentrarse en su trabajo. Jessica entendía su necesidad de distraerse con otras cosas para olvidar el dolor durante un rato. En los últimos meses, ella se había refugiado en el diseño de su página web para ampliar su negocio y en el adiestramiento de Harry. La culpabilidad y el dolor no habían desaparecido.

Lo mejor que podía hacer era evitar que el sheriff Hancock se preocupase, para que no avisase a su familia.

—No se preocupe. Esta mañana he llamado a su superior en Boston. Me ha dicho que Sam se ha tomado un permiso por motivos personales, pero que su conducta siempre ha sido irreprochable —sonrió e intentó aparentar confianza—. No contrataría a un vagabundo con antecedentes.

—Ya sé que los Taylor sois gente importante en la ciudad, pero aquí soy yo el responsable de tu seguridad —si Hancock hubiese sacado más pecho habría hecho saltar un botón de su camisa—. ¿Te molesta que investigue un poco sobre ese tipo?

—No —no le molestaba su intromisión mientras no le diese demasiada importancia—. Si descubre algo, dígamelo a mí antes que a nadie.

—Por supuesto.

—Gracias. ¿Quiere que se lo presente?

Un ladrido de Harry la alertó de la presencia de un gatito atigrado que se dirigía a esconderse bajo el porche. A Harry no le molestaban los gatos que se habían instalado en el granero y se ocupaban de los ratones. Prefería perseguir a los roedores y a sus primas las ratas, pero no quería que le arrebatasen el puesto de mascota preferida.

—Eh, minino—una sonrisa se dibujó en la cara rechoncha del sheriff. Rodeó a Jessica y a Harry y levantó al gato en brazos—. Cosa bonita. Éste aún es pequeñín. ¿Cuántos de éstos tienes?

Jessica retrocedió un paso, presa de un impulso desconocido.

—No sé. Diez o doce.

—¿Estarías dispuesta a separarte de uno o dos? Te pagaría bien.

En ese momento estaba más asustada por el gato que acariciaba el sheriff que preocupada por hacer un buen negocio. Algo le estaba jugando una mala pasada en su subconsciente. Era el gato. Comenzó a respirar entrecortadamente.

—Lléveselo.

—¿Estás segura? —preguntó el sheriff—. Mi mujer está muy decaída desde que tuvimos que sacrificar a su gatito. Cómo quería a aquel gato. Llegó a los dieciséis años.

Jessica no entendía el ataque de pánico que la asaltaba. Volvió a retroceder un paso para alejarse del gato.

—Llévese todos los gatos que quiera. Se los regalo.

—Muy amable.

—¿Todo bien, señorita Taylor? —una sombra gigantesca cayó sobre ella, tapando el sol y haciendo desaparecer aquella desazón. Sam O'Rourke se quitó los guantes de trabajo y se los metió en un bolsillo del pantalón. Se situó junto a ella—. He visto el coche del sheriff y...

—Es sólo una visita de cortesía. Las fuerzas del orden deben dejarse ver de tanto en tanto, aunque no haya necesidad. Se pasó el gato a un brazo y le extendió la mano libre—. Curtis Hancock, sheriff del condado.

—Sam O'Rourke. El coche se me averió cerca de Lone Jack ayer por la mañana.

—Me lo dijo Ralph Edmonds. Así que es usted de Boston, ¿eh?

—Nací y me crié allí. Mis padres eran inmigrantes de Irlanda del Norte, de Belfast —aquello explicaba que Jessica no hubiese detectado en su voz ningún rastro del acento de Nueva Inglaterra.

—¿Se fueron de allí por el conflicto? —preguntó Hancock.

—Sí —no entró en detalles.

Qué estúpida había sido. Ni siquiera se había planteado investigar sobre el pasado de Sam. Había contrastado una referencia y había confiado en que era un solitario preocupado sólo por su dolor. ¿Y si había instalado en su casa a un terrorista norirlandés? Su mano se fue inmediatamente al collar de Harry.

—Ya veo —afortunadamente, la atención de Curtis se había desplazado de ella a Sam. Aunque suponía un alivio que su empleado se uniese a la conversación—. ¿Adónde se dirige?

—A San Diego —contestó Sam—. ¿Le parece mal que trabaje aquí, sheriff?

—Me parece bien siempre que también se lo parezca a Jessie.

Más que verla, Jessica se sintió barrida por una mirada gris gélida, pero la voz era sorprendentemente cálida.

—No quiero causarle ningún problema.

Sorprendida por el tono tranquilizador de la voz de Sam, Jessica ladeó la cabeza y vio que una sombra oscurecía sus ojos claros. ¿Qué era aquello? ¿Arrepentimiento? Sus ojos grises se cerraron y miró hacia otro lado.

Necesitaba acabar con aquella tortura de dudas y sospechas, con aquella necesidad de estar alerta constantemente. Señaló su reloj con el dedo.

—Mire qué hora es, sheriff —se obligó a sonreír—. No querrá hacer esperar a Trudy, ¿verdad?

—No, puedes estar segura de que no —intentó pasarle al gatito. Jessica retrocedió como si el animal la hubiese atacado—. ¿Jessie?

Una puerta enorme se cerró dentro de su cabeza. Nada podía escapar de allí, sólo una oleada de fuego devorador.

—¡No me toques!

Volvió a retroceder, e instintivamente echó mano a Harry para interponerlo entre su persona y la amenaza invisible que avanzaba hacia ella.

—¿Jessie?

—¿Señorita Taylor?

—¡No! —se abrió paso a través de las barreras que había dentro de su cabeza. Una regresión en la que no estaba recordando nada sobre la agresión ni el agresor. Sólo recordaba el miedo—. ¡Basta!

—¡Jess!

El grito de Sam se vio acompañado por un ladrido de Harry. Como si se tratase de una descarga eléctrica, el diminutivo de su nombre la sacó de aquella alucinación. La oscuridad de su cerebro se desvaneció, como si la combinación de las llamadas de Sam y Harry hubiesen encendido una luz.

Era lo bastante consciente de lo que la rodeaba como para ver la mano de Sam acercarse hacia ella y sentir cómo se tensaban los músculos de Harry, listo para defenderla.

—Tranquilo, Harry, tranquilo —rechazó el intento de ayuda de Sam y le ordenó al perro que se tumbase a sus pies—. Estoy bien.

—Pues no lo parece —Sam dejó caer la mano y retrocedió un paso.

Se sintió débil, avergonzada y terriblemente confundida, pero logró fingir una sonrisa.

—Estoy bien. Supongo que Harry me ha malacostumbrado. Estoy tan unida al perro que ya no soporto a los gatos.

Era una excusa tan lamentable que ninguno de los dos hombres se sintió con fuerzas de rebatirla.

Curtis Hancock fue el primero en romper aquel incómodo silencio.

—Bueno, será mejor que no llegue tarde a mi cita con Trudy —dejó el gato en el suelo y lo espantó en dirección al granero—. El domingo por la tarde vendré con una jaula, ¿te parece bien? Traeré a Millie para que pueda elegir al gato que quiera.

—El domingo me parece bien.

—Espero verte mañana por la noche en la fiesta de los Kent, Jessie —se despidió de ella tocándose la punta del sombrero, y a continuación saludó a Sam con la cabeza—. Señor O'Rourke.

Jessica miró las ramas del viejo olmo que se alzaba junto a su casa. Se

puso a contar cuántas de sus hojas verdes se estaban volviendo marrones en lugar de pensar en la regresión que la había devuelto a la noche que inconscientemente había desterrado de su memoria.

Su psicóloga le había dicho que la memoria intentaría volver por ella misma. Podría volver en fragmentos o toda al mismo tiempo. Podía provocarlo algo como lo del gato, o podía volver cuando estuviese relajada y centrada en otra cosa. Al no haber sufrido trastorno cerebral alguno, la única explicación para su amnesia selectiva era que su cerebro intentaba protegerla de algo.

De algo que necesitaba recordar desesperadamente.

De algo que le provocaba un miedo mortal.

La puerta del coche del sheriff y el ruido del motor la devolvieron a la realidad. Sin fijarse en el coche blanco, se giró y saludó cuando éste ya cruzaba el portón.

—Jess...

—Señorita Taylor —Jessica paró en seco la muestra de preocupación de Sam O'Rourke y le recordó que era su empleado, no un amigo. No se veía capaz de mostrar amabilidad y mantener las distancias—. Su trabajo no es preocuparse por mí.

—Perdone, ahora mismo vuelvo al trabajo.

Conforme se dirigía hacia la carretilla, Jessica se sintió desconsolada. Durante unos segundos había regresado a aquella horrible pesadilla.

Pero una voz grave y con acento irlandés la había liberado.

No pensaba explicar lo que había sucedido, pero Sam no se merecía aquel desplante. Jessica respiró hondo y detuvo su retirada.

—Busque un momento para descansar y lavarse un poco. No tardo nada en preparar unos sándwiches para comer.

Sam se detuvo y se giró.

—Eso suena bien.

Y siguió caminando, mientras ella observaba el garbo con el que se movía. Jessica negó con la cabeza y miró hacia otro lado. Sabía apreciar la

belleza, eso era todo, y Sam se movía de un modo preciso, poderoso y hermoso.

No necesitaba pensar en su atractivo. Y, desde luego, no pensaba en él como en su salvador. Sam O'Rourke era sólo su empleado, y ya tenía sus propios problemas.

Llamó a Harry a sus pies, se agachó y lo abrazó para sacar fuerzas de su lealtad inquebrantable.

—Me juego algo a que en el frigorífico hay una loncha de pavo con tu nombre. ¿Vamos?

El perro levantó las orejas, nervioso por el tono juguetón de su voz. Se le adelantó y subió los escalones.

Intentó centrarse en la alegría del perro para abstraerse de sus pensamientos.

Sam O'Rourke no estaba buscando una relación, y ella tampoco. Además, si su encanto estaba a la altura de su cuerpo, podría conseguir a la mujer que quisiese. ¿Cómo iba a fijarse en ella, que se había convertido en una ermitaña asustadiza?

Capítulo 3

Jess. El nombre se le había escapado de una manera tan natural y familiar que cualquiera habría dicho que hacía años, y no veinticuatro horas, que la conocía. Había pronunciado aquella palabra como si tuviese derecho a llamarla por su diminutivo, derecho a preocuparse por la palidez y el miedo que habían cruzado su cara.

Sam dejó escapar un suspiro que no consiguió aliviar su frustración y culpabilidad.

A Jess Taylor le daban miedo los gatos. Interesante. Ella no tenía intención de admitirlo, y no es que fuese de demasiada ayuda para su misión, pero era una información interesante.

Sam empujó la carretilla polvorienta hasta donde estaba la llave de paso de la manguera, a la izquierda de la casa. Abrió el grifo y dejó correr el agua. Ya sabía unas cuantas cosas sobre su nueva jefa. No es que fuesen a ayudarle en la búsqueda del asesino de Kerry, pero él tomaba buena nota de ellas de todos modos.

Como el hecho de que cocinaba para alimentar a un regimiento. Para ella, preparar unos sándwiches para almorzar equivalía a preparar un festín con pan casero, huevos con salsa picante y pastel de nueces.

También se había percatado de que tenía unas piernas larguísimas, que balanceaba en el borde del porche con una despreocupación que le había hecho fantasear sobre cómo serían si llevase puesto algo diferente a aquellos vaqueros desgastados. Algo corto. O cubiertas por medias brillantes. O con nada puesto.

Sam meneó la cabeza para borrar la imagen de aquellas piernas largas y perfiladas. Dirigió la manguera hacia arriba y dejó que el agua fría le mojase

la piel de espalda y hombros. Una temperatura de veinticinco grados, impropia de aquella época, y un trabajo físico intenso no eran las únicas cosas que habían hecho que su temperatura se disparase.

Había sentido un cosquilleo en los dedos, deseosos de acariciar el pelo de Jess para comprobar si era tan sedoso como parecía. Y sus manos parecían las manos de una artista. Dedos largos y fuertes que se movían con elegancia en cada cosa que hacía. Pensar en ella tocándolo con la misma confianza con la que acariciaba al perro o el gatillo de la escopeta hacían que desease una bajada de las temperaturas.

Pero Jessica Taylor era una mujer que requería una paciencia y una pericia de la que él no disponía. Al menos, no en cuanto a relaciones sentimentales. No había estado con una mujer desde antes de la muerte de Kerry. Ni siquiera había quedado con ninguna. Había perdido su capacidad de conectar con su corazón la noche que identificó el cuerpo de su hermana en el depósito de cadáveres.

Las únicas emociones que era capaz de sentir con convicción eran la rabia, el dolor y la culpabilidad.

La ternura y la compasión le eran desconocidas, y la víctima de una brutal violación necesitaría de ambas en abundancia.

Sam volvió a echarse agua por encima de los hombros e intentó beber de la boca de la manguera. Su nueva jefa no debía de estar interesada en intimar con él, ni con ningún otro hombre. Por mucho que le gustase imaginar su voz cálida susurrándole al oído, él no era un hombre con la habilidad suficiente para hacer que eso sucediese. No podía distraerse de su verdadero propósito. Su único propósito.

Le quedaba menos de un mes de permiso. Menos de un mes para descubrir la verdad. Menos de un mes para hacerle justicia a su hermana.

Pensar en la venganza le aclaró la mente y acalló su libido de manera concluyente.

Sam proyectó el chorro de agua sobre la carretilla para limpiarla. Ojalá pudiese eliminar tan fácilmente el sentimiento de culpabilidad de su alma, y la rabia y el dolor de su corazón. Le daría a Jess un par de días para que se

acostumbrase a su presencia. Entonces empezaría a presionarla sutilmente para extraerle información. Debía de tener un diario, o una agenda que le diesen alguna pista sobre el desgraciado que la había agredido y había matado a Kerry.

Claro que no sólo estaba la desconfianza de Jess. También estaba aquel dichoso chucho. Era de esperar que Harry la acompañase a todas partes. No le resultaría fácil explicarle que el perro había sido drogado o la presencia de un bocado si dejaba que el perro vigilase la propiedad mientras ella no estaba.

Y también sabía que el sheriff del condado protegía a Jessica. Por más que Curtis Hancock fuese un tipo campechano, Sam no podía subestimar su inteligencia o su habilidad como agente del orden. Aquél era su territorio. No le daba miedo hacer preguntas, y tenía un oído puesto en los chismes que le contaban. ¿Sería capaz de desvelar las intenciones ocultas de Sam? El sheriff podía ser listo, pero él lo era más, y no pensaba permitir que él o cualquier otra persona se interpusiese entre él y el asesino de Kerry.

Empujó la carretilla y dirigió el chorro de agua a la rueda, sujetando la boca de la manguera entre las manos y apuntando a las manchas de tierra, imaginándose que tenía una pistola entre las manos.

—No se le da mal. Lo mejor será que no le mande regar el jardín. Los tomates no sobrevivirían.

El cuerpo de Sam se tensó ante la voz sensual que oyó a sus espaldas. No tenía claro cómo contestar al sarcasmo de Jessica Taylor. ¿Cómo demonios había conseguido sorprenderlo de aquella manera? Estaba tan concentrado en no fijarse en ella que ni siquiera la había oído llegar.

—¿Ya es hora de parar? —preguntó.

—Ya hace rato. Debería haber parado hace media hora.

Sam cerró el grifo de la manguera antes de girarse. El último sol de la tarde teñía las mejillas de Jessica de un tono rosado y hacía brillar su pelo alborotado. En una mano sujetaba un vaso de limonada bien fría.

—Tome, imagino que tendrá sed después de sudar tanto.

Sus ojos azules encontraron los suyos, pero sospechó que el hecho de ser tan directa tenía menos que ver con la confianza que con tenerlo vigilado.

—Gracias —Sam dejó caer la manguera, se secó las manos en los vaqueros y extendió la mano, sin dejar de observar al perro que montaba guardia entre ellos—. Espero que a él no le importe compartirla conmigo.

Le puso el vaso en la mano y sonrió.

—A Harry no le va la limonada. Pruébela, la receta es de mi madre.

El vaso estaba helado. Sam lo levantó en señal de agradecimiento, inclinó la cabeza hacia atrás y lo vació en tres largos tragos.

—¿Y si ahora le ofreciese una hamburguesa con queso...? —Sam miró hacia abajo al pararse en seco. El perro inclinó la cabeza hacia un lado como si hubiese reconocido la palabra. O quizá se hubiese dado cuenta de la tensión repentina que agitaba a su dueña. Sam no necesitaba el instinto del perro para ver que la sonrisa se le había borrado de la cara y el color le había desaparecido de las mejillas.

—¿Jess? —Sam meneó la cabeza, obligándose a corregirse a sí mismo—. ¿Señorita Taylor? ¿Está bien?

Su mirada se detuvo en su pecho, para acto seguido pasar de un pecho a otro, de un hombro a otro y acabar centrándose de nuevo en su pecho.

—¿Y su camiseta? ¿No puede ponerse la camiseta?

Sam se puso una mano sobre el vello que cubría su pecho, intentando protegerla inconscientemente de lo que fuese que la había ofendido.

—Perdone, no sabía que hubiese una norma para la ropa. Ahora mismo vuelvo a ponérmela.

Rescató su camiseta negra, húmeda y polvorienta, del poste de madera al final de la valla, y comenzó a darle la vuelta. Se guardó el malestar para sus adentros. Medio paso hacia delante, tres pasos hacia atrás... Así parecían funcionar las cosas con ella. Había visto su espalda desnuda al acercarse a él. ¿Por qué no había dicho nada?

Aun así, su orgullo herido no tenía importancia. Lo último que deseaba

era ponerla nerviosa. Se cerraría en banda, o lo despediría, y su búsqueda de información se vería abocada al fracaso. Ya tenía un brazo metido en una manga cuando sintió cinco dedos largos y fuertes sujetándolo por la muñeca.

—Espere, soy yo quien debe pedirle perdón —aunque sospechaba que su gesto tenía como objetivo tranquilizarlo y disculparse, a Sam le pareció de lo más seductor. Lo que más le tranquilizaba era su amable muestra de valentía—. Debo de parecerle un bicho raro.

—No —todo rastro de irritación desapareció gracias a su decisión de querer arreglar las cosas—. Me he tomado demasiadas libertades y usted se ha sentido incómoda.

Empezaba a imaginarse por qué le había molestado ver su pecho desnudo. No era culpa suya. Probablemente, su agresor también se había quitado la camiseta. Además, él era un hombre alto y lo suficientemente fuerte para poder dominarla. Pero se suponía que Sam no sabía nada sobre la violación. No podía responderle con lástima ni con comprensión, como si se tratase de una víctima. No podía disculparse por haberla asustado sin delatarse.

—Pensé que no le gustaba la pinta que tenía.

—No, es un pecho bonito.

Sam sonrió ante el comentario.

—Gracias.

Sus mejillas se arrebolaron, aturullándola y halagándolo a él al mismo tiempo.

—Quiero decir... que es un pecho bonito, que seguramente hace ejercicio y... —de repente, apartó la mano rápidamente, y retrocedió hasta el otro extremo del porche—. Qué tontería. Va a pensar que me comporto como una chiquilla torpe.

—Señorita Taylor...

—No —se dio la vuelta y lo miró. Aquí fuera la temperatura es casi de treinta grados, y hace muchísima humedad. Cualquiera de mis hermanos

también se habría quitado la camiseta de haber estado trabajando como usted. Discúlpeme.

—No es necesario —siguió poniéndose la camiseta—. Algo la ha incomodado.

¿Sería él? ¿Se parecería al violador? ¿Era un hombre blanco y moreno? Genial. Ahora le resultaría imposible intimar con ella si le recordaba a su agresor. Por otra parte, le estaba ofreciendo una descripción con la que antes no contaba. Quizá lograse señalar qué era exactamente lo que la había asustado, para así contar con una pista fiable.

Tenía que tirarle de la lengua. Sam recogió el vaso y se apoyó en el borde del porche de madera. Era una postura relajada y nada amenazadora. Le dio otro trago a la limonada.

—Dele la enhorabuena a su madre por haberla enseñado a prepararla.

—En casa no andábamos sobrados, vengo de una familia numerosa. Pero en nuestros cumpleaños siempre nos preparaba lo que quisiéramos. Yo siempre pedía una jarra grande de limonada.

—Entonces, su cumpleaños es en verano.

En su boca sin pintar se encendió una sonrisa. Negó con la cabeza, estaba al borde de la risa.

—En realidad, es en diciembre.

—¿Y de dónde sacaba los limones en esa época?

—Mi madre es una mujer de recursos.

Debía de ser cosa de familia. No era posible que el hecho de haber sobrevivido a su agresión fuese sólo cuestión de suerte.

—Tome —agarró el vaso de Jessica y se lo alcanzó—. Imagino que ni usted ni su madre querrán compartir la receta.

—El secreto está en añadir unos chorritos de zumo de lima y en hacer un sirope con el azúcar antes de añadírselo —le dio un buen trago y la saboreó.

—Entonces, ¿se puede saber qué he hecho para merecérmela?

Unos segundos después de haber formulado la pregunta, Sam supuso

que ya no tenía intención de contestarla. Pero aún tenía que aprender a no subestimar a aquella mujer. Jess apretó el vaso contra su pecho, haciendo caso omiso a la mancha de humedad que se le formaba en la camisa. Lo miró a los ojos antes de hablar.

—Quería contarle un par de cosas sobre mí, para que sepa por qué me asustó el gato y... bueno... para explicarle por qué me ha turbado ver su pecho desnudo.

Sam intentó ocultar el nerviosismo que hacía que su cuerpo se tensase, hizo todo lo posible por evitar sonsacarle todas las respuestas a sus preguntas. Recurrió a la labia de sus antepasados irlandeses para aparentar que estaba sólo vagamente interesado.

—La escucho.

Miró hacia abajo y acarició al perro, como si aquel contacto continuado le diese fuerzas.

—Me... atracaron... hace unos meses —aquello era sólo una verdad a medias. Ni siquiera eso—. A veces... —levantó la mirada hasta encontrar la suya— hay cosas que me traen recuerdos de aquella noche.

Sam agarró el vaso con fuerza, pero tuvo la previsión de dejarlo antes de que su frustración lo hiciese añicos. Una mentira era de menos ayuda que no saber nada, pero no podía tratarla de mentirosa. No podía pedirle la verdad, aunque sí le preguntó:

—¿El atracador no llevaba camiseta?

—Yo... él... —su expresión se oscureció. No quería seguir compartiendo información.

Pero él sí que quería seguir haciendo preguntas.

—No se parecería a mí, ¿verdad? ¿Era alto? ¿Moreno?

Y podría haber seguido: «¿Ojos grises? ¿Unos treinta y cinco años? ¿Irlandés? ¿Llevaba una camiseta negra manchada de sudor y vaqueros azules?»

Pero Sam no podía hacerle aquellas preguntas. No podía seguir, no podía presionarla por más que así fuese como le habían enseñado a llevar a cabo

una investigación. Aun así, necesitaba saber algo. Se levantó lentamente.

—No me gustaría pensar que le recuerdo a él, que le doy miedo.

—No.

«Mentirosa». Había retrocedido al verlo levantarse. ¿Qué era lo que se callaba?

—¿Lo detuvo la policía?

—No —al menos eso era verdad—. Supongo que me da miedo que intente...

—¿El qué, venir a buscarla? —aquello no era propio de un atracador. Pero un violador en serie... Sabía que su miedo era real—. Supongo que si le quitó la cartera sabrá su dirección. Si me dice cómo es físicamente, puedo estar en guardia por si se le ocurriese venir. El perro la protege, pero...

—Sólo quería contárselo para que no pensase que estoy loca —estaba enfadada, como si le echase en cara haberla presionado para conseguir aquella información—. No quiero compartir los detalles, y menos con alguien como usted.

—¿Alguien como yo? —un ladrido agudo del perro le obligó a bajar la mano cuando se disponía a tocarla—. Entonces, es verdad que le recuerdo al agresor.

—¿Agresor? Yo no he dicho que...

Jess flaqueó, como si de repente alguien hubiese apagado el interruptor que la mantenía en funcionamiento. Sam oyó el crujido de la grava al mismo tiempo que ella fijaba la mirada en un punto lejano. Harry ladró. Él también había reparado en la camioneta que coronaba la loma y reducía velocidad al acercarse al portón de entrada.

—¿Espera visita? —Sam procuró fijarse bien en el vehículo que se acercaba: dos ocupantes, conductor y pasajero. Matrícula de Misuri. Los intrusos ya estaban cruzando el arco de ladrillo junto a la entrada—. Pasan de las seis —miró por encima del hombro para recordarle la excusa que ella misma había esgrimido con él la noche anterior—. ¿Quiere que les diga que está cerrado?

—A éstos no podemos echarlos. Son mis padres —cuando la camioneta ya se acercaba al aparcamiento, Jess soltó al perro, que daba vueltas impaciente alrededor de sus piernas—. ¡Vamos, chico!

Harry corrió a saludar a los ocupantes de un vehículo que debía de resultarle familiar, pues sus ladridos eran mucho más amistosos que los que le había dispensado a Sam a su llegada.

Pero soltar al perro no era más que una maniobra dilatoria. Mientras Harry se adelantaba al encuentro de los visitantes, Jess se alisaba las arrugas de la camisa, se pellizcaba las mejillas y se peinaba el pelo con las manos, al mismo tiempo que respiraba hondo, como preparándose. ¿Para qué? Sam observó su transformación y se preguntó qué era lo que estaba sucediendo. ¿Es que también les ocultaba algo a sus padres?

Al abrirse las puertas de la camioneta, en el rostro de Jess apareció una sonrisa serena.

—Hola, mamá. Papá.

Sam se quedó donde estaba y contempló la escena desde una cierta distancia. Del asiento del conductor bajó dando palmas un hombre bajo y fornido, con las sienes plateadas. Harry le plantó las patas en los hombros y comenzó a chuparle la cara.

—Éste es mi chico —el hombre soltaba un gruñido que parecía animar al perro aún más.

¿Dónde estaban los dientes que el animal le había enseñado a Sam?

—¡Por Dios, Sid, si aún no le has dado un beso a tu hija! —una mujer alta y esbelta con el pelo ligeramente rizado bajó del asiento del copiloto. Llevaba un plato tapado.

El hombre le contestó con una carcajada.

—Tranquila, Martha. Jessie y yo estamos enamorados de nuestros perros. ¿Verdad, cariño?

Sam no pudo evitar fijarse en el elegante balanceo del cuerpo de Jess que se dirigía al encuentro con su padre para saludarlo con un abrazo y un beso.

—Claro, papá. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias —se golpeó en el pecho con una mano—. Estoy hecho un chaval.

Harry dio la vuelta a la camioneta para saludar a Martha Taylor. El perro era el centro de atención.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño —Harry volvió con Sid mientras las mujeres se daban un abrazo.

Jess era una versión más joven de su madre, tanto en complexión como en altura, pero había heredado el color de pelo de su padre.

La sonrisa de Jess no se alteró mientras hablaban del trayecto en coche desde la ciudad. Aún llevaba puesta aquella máscara de despreocupación cuando invitó a Sam a unirse a ellos.

—Mamá, papá, os presento a mi nuevo empleado, Sam O'Rourke. Éstos son mis padres, Sid y Martha. Viven en la ciudad.

Sid Taylor avanzó un paso y le dio un fuerte apretón de manos.

—O'Rourke.

A Sam le pareció que estaba siendo sometido a examen para comprobar si era la persona idónea para pasar tiempo con su hija, aunque fuese en calidad de empleado. En el pasado, Sam había hecho lo mismo con los amigos y compañeros de trabajo de su hermana. El único hombre al que no había conocido era quien le había destrozado la vida.

—Señor Taylor —valoraba y respetaba el instinto protector de Sid Taylor.

Martha Taylor no era una persona precisamente tímida. Le pasó el plato a su hija y le dio la mano a Sam.

—Soy Martha —sonrió—. Háblenos de usted, señor O'Rourke. ¿De dónde es? ¿Qué trabajo está haciendo para Jessie? ¿Le gustan las antigüedades?

—¡Mamá!

—¡Martha!

Hizo caso omiso de las llamadas de atención de su hija y su marido y sonrió a Sam.

—No les haga caso. Usted tiene pinta de comer bien. He preparado lasaña. Es una receta baja en colesterol que preparo para Sid, pero come toda la familia.

Sam retiró la mano lentamente.

—Estoy seguro de que estará buenísima.

—¿Su mujer también cocina?

—¡Mamá!

—¡Martha!

Esta vez sí contestó a sus llamadas de atención:

—No puedo evitarlo.

Jess se puso colorada, pero Sam se echó a reír. Martha también estaba sometiéndolo a examen, pero por otras razones bien diferentes.

—No estoy casado, señora Taylor.

—¿Pero le gustan las antigüedades?

—No soy ningún experto, pero me gustan los trabajos manuales y restaurar muebles antiguos.

A Sid Taylor no se le convencía tan fácilmente.

—Pero no es su trabajo habitual —dirigió la mirada hacia la nariz de Sam —. Se ha quemado la nariz.

—Papá, está echándome una mano, nada más. He comprobado sus referencias —Jess intervino para poner fin al interrogatorio. Se deslizó entre sus padres y él—. Sam sólo va a quedarse un mes. Está de camino a San Diego.

¿«Sam»? ¿Qué había sido del «señor O'Rourke» y todo aquello de mantener las distancias? ¿Por qué estaba defendiéndolo?

—¿Ah, sí? —replicó Sid—. Conque va dando tumbos por ahí.

—Sólo a tiempo parcial —dijo en broma, aunque Sid no se rió—. He pedido permiso en mi trabajo, en Boston. Quiero cruzar el país, y trabajo

cuando se me acaba el dinero. Ayer se me averió el coche.

Antes de que Sid pudiese hacer más preguntas, Jess se giró hacia Sam y le imploró con la mirada.

—¿No tenías que acabar de limpiar? La cena ya está en el horno. Estará lista en veinte minutos.

Volvió a sonreír y se dirigió a sus padres:

—¿Os quedáis? La lasaña ya nos la comeremos mañana.

Mientras sus padres se excusaban, argumentando que ya habían cenado y que tenían que acudir a cuidar de cuatro de sus nietos, Sam dio media vuelta y se marchó.

Llevó la carretilla al garaje. No quería pararse a pensar en el miedo que había visto en los ojos azules de Jess. Algo en su interior se había encendido. La necesidad de ayudarla, de protegerla, de guardar su secreto.

Maldita sea. Estaba cayendo presa de un hechizo que ella ni siquiera le había lanzado. Se estaba tomando todo aquello como algo personal. Veinticuatro horas después de su llegada, ya estaba pensando en Jess como mujer. Una mujer deseable, no una víctima. No como respuesta al misterio que envolvía la muerte de Kerry. Y, desde luego, no como un peón al que quisiese utilizar para averiguar la verdad.

A Sid y a Martha no parecía preocuparles demasiado que su hija viviese sola en el campo. Ni que hubiese un hombre al que no conocían viviendo en su propiedad. Martha incluso había mostrado maneras de casamentera. Sid había intentado calarlo, pero al menos no le había ordenado al perro que le atacase ni se había ofrecido a quedarse de carabina.

O Sid y Martha eran los padres más abiertos y confiados del mundo, posibilidad que parecía contradecir el interrogatorio paterno, o sus padres no sabían que Jess había sido violada.

Capítulo 4

Jessica pensaba que al despachar a Sam le resultaría más fácil tratar a sus padres y enfrentarse a sus preguntas, pero resultó ser al revés: sintió que había desaparecido su escudo frente al mundo exterior. Quería mucho a sus padres, pero ocultarles su secreto, cuando ellos sospechaban que algo no iba bien, la hacía sentir culpable. ¿Por qué si no iban a visitarla tan a menudo? Su finca no pillaba de camino en el trayecto hacia la casa de su hermano Gideon, donde se dirigían a cuidar de sus nietos. Y su madre le llevaba comida. Seguro que sospechaban algo.

—Sam parece buena gente —apuntó Martha mientras seguía a Jessica por detrás de la barra que separaba la cocina del comedor—. Tiene un acento raro, ¿no?

Jessica abrió el frigorífico e hizo hueco para la lasaña.

—Sus padres eran inmigrantes irlandeses, pero él nació en Estados Unidos.

—¿Cómo estás tan segura? —Sid seguía empeñado en proteger a su hija del forastero—. ¿Qué ha pasado con el chico que trabajaba para ti?

—Derek sigue trabajando para mí, pero durante la temporada de entrenamientos sólo puede venir los fines de semana, y cuando empiece la cosecha, ni siquiera eso —Jessica llenó dos vasos de limonada y se los pasó a sus padres—. Hoy Sam se ha matado a trabajar, y no he oído ni una queja. ¿Quieres llamar a su contacto? El número está junto al teléfono.

Sid cruzó la habitación y se guardó el trozo de papel donde estaba apuntado el número de Virgil Logan.

—Quizá lo haga.

Sus padres se sentaron a la mesa. Jessica estaba segura de que su visita

no había sido algo improvisado. Se puso en guardia e intentó adivinar qué les preocupaba.

—¿Sabes algo de tu hermano Cole? —preguntó su madre, incapaz de esconder un deje nostálgico en su voz—. No lo hemos visto desde la boda de Gideon y Meghan. Ese chico me preocupa.

Ese «chico» tenía treinta años, pero aunque era un año menor que ella, Cole y Jessica siempre habían estado muy unidos. Ella también se preocupó cuando dejó su trabajo en la policía y pasó de un trabajo a otro. Su único contacto con su antigua profesión eran sus roces ocasionales con la ley. Pero en el fondo sabía que su hermano seguía siendo buena persona, que estaba buscando algo, y que su conciencia y los valores en los que había sido educado no lo abandonarían.

—Creo que está bien, mamá —Jessica apretó el hombro de su madre antes de sentarse junto a ella para unirse a la reunión familiar—. Hace cosa de una semana recibí un correo electrónico suyo, y a veces me llama. Siempre pregunta por vosotros.

—¿Y si está metido en algún lío? —Sid extendió el brazo y agarró la mano de su mujer. Intercambiaron una mirada que sólo dos personas que han convivido durante toda una vida podían entender—. Sólo queremos que esté bien y que sea feliz.

—Está bien —Jessica intentó tranquilizarla. No lo sabía, pero algo en su interior la habría avisado si Cole hubiese estado metido en algún lío—. No sé si será feliz, pero supongo que acudiría a nosotros si lo necesitase.

—Y tú, hija, ¿acudirías a nosotros si lo necesitases?

Como única hija en una familia en la que tenía a cinco chicos por hermanos, decir que se preocupaban más por ella habría sido quedarse corto. Tenía que ser la mujer más querida y mejor protegida de la ciudad. Cualquiera de sus hermanos acudiría a rescatarla en un abrir y cerrar de ojos y vigilaría que se hiciera justicia si alguien le hacía daño.

Pero no quería que ninguno de ellos pusiese en peligro su puesto de trabajo por su empeño en perseguir al hombre que le había hecho daño.

—¿Jessie? —su padre se había pasado a la silla que estaba justo enfrente de ella.

Estaba atrapada. ¿Habrían averiguado la verdad?

—Sé que tienes un novio en Chicago —la voz de Martha era todo amabilidad.

—¿Un novio? —aliviada, dejó escapar un suspiro. Claro. Alex. Nada nuevo. No hablaba de la violación. Intentó no mostrarse demasiado ansiosa por contestar—. Alex Templeton es mi socio. Y dejará de serlo en cuanto reúna el dinero suficiente para comprar su parte.

—Entonces, ¿no seguís viéndoos? —preguntó Martha.

—No —Jessica se giró para hablarles a los dos—. No era la persona que yo pensaba que era. La cosa no funcionó.

—¿Te hizo daño? —la pregunta de Sid era más directa. ¿Le había partido el corazón? No. ¿La había humillado? Sí. ¿Iba a contarles lo que le sucedió la noche que cortó con Alex? Nunca. Procuró ser más cuidadosa en su respuesta—. ¿Por qué me lo preguntáis?

—Viniste muy cambiada de tu viaje a Chicago en marzo. Volviste con los brazos llenos de moretones. Dijiste que te habían atracado, y que la policía de Chicago se estaba ocupando del tema.

—Y lo hicieron. O lo están haciendo. No pueden hacer gran cosa.

Sid le tomó la otra mano. Jessica la cerró para ocultar la cicatriz que le atravesaba cuatro dedos, un recuerdo tangible de aquella aciaga noche. Su padre trazó un círculo alrededor de la muñeca, de la que ya habían desaparecido hacía tiempo los cardenales.

—¿Fue Alex quien te hizo esos moretones?

—¿Cómo? ¡No! —fue consciente del dolor en la voz de su padre. Un miedo impotente por el dolor que le habían infligido a su niña. Ya había sufrido un infarto. No necesitaba otra preocupación más—. Alex no me pegaba. Yo no estaría nunca con una persona así. Los moretones fueron del atraco.

—Pero no has querido contarnos nada. Hace meses que no vienes a casa

a comer los domingos. Ya sé que en verano tienes más trabajo por los turistas, pero parece que intentes evitarnos.

Jessica tenía que decirles algo, o aquella conversación iba a desembocar en algo para lo que no tenía respuestas.

—Alex y yo teníamos una relación. Llegué a pensar que era la persona que me convenía. Era guapo, atento y divertido. Trabajaba en marketing, y era un entendido en arte. Nuestras habilidades se complementaban, así que decidió invertir en mi empresa. Al final, trabajar juntos dio paso a otra cosa. Cuando iba a Chicago, pasaba casi todo el tiempo con él. Fuimos juntos a la costa un par de veces. Pensaba que estaba enamorada de él y, en cierto modo, así era.

Sus padres ya parecían más relajados ahora que empezaban a entender las cosas.

—Bueno, está claro que no era el hombre de tu vida. Si no, ya lo habríamos conocido.

—Descubrí que estaba casado.

—¿Cómo? —Sid cerró el puño.

—Ay, cariño —Martha se levantó y dio la vuelta a la mesa para abrazarla —. Lo siento mucho.

Su padre también se sumó al abrazo.

—¿Podemos ayudarte en algo?

—No. Sólo necesito tiempo —había mentido sobre la causa, pero no podía mentir sobre lo que sentía—. Debería haber sabido que no estaba siendo sincero conmigo. Me sentí estúpida, como si me hubiese estado utilizando.

—Lo hizo —la atajó Martha—. Pero que te mintiese sobre su estado civil no es culpa tuya. No deberías sentirte avergonzada ante nosotros.

Jessica sonrió. Su familia la quería y la apoyaba muchísimo. Deseó poder contárselo todo.

—Sólo necesito un poco de tiempo para volver a confiar en los hombres.

Sid le dio una palmadita en el brazo y la señaló con el dedo.

—Entonces, quizá no debas fiarte tampoco de Sam O'Rourke.

—Papá.

Sam no la había violado. De haber sido así, lo sabría. ¿O no? Aunque su memoria estuviese en blanco, confiaba en reconocer a su agresor si volvía a verlo.

«Agresor». Sam había utilizado esa palabra cuando ella le había confesado lo del atraco. Quizá en su cabeza «atracador» y «agresor» eran sinónimos. O quizá había algo más que debería preguntarse sobre él.

Un ladrido de Harry acabó con sus elucubraciones.

—¿Se puede? —era Sam, que avisaba de su presencia detrás de la puerta mosquitera del porche—. ¿Interrumpo algo? Como me dijo que la cena era a las siete...

¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Habría escuchado parte de la conversación? No había oído sus pasos sobre el suelo de madera del porche. ¿Harry tampoco?

—Estará lista en unos minutos.

Vio su silueta a través de la mosquitera. Se había duchado y cambiado de ropa. Metida por dentro de unos vaqueros limpios llevaba una camisa blanca con las mangas remangadas. Aún llevaba el pelo ligeramente húmedo. Era alto, ancho de espaldas y estaba muy bien proporcionado. Le dio un vuelco el corazón, y esta vez no tuvo nada que ver con el miedo.

De pronto tomó conciencia de su propio aspecto desaliñado.

—Harry, siéntate.

A regañadientes, el perro abandonó su puesto frente a la puerta y acudió junto a ella.

—¿Se puede pasar? —preguntó Sam—. He pensado en sacar los platos y poner la mesa aquí fuera, igual que ayer. No es que tenga hambre.

Jessica sonrió ante la mentirijilla.

—Has trabajado todo el día. Claro que se puede —apoyó una mano en la cadera—. Harry, quieto. Pasa mientras me despido de mis padres.

Sam abrió la puerta, y Jessica reprimió el impulso de retroceder. Harry y sus padres estaban allí, no podía pasarle nada.

—Llamaré a este tipo —dijo su padre ya de camino al coche mientras señalaba al número que había apuntado.

Su madre la abrazó y le susurró en el oído:

—Él podría ayudarte a olvidar a Alex.

—¡Mamá! —no podía evitarlo, su madre era una casamentera. Acompañó a sus padres a la camioneta, negándose a seguir hablando de su inesperada fascinación por su nuevo empleado—. Será mejor que os marchéis ya, o llegaréis tarde a casa de Gideon.

—¡Ah, se me olvidaba! —Martha se detuvo en el porche—. Mañana por la noche, Gideon y Meghan celebran el cumpleaños de Matthew. Cumple cinco años. Por eso vamos hoy, para que puedan hacer las compras. Han invitado a toda la familia. ¿Irás?

Jessica suspiró. Sus cuatro sobrinos recién adoptados habían conquistado rápidamente los corazones de toda la familia, pero una tortura familiar a la semana ya era suficiente.

—No puedo, mamá —añadió la primera excusa que se le ocurrió—. Mañana por la noche mis vecinos me han invitado a una fiesta. ¿Te acuerdas de Trudy Kent? Tenemos que hablar de la compra de unas tierras.

—¿Estás segura?

—Claro —obviamente, ahora tendría que ir a la fiesta de los Kent. Bastantes mentiras había ya en su vida como para añadir más. No obstante, una casa llena de vecinos hablando de negocios o del tiempo era más fácil de sobrellevar que toda una familia de preguntones bienintencionados—. Ya le llevaré algo a Matthew este fin de semana o el lunes. Felicítalo de mi parte.

Intercambiaron besos y abrazos y se despidieron. Cuando sus padres ya se alejaban, volvió a la casa para darle los últimos toques a la cena.

—Huele bien —dijo Sam desde el porche—. La mesa ya está puesta. ¿Qué quieres beber? ¿Limonada? ¿Agua? ¿Leche?

—Agua.

Jessica evitaba estar en la cocina al mismo tiempo que Sam. El lugar era demasiado pequeño y el irlandés demasiado grande para poder pensar con claridad, aunque tuviese a Harry a sus pies para protegerla. Ya no era el miedo lo que la preocupaba, sino algo de lo que su madre se había dado cuenta antes que ella: la atracción. Lo que empezaba a sentir. Algo para lo que no estaba preparada.

«Él podría ayudarte a olvidar a Alex».

Si superar una mala relación fuese todo lo que necesitaba, quizá tendría en cuenta el consejo de su madre. Sam O'Rourke era más hombre de lo que Alex Templeton podía soñar en convertirse. Quizá no fuese tan guapo, ni tan rico o fino como Alex, el as de las relaciones públicas. Pero Alex nunca había sudado con otra cosa que no fuese hacer el amor. Nunca le había estrechado la mano a su padre ni se había sometido a su aprobación.

Alex se había sentido ofendido, no dolido, cuando ella le dijo que se largase. Perder a su amante secreta había sido un golpe muy duro para su orgullo, no para su corazón.

Sam era un hombre sumido en un dolor terrible, que necesitaba tiempo y mucho trabajo para superar la muerte de su hermana. Era un hombre que sabía bromear, y a quien no le molestaba el silencio. Era una persona mucho más profunda que Alex.

Había muchas cosas de Sam O'Rourke que le habría gustado entender, pero le faltaba valor para hacerlo. Cada vez que Sam le preguntaba algo personal, ella se tragaba las palabras y se preguntaba si alguna vez sería capaz de tratar a un hombre con normalidad.

Rechazó la oferta de Sam de ayudarla a fregar los platos, y esperó a que él subiese a la vivienda que ocupaba antes de entrar en casa y cerrar con llave todas las puertas. Se aislaba así del mundo que la aterrorizaba y se encerraba en casa a solas con sus miedos, su soledad y la lealtad de un perro.

* * *

La luz del pequeño televisor creaba en el apartamento de dos habitaciones que ocupaba Sam una luz estroboscópica mientras él se concentraba en volver a montar su pistola Sig Sauer, después de desmontarla y limpiarla. Encontraba consuelo en la precisión mecánica de su arma. Mantenerla lista para usar formaba parte de su trabajo.

No olvidaba que era un agente del FBI con una misión, aunque personal y no autorizada. En noches como aquélla, el trabajo era su único consuelo, lo único que hacía soportable el truculento recuerdo del cuerpo lleno de golpes de su hermana.

A Sam no le interesaba saber que la ola de calor que azotaba la zona de Kansas City iba a verse acompañada por una serie de tormentas eléctricas el domingo por la noche. El noticiario de la tele sólo le servía de ruido de fondo con el que adornar la jaula donde se alojaba.

Su cama no tenía cabecera, pero había apoyado la almohada contra la pared y se había recostado sobre ella. Debería estar profundamente dormido. Le dolían los músculos del trabajo del día. A pesar de una conversación algo forzada y de una cena muy sana, se encontraba con el estómago lleno. Pero lo más cerca que había estado de acostarse había sido sacarse la camisa de los pantalones y desabrochársela y sentarse en la cama haciendo como que se relajaba.

Volvió a colocar en su sitio el cañón de la pistola y sujetó en la palma de la mano la empuñadura vacía. Estaba demasiado nervioso e inquieto para poder dormir. Necesitaba hacer algo más provechoso. Necesitaba avanzar en la investigación. Hasta el momento, sólo había conseguido evasivas. Pero algo iba a cambiar pronto, tenía ese presentimiento.

Hizo como si persiguiese un objetivo ficticio por la habitación. Se encontró con su petate en el punto de mira. Sujetó el arma con firmeza. Aspiró y se quedó inmóvil. Apretó el gatillo con el dedo.

—Bang.

Aquella sílaba le recordó lo vacío que estaba por dentro. Había perdido a todas las personas que eran importantes para él: su madre había muerto de

cáncer, su padre en acto de servicio, y su hermana a manos de un desgraciado enfermizo que no sabía que Sam O'Rourke iba tras él. Pero pronto lo sabría, y desearía no haber...

El teléfono móvil zumbó al vibrar contra la madera de la mesita de noche. Sam volvió a introducir el cargador en la pistola, metió su Sig Sauer en la pistolera y la dejó junto a su identificación sobre la cama. Agarró el teléfono y leyó el número. Algo estaba a punto de suceder.

—O'Rourke.

Su compañero, Virgil Logan, tampoco se entretuvo en saludarlo.

—¿Cómo te va la vida en el culo del mundo?

—Kansas City no es una ciudad tan pequeña.

—Pero tú no estás en la ciudad. Seguro que donde estás tú no hay ni un bar ni un solo gimnasio.

Sam meneó la cabeza y sonrió. Como si necesitase desplazarse a algún sitio para comer y hacer ejercicio.

—Me las arreglo bien.

—¿Esa mujer te ha contado algo ya?

Sam miró por la ventana. Antes había estado observando la casa, intentando averiguar todo lo que pudiese sobre la mujer y sus hábitos. La única luz que había encendida era la que estaba junto a su escritorio, donde se encontraba el ordenador. Según decía, todas las noches leía su correo electrónico y comprobaba los pedidos en su página web. Desde donde estaba no podía ver la ventana, pero en el porche aún se veía reflejada la luz. Parecía que lo único que tenían en común era una buena disposición para el trabajo y el insomnio.

—Estoy en ello. No es que sea muy habladora, pero estoy en ello.

—Pues date prisa —Virgil ya no se reía. Su recordatorio sonó a mal augurio.

Sam se incorporó en la cama. Bajó los pies y los apoyó en el suelo, preparándose para oír la verdadera razón por la que Virgil lo había llamado.

—Has descubierto algo.

—Nada bueno. Se ha producido otra violación con asesinato con el mismo modus operandi que la de Kerry. En Las Vegas. Anoche. Una mujer de buena posición que había acudido para una convención. Estrangulada. Marcas en los tobillos y en las muñecas. Morena. Le habían cortado un mechón de pelo.

Durante un segundo, a Sam le faltó el aliento. Toda la habitación le daba vueltas. Se obligó a respirar y a pensar. Cuando su cabeza se aclaró, pudo hablar.

—¿Estás seguro de que se trata del mismo tío?

—Todo coincide, hasta lo de ponerse preservativo para no dejar rastro de ADN. Tengo delante el informe del forense —Virgil dudó, dándole a Sam la impresión de que se movía incómodo en la silla—. Ese tío es un maníaco. Tiene una cuenta pendiente con algo o alguien y no parará —volvió a callar —. Quizá deberías contarle a tu nueva jefa quién eres y llevarla a un lugar seguro. No creo que ese tipo sea de los que dejan a alguien escapar y se quedan tan tranquilos. Podría localizarla.

Ojalá ese desgraciado se presentase allí, en el punto de mira de su pistola.

La idea no le causó a Sam el mismo placer que había sentido dos días antes, cuando Jessica Taylor era sólo un dato en un ordenador. Ahora era una mujer vulnerable. No se merecía que volviesen a hacerle daño.

—Me lo pensaré —admitió Sam. Pero confesarle su objetivo supondría renunciar a la posibilidad de que Jess le hablase de su agresor. Pero si era él quien iba a buscarla...—. Estoy en un callejón sin salida, Virgil. Si le digo quién soy, me dirá que me largue. Si me voy, se quedará aquí sola.

—Una presa fácil para nuestro hombre. No pensarás que se ha enclaustrado ahí a propósito, ¿verdad? He leído que las mujeres que han sido violadas se sienten avergonzadas y sufren depresiones. No será una suicida que está esperando a que vuelva y acabe el trabajo, ¿verdad?

Sam salió en defensa de Jess.

—¿Esta mujer? Qué va. Es demasiado inteligente. Tiene un perro que

podría arrancarte la cabeza de un bocado, y sabe utilizar un arma. Es una superviviente. Una luchadora, no una víctima.

Virgil soltó una carcajada.

—Vaya con el irlandés. Me parece que te has enamorado. Déjame adivinarlo: seguro que también es guapa.

De no haber estado a medio país de distancia, habría tumbado a su compañero de un puñetazo.

—Que sea guapa no tiene nada que ver —Sam no reparó en el hecho de que acababa de confirmar la suposición de Virgil—. Si ese tío aparece, sé que ella no dudaría en volarle la tapa de los sesos.

—En ese caso, procura verlo tú a él primero. Si se toma la justicia por su mano, será ella y no él quien acabe en la cárcel.

A Sam le pareció detectar también un consejo personal en sus palabras.

—Actuaré de acuerdo con la ley, siempre que ese tío me dé la oportunidad. Pero si me pone las cosas difíciles... —Virgil sabía de sobra que Sam estaba más que dispuesto a llevarse por delante la vida de quien se la había arrebatado a su hermana.

—Lo sé. Te mantendré informado si averiguo cualquier otra cosa. Mientras tanto, ten cuidado. Y no sólo me refiero a que te protejas de los malos.

—Lo haré. Ya te contaré.

Nada de despedidas. Sam dejó el teléfono sobre la cama, se acercó a la ventana y miró hacia fuera.

Un farol colocado en un poste telefónico entre el garaje y la casa principal iluminaba la pasarela de madera que conectaba los dos edificios. En el exterior todo estaba tranquilo y en silencio.

Junto al porche trasero pudo distinguir una de las ruedas de la calesa que esperaba para ser restaurada. Jess le había pedido ayuda para trasladarla al taller que se encontraba al otro lado de los árboles que delimitaban su propiedad. Estaba en el plan de trabajo del día siguiente. Ahora estaba trabajando en alguna otra cosa.

Se fijó en la única ventana del primer piso de la casa. Mientras llenaba los vasos de agua para la cena había visto la escalera que subía al piso de arriba, donde presumiblemente estaría el dormitorio de Jess.

Pero aún no había visto luces ahí arriba. O no podía dormir, al igual que a él, o andaba a oscuras por la casa.

Aunque no la consideraba una mujer tan excéntrica, la teoría de Virgil tenía sentido. ¿Y si estaba esperando a que su agresor fuese a por ella? Pero aquello era peligroso. Demasiado peligroso para una mujer sola. La oscuridad era el mejor lugar para esconder tales secretos, y Sam se preguntaba por qué Jess Taylor tenía tantos.

Corrió la cortina de la ventana, se giró y miró la habitación vacía. Le gustase o no, necesitaba descansar. Su cuerpo necesitaba recuperarse del esfuerzo para llevar a cabo su siguiente proyecto. Una vez acabado el aparcamiento y trasladada la calesa, Jess quería que le echase un vistazo a un mueble de roble que tenía en el taller, por si podía arreglarlo.

Pero sobre todo necesitaba estar alerta. Atrapar a un asesino y proteger a Jess dependía de ello.

Guardó la pistola y su identificación y se tumbó en la cama sin molestarse en cambiarse de ropa. Si le entraba sueño, ya se desvestiría para quedarse en calzoncillos. Con el mando de la tele fue saltando de canal en canal sin que nada le llamase la atención. Ya empezaba a caer presa del sueño cuando oyó algo que le hizo incorporarse bruscamente en la cama.

Un grito de Jess.

* * *

Jessica ni siquiera era consciente de estar gritando. Sólo oía las palabras. Aquellas dos palabras que aparecían en pantalla.

Las mismas que él le había dicho.

«Muere, puta.»

Una voz intentaba liberarse desde el agujero negro de su memoria. Una voz que debía recordar. Una voz que sonaba por encima de ella. No,

arrodillada sobre ella. Estrangulándola.

Y un gato. Pasa algo con un gato.

—¡No! —golpeó la mesa con los puños y gritó mientras una imagen borrosa tomaba forma y acto seguido desaparecía, dejándola con miedo y sin fuerzas.

«Muere, puta.»

Las palabras seguían allí, escritas en un correo electrónico junto a los pedidos de su página web. Se tapó los oídos con las manos. La voz seguía persiguiéndola.

—¡Para! —no podía oírse a sí misma. Estaba atrapada en su hechizo, reviviendo cada aliento de aquella noche fatídica.

Lo que sí oyó era el resonar de unos pasos sobre la madera del porche. También sintió una nariz fría y húmeda empujando su muslo por debajo de la camiseta supergrande que llevaba a modo de camisón. Oyó la voz de otro hombre que gritaba su nombre.

—¡Jess!

En ese momento tomó conciencia de que estaba gritando:

—¡No te acerques!

Aterrorizada por los pasos que se acercaban y el horrible mensaje, dio un salto que envió la silla contra la mesa del comedor.

—¡Jess! —a los puños atronadores que golpeaban la puerta se sumaba ahora el ladrido de Harry.

Pasó por encima de la silla volcada y tropezó con otra. El dolor ya le subía por la pierna, pero eso no evitó que se dirigiese directa a la vitrina de las armas.

—¡Jess, soy Sam O'Rourke! —el suelo vibró cuando golpeó de nuevo la puerta—. ¿Estás bien? ¡Dime algo!

Jessica se paró en seco al percatarse de que no era su voz la que oía, sino la de Sam.

—¿Jess?

—¿Sam? —alcanzó a decir con un hilo de voz. De repente, volvía a encontrarse en el presente. Pero las palabras seguían allí, detrás de ella. La memoria en blanco y el miedo aún la perseguían—. ¡Sam!

Cesaron los golpes.

—¿Jess? ¿Qué está pasando?

Rodeó el armario y tropezó contra un expositor, del que se cayeron los platos. Jessica echó a correr. El suelo de madera dio paso a la estera de Harry. A duras penas consiguió abrir la cerradura. Por último, giró el pomo y abrió la puerta de par en par y descorrió el pestillo de la mosquitera.

Allí estaba Sam, el hombre que la había salvado de las tinieblas.

—¡Sam! —Jessica se lanzó contra su pecho. La puerta se cerró de golpe a su espalda—. Estaba muy asustada —unos brazos fuertes la rodearon y la atrajeron hacia aquel enorme cuerpo.

—¿Por qué estabas asustada? ¿Estabas sola? —con una mano le sujetaba la cabeza, y con la otra le rozaba la parte baja de la espalda. Jessica lo sentía moverse, retirarse, atraerla hacia sí, lejos del peligro desconocido —. ¿Te has hecho daño?

Durante unos segundos se vio rodeada por algo fuerte y cálido. La voz ronca de Sam acariciaba sus oídos. Su mejilla descansaba sobre su pecho. Su pecho desnudo. Jessica volvió en sí con un grito ahogado y respiró aquel aroma masculino en el que se mezclaban el olor a jabón y el aroma aún más sensual a hombre.

Pensó que la impresión de verse agarrada al pecho de un hombre acabaría con la tranquilidad que ya se instalaba en su interior. Pero no. Estaba a gusto. Lo necesitaba. No quería volver a encontrarse sola en mitad de la noche con aquella voz y aquellas palabras. Prefería esto. Acercó aún más su mejilla.

—Sam, yo...

Un ladrido feroz fue el único aviso antes de que la puerta se abriese de par en par y golpease a Jessica en la espalda, empujándola contra Sam.

—¡Harry!

Sam trastabilló, pero logró evitar que ambos cayesen al suelo. Jessica se separó de él y se giró hacia su guardián canino cuando éste salía por la puerta y se disponía a atacar a Sam. Le bloqueó el paso y le gritó un sonoro «¡Quieto!».

El perro obedeció el instinto de complacerla antes que el instinto de atacar. Su ladrido se transformó en un gruñido gutural. Jess se arrodilló junto a él, sujetando el collar con una mano, por si acaso aún consideraba a Sam una amenaza.

—Buen chico, Harry. Buen chico —le acariciaba la cabeza y el lomo mientras le hablaba con la más amable y juguetona de las voces—. Estoy bien, cariño. Sam no es el hombre malo. Ya sé que estás cuidando de mamá. Buen chico, Harry.

Los sonidos amenazadores cesaron ante el tono tranquilizador de su dueña. Jess suspiró aliviada cuando el perro comenzó a mover la cola. Siguió acariciándolo, pero se arriesgó a mirar hacia arriba con una sonrisa de disculpa.

—Lo siento. Sólo intentaba protegerme.

—Ya lo sé. Sólo espero que a los intrusos los persiga igual que a mí —señaló hacia la puerta—. ¿Qué ha sucedido ahí dentro para que hayas tenido que gritar de esa manera en plena noche y que el perro piense que la culpa es mía?

Jessica se puso de pie, consciente de pronto de lo mucho que se le subía la vieja camiseta de su hermano Cole cuando se agachaba de ese modo. No es que pensase que Sam estuviese mirando algo que no debía, pero había bajado la guardia demasiado fácilmente ante aquel hombre moreno al que apenas conocía.

La sensación de miedo no había desaparecido por completo. Aún se sentía vulnerable. La seguridad que había sentido en brazos de Sam ya sólo parecía el producto de su imaginación.

Dirigió la mirada hacia la parte de pecho que dejaba entrever su camisa abierta. Era el mismo pecho que la había aterrorizado horas antes, pero

ahora lo único que deseaba era volver a sentirlo contra ella. Negó con la cabeza y miró hacia otro lado. No le extrañaba que el perro pensase que necesitaba protección; cualquiera habría dicho que no era capaz de cuidar de sí misma.

—Lo siento. Ha ido a por ti porque me ha visto asustada. Sólo necesita acostumbrarse a ti, aprender a confiar en ti. Deja que te olfatee.

—No quiere olfatearme, lo que quiere es arrancarme la cabeza. Y no has contestado a mi pregunta.

—Siento haberte despertado, no quería...

—Jess —suavizó su tono de voz para desmontar sus defensas—. Deja de ponerme excusas. Desde aquí te veo temblar.

Sam O'Rourke no era un hombre de los que se rendían fácilmente. Jessica tenía la impresión de que no iba a volver a su cuarto a menos que le diese una explicación creíble a su comportamiento. Con las manos apoyadas en las caderas y mirándola sin pestañear apenas, Jess pensó que no se movería de allí hasta saber la verdad.

—Te lo agradezco, pero no... —aquello era mentira. Se cruzó de brazos y decidió confiar en su intuición sobre aquel hombre. Decidió que no tenía alternativa. Deseó que se tratase de una decisión de la que no tuviese que arrepentirse—. ¿Entiendes de ordenadores?

—Lo suficiente —frunció el ceño—. ¿Tus gritos tenían que ver con el ordenador?

Jessica negó con la cabeza. Sin soltar a Harry, abrió la puerta mosquitera e invitó a Sam a entrar. Quizá aquello fuese lo más valiente que hacía desde aquella noche aciaga.

O lo más estúpido. Allí, de pie en el porche, Sam seguía pareciéndole tan fuerte y peligroso como la primera vez que lo había visto. Confiaba en que fuese igual de comprensivo.

—Me vendría bien tu ayuda.

—¿Con el ordenador? —preguntó antes de dar un paso más.

Jessica asintió.

Si Sam O'Rourke pensaba que estaba loca, no dejó que se le notase. Se abrochó un par de botones estratégicos en la camisa y aceptó el encargo con la misma facilidad que había aceptado otras tareas que Jessica le había asignado. Cuando se detuvo para permitir que ella entrase primero, Jess negó con la cabeza.

—No, tú primero. No quiero volver a verlo.

Jessica lo siguió a una cierta distancia. La mirada atenta de Sam recorrió la tienda, la salita en penumbra y la escalera que llevaba al piso de arriba para centrarse en la luz que provenía del despacho. Se detuvo, y Jessica supo que estaba inspeccionando los desperfectos causados por ella en su desesperado intento de escapar al miedo.

Afortunadamente, no hizo comentario alguno. Recogió la primera silla volcada y volvió a colocarla junto a la mesa. Puso derecha la silla que había frente al ordenador, pero leyó las palabras del monitor antes incluso de sentarse.

Jessica tragó saliva con dificultad al ver la rigidez que de pronto adoptaba el cuerpo de Sam. Cuando éste se giró hacia ella, la vio pegada a la pared, sentada, acurrucada.

—Yo no puedo tocarlo. Necesito que lo borres, por favor.

Capítulo 5

Sam leyó el correo electrónico en la pantalla del ordenador y se obligó a recordar que se suponía que él no sabía nada del pasado de Jessica. ¿Aquello era lo que el violador entendía por una tarjeta de visita? Al parecer, así lo había interpretado ella. ¿La había amenazado de aquel modo durante la agresión? ¿Serían aquéllas las últimas palabras que había oído Kerry?

—¿Es esto lo que te ha asustado? —preguntó. Pero intentó sonsacarle más información—. Vaya cosas pueden enviarse hoy en día por la línea telefónica. No será de algún conocido, ¿verdad?

—No lo... ¿Puedes borrarlo, por favor? Ya sé que es muy fácil hacerlo, pero no puedo...

—Claro —la tranquilizó.

Sus ojos se llenaron de tanta gratitud y alivio que en ese momento lo único que deseó fue acercarse a ella y volver a abrazarla. En aquellos segundos antes de que el perro quisiese atacarle, había pensado en ella como hombre, no como agente. Ni como un hermano que buscaba venganza.

Su cuerpo había despertado ante la suave presión de sus pechos. Su pelo sedoso había descansado entre su barbilla y la palma de su mano al intentar rescatarla de aquel peligro desconocido. La feminidad de su aroma a jengibre fresco había despertado deseos latentes en él desde meses atrás.

Algo primitivo, instintivo, había prendido en sus venas y ahora recorría todo su cuerpo. Jessica se había sentido en peligro y había acudido a él. Su deber era protegerla. Tras unos breves segundos en sus brazos, algo había cambiado en su interior. La sensación seguía allí, impidiéndole pensar con la

objetividad necesaria en aquel momento. La objetividad que ella necesitaba.

Sam respiró hondo e intentó calmar aquella reacción exageradamente protectora hacia Jess. Ahora mismo no necesitaba a un hombre para abrazarla y consolarla. Lo supiese o no, a quien necesitaba era al agente con hielo en las venas. Necesitaba a un paladín que matase a la bestia, aunque por el momento sólo se mostrase en su versión informatizada. Para que así fuese, necesitaba comenzar a pensar como un agente, no como un hombre solitario y desconsolado.

—No tendrás café descafeinado, ¿verdad? O té —mantenerse activa la distraería de aquel horrible mensaje y le daría la oportunidad de investigar un poco—. Creo que los dos vamos a tardar un rato en dormirnos.

Se mostró sorprendida, pero no podía pensar con claridad. Aun así, la tensión que atenazaba su cuerpo pareció relajarse un poco.

—Sí. Voy a preparar café. Me gustaría que te quedases... un rato.

—Claro.

Con un breve movimiento de cabeza y una sonrisa, se dirigió hacia la cocina, chasqueando la lengua para que el perro la siguiese. Sam se sentó y se puso manos a la obra, pasando por alto la punzada de culpabilidad que amenazaba con distraerlo de su objetivo. Había maneras de rastrear un mensaje, pero era algo que no podía hacer allí, ni delante de Jess ni con aquel equipo.

En el asunto del mensaje indicaba que el comprador estaba buscando relojes antiguos, un señuelo engañoso que parecía tan inocente como el mensaje anterior, de algo que parecía un bufete de abogados: Boyce, Riegert y Winston. BRW habían quedado tan satisfechos del último pedido de objetos históricos de Misuri para decorar sus oficinas que estaban dispuestos a gastarse hasta cinco mil dólares en objetos de colección.

—Una compra por cinco mil pavos —susurró—. No está mal para un día de trabajo.

Había otro mensaje de un tal Alex, felicitándola por el elevado número de visitantes que había recibido su página web. Estaba claro que a Jess

Taylor no le iban mal los negocios.

Entonces, ¿por qué una mujer como ella tenía tanto miedo de contarle a su familia y a la policía los detalles reales de su «atraco»? ¿Ocultaba algo? ¿Intentaba proteger a alguien?

Sam oyó a Jess moler granos de café. Debía asegurarse de que estaba ocupada mientras él comprobaba la media docena de correos electrónicos que había recibido a través de su página web de antigüedades. A excepción del que la había aterrorizado, todos guardaban relación con su negocio. Volvió al mensaje de dos palabras que le interesaba.

Voyaporti era la dirección alojada en un servidor público desde la que había sido enviado el mensaje. El emisor podría haber accedido a ella desde cualquier punto. Conocía el servidor, era muy popular entre estudiantes e instituciones públicas que no podían permitirse pagar un servidor sin publicidad. Los coloridos anuncios que había en la parte inferior de la pantalla pertenecían a una empresa nacional de crédito hipotecario, con lo cual no podía estrechar el cerco a una región en concreto.

—Ven a por mí, maldito.

Memorizó la dirección de procedencia. Había elegido aquella combinación de palabras para intimidar a Jess. Reenvió el mensaje a Virgil y le pidió que intentase localizar desde dónde había sido enviado. A continuación, borró mensaje y dirección tanto de la bandeja de entrada como de la carpeta de correo enviado. Esa noche no iba a encontrar más pistas en el ordenador.

—¿Quieres que lo apague? —preguntó en un tono lo suficientemente alto para que lo oyese desde la cocina.

—Sí, por favor —Jess rodeó la barra que separaba la cocina del comedor —. El café estará listo enseguida. ¿Por qué no te sientas en la salita? Lo llevaré allí.

Jess entró en el cuarto de baño y dejó a Sam con la única compañía del sonido del borboteo del café. Era una oportunidad de lujo para registrar su escritorio y buscar un diario o una agenda, pero las paredes interiores de la casa eran demasiado finas para arriesgarse a que lo oyese. Además, Harry

estaba tumbado en el suelo entre el comedor y la cocina. Aunque daba la impresión de que el perro estaba cansado y aburrido, observaba el menor movimiento de Sam.

—Ya sé lo que piensas —le murmuró al perro—. Que mantenga quietas las manos y las hormonas, ¿no?

El perro resopló como si aquello resultase evidente. Mientras aquel enorme bicho peludo lo acompañaba a través de la tienda hasta la salida, Sam pensó que tendría que esperar a que la casa estuviese vacía para poder llevar a cabo una búsqueda en profundidad. Aunque podía tolerar la compañía de Sam si así se lo ordenaban, Harry no estaba dispuesto a permitir que alguien le hiciese daño a Jessica.

Sam encendió una lámpara y se sentó en el sillón de piel frente a la chimenea mientras el perro daba vueltas hasta que finalmente se dejó caer sobre la alfombra, entre la mesa y el sofá. Sam se inclinó ligeramente hacia delante y meneó la cabeza.

—Tú y yo vamos a tener que aprender a llevarnos bien, grandullón.

—¿Haciendo amigos? —Jessica se había puesto una bata corta sobre la camiseta, pero al llevarla atada a la cintura acentuaba aún más que escondía los encantos de su esbelta figura.

Sam se levantó mientras ella colocaba sobre la mesa una bandeja donde había dos tazas, un plato de galletas caseras y la cafetera.

—No me atrevo a ir hasta allí. Creo que sigo estando en su lista de objetivos.

No estaba seguro de si era el olor a café recién hecho o la suave risa de Jess lo que de repente convirtieron las frías paredes llenas de sombras en un lugar de lo más acogedor. Le pasó una taza de café y se sentó en el sofá, sobre sus piernas dobladas.

—Harry se toma muy en serio su trabajo —explicó Jess—. Creo que esta clase de perros agradecen sentirse necesitados.

La lámpara situada junto al sofá proyectaba una luz tenue, separándolos de la oscuridad del resto del mundo. En cualquier otra circunstancia y con

cualquier otra mujer, Sam se habría atrevido a decirle lo guapa que estaba. Habría compartido su risa. Se habría sentado en el sofá y habría saboreado aquellos labios. Pero Jessica Taylor no era cualquier otra mujer, y no estaban compartiendo un café a medianoche en circunstancias normales. Dio otro trago a su descafeinado y pensó en el mejor modo de preguntarle lo que necesitaba saber.

Pero Jess le ahorró el trabajo.

Se movió hasta el otro extremo del sofá, dejándole ver durante un segundo uno de sus muslos, pero enseguida se bajó la bata y se hizo un ovillo. Durante unos segundos miró la taza de florecitas que tenía entre las manos. Después, soltó un suspiro y levantó la cabeza hasta que sus miradas se encontraron.

—Si no estás demasiado cansado, me gustaría hablar contigo.

A Sam se le aceleró el pulso. ¿Por fin? ¿Iba a contarle lo que había ido a averiguar? Bebió de su taza e intentó mantener la calma, pues no quería asustarla.

—¿Hablar de qué?

—Quizá debería contarte algunas cosas sobre mí, para que no pienses que estoy loca perdida.

—No pienso eso.

—Yo lo pensaría —sonrió—. ¿No te parece que soy algo excéntrica?

—No soy quién para decirlo.

Apoyó la taza en la mesa, se reclinó hacia atrás, agarró uno de los cojines verdes que adornaban el sofá y lo abrazó contra su pecho.

—No siempre he vivido pegada a una escopeta y a un perro guardián. No siempre le he gritado al ordenador ni he desconfiado más de la cuenta de los desconocidos.

Sam se acabó el café, pero siguió sujetando la taza para evitar así hacer algo que no debía, como ofrecerle la mano. Aunque pareciese que estaba bromeando, su postura indicaba que hablar de aquello no le estaba resultando cómodo.

—Está claro que sabes manejar un arma.

—Mi padre me enseñó a disparar hace muchos años. Casi todos mis hermanos son polis, así que en casa siempre ha habido armas de fuego. Convenía saber utilizarlas.

—Normal.

—Hace unos meses, estando de viaje de negocios en Chicago... bueno, te dije que me atracaron —cerró los ojos, ladeó la cabeza, como si fuese incapaz de evitar evocar una imagen dolorosa. Sam apretó la taza que llevaba en la mano. Quizá no quisiese escucharlo, después de todo. Tuvo que sufrir mucho. Kerry también había sufrido del mismo modo. Jess abrió los ojos. Unos ojos tristes, inquietantes—. En realidad, me... —tragó saliva y pronunció aquella horrible palabra— violaron.

—¡Hijo de perra! —apretó tanto el puño que a punto estuvo de romper la taza. Ella no se esperaba tal intensidad en su reacción—. Lo siento. Ya sé que es una actitud pasada de moda, pero siempre he pensado que a las mujeres había que protegerlas. Independientemente de lo fuertes o independientes que sean, la responsabilidad del hombre es cuidar de ellas, no... —se estaba yendo por las ramas. Se calló—. Lo siento.

—Me recuerdas a mi hermano mayor, Brett

¿Sentía por él lo que se siente hacia un hermano? Su ego ya intentaría solucionar ese problema más adelante, aunque quizá fuese todo más sencillo si ella lo viese sólo como un hermano o un empleado.

—¿Por qué lo dices?

—Pareces muy protector. Como un policía. Observador. Alerta. Rápido de reflejos —Sam se mordió el interior del labio, impasible ante su intuición —. Me ha parecido que era más seguro contarte lo de Chicago, dado que me has rescatado ya un par de veces. Intento llevar una vida normal, pero no puedo. Estoy siempre... alerta por si me encuentro con él.

Su instinto policial le hizo preguntar:

—¿No detuvieron al violador? Porque lo denunciaste, ¿verdad?

Jess se quedó mirando los posos del café en su taza y se tomó su tiempo

en contestar.

—La policía de Chicago sabe que me violaron.

Sin embargo, en los archivos no había ninguna descripción física del agresor. Ni en el informe. Era imposible intentar localizarlo hasta que ella se decidiese a identificarlo o, si eso no era posible, contase todo lo que sabía para que un profesional como él pudiese juntar las piezas.

Sam la observó retraerse. La paciencia no formaba parte de su carácter irlandés, pero tendría que encontrarla como fuese. Jess había sido lo suficientemente valiente para contarle lo de la violación. Apenas lo conocía como para compartir más cosas. Al menos, de momento. Esperaría el momento oportuno, pero no pensaba rendirse.

—¿Piensas que ese mensaje puede ser suyo?

Asintió, y levantó la cabeza para mirarlo.

—Sólo quería que lo entendieses. También quería agradecerte que intentases protegerme.

—Mi hermana... —no, no podía admitirlo. La similitud de ambas situaciones lo delataría. Esquivó el problema—. Ojalá hubiese podido proteger mejor a Kerry. Ojalá hubiese podido estar junto a ella cuando me necesitaba.

—¿No estabas junto a ella cuando murió? —su tono comprensivo alivió su frustración y le hizo pensar de nuevo en ella como una mujer y no como una víctima.

—No, estaba con otro... — «caso». Maldita sea, había estado a punto de fastidiarla. Debía evitar sacar más cosas a la luz. Necesitaba poner fin a aquella conversación antes de echar a perder su tapadera. Se levantó y se acercó a una zona de penumbra. Colocó sus manos sobre el mantel de la mesa—. Estaba en otra ciudad. Trabajando.

Aquello parecía lo suficientemente impreciso. Y, sin embargo, era cierto. Si en aquel momento hubiese estado en Boston, con ella, quizá podría haberla salvado. Debería haber detenido al violador antes de que agrediese a otra mujer. Se sintió abrumado por la rabia y el dolor.

Una sombra alta y ágil se materializó en su campo de visión un segundo antes de que una mano fuerte y cálida se colocase sobre la suya. Sam bajó la vista y observó asombrado los dedos largos de Jess enroscarse alrededor de los suyos. Era una demostración de consuelo muy tierna, y totalmente inesperada.

Lo arrancó del pasado y le hizo centrarse en el presente, con ella.

—Es horrible vivir con ese sentimiento de culpabilidad, ¿verdad?

—Sí.

Volvió su mano hacia arriba y agarró la de Jess, absorbiendo su paz y su fuerza aun sin tener derecho a hacerlo. Lo más natural del mundo hubiese sido inclinarse hacia ella y besarla. Tener entre sus brazos algo bueno, fuerte y dulce para aliviar su vacío interior.

Pero Virgil había hecho bien advirtiéndoselo. Había ciertas cosas que su conciencia no le permitía hacer. Se conformó con el generoso regalo que ella le ofrecía y se limitó a besar sus nudillos con agradecimiento.

Ella observó el movimiento con curiosidad. Sam sonrió.

—¿Qué has hecho tú para tener que sentirte culpable?

Una mirada asustada borró la fascinación somnolienta de su cara. Retiró la mano y volvió a colocar las cosas en la bandeja. Sus piernas avanzaron con rapidez y decisión hacia la cocina.

—Debería haber sido más inteligente. Fueron policías de Kansas City quienes me enseñaron a defenderme. No debería haber permitido que ese hombre me hiciese daño.

—¿Cómo? —Sam avanzó detrás de ella. Le sobraban razones para sentirse irritado—. Tú no le permitiste hacer nada. La violación es una agresión. Estoy convencido de que te defendiste. Nadie se merece que le hagan algo así.

¿Era ésa la razón por la que no se lo había contado a su familia? ¿Acaso pensaba que se merecía que la violasen? Rodeó la barra que daba paso a la cocina. Aunque Jess no le pidió que se fuese, su jadeo frenético le hizo comprender que, involuntariamente, la había acorralado en aquel diminuto

espacio.

Sam levantó las manos para calmarla, maldijo sus impulsos y retrocedió el espacio suficiente para permitir que aquel dichoso perro se colocase entre ambos. Meneó la cabeza. La frustración se apoderó de él. Por cada paso hacia delante que daba con aquella mujer, retrocedía otros tres. Pero era necesario que entendiese lo que tenía que decirle.

—Tú fuiste la víctima, no la instigadora —insistió, repitiendo las mismas palabras que había pronunciado tras la muerte de Kerry—. No importa cómo fueses vestida. No importa dónde te encontrases ni lo que estuvieses haciendo. Si dijiste «no», si protestaste del modo que fuese, no tienes nada de lo que sentirte culpable.

Nada más acabar aquella intensa perorata, pensó que Jess le ordenaría al perro que le atacase o bien se echaría a llorar. Pero Jessica Taylor era más fuerte de lo que él creía. En lugar de echarle la bronca, esbozó una sonrisa irónica y bromeó:

—Espero que te hayas quedado a gusto.

Sam bajó las manos.

—Lo siento, no quería sermonearte.

—Tranquilo. Sé que todo eso es verdad, pero no es la lógica la que rige nuestras emociones. Aunque resulta agradable oírselo decir a alguien que no sea mi psicóloga —Sam dio un paso atrás cuando ella rodeó al perro y se dirigió hacia el comedor—. Ya es tarde, y tenemos que descansar. Mañana temprano hay una subasta a la que quiero ir. Necesito que me acompañes, por si hay que transportar algo. A ver si hay suerte y encuentro una vitrina o una alacena para completar un pedido. Después de comer volveremos para abrir la tienda.

Sam se detuvo junto a la puerta y se giró. Después de haberla asustado en la cocina, se veía en la obligación de hacerle una pregunta.

—¿Te recuerdo a él? ¿Te doy miedo?

Jess lo miró directamente a los ojos.

—Sí y no. Pero no porque me recuerdes a él —con aquella enigmática

afirmación lo empujó suavemente hacia la puerta—. Intentaré no volver a despertarte. Nos vemos mañana.

Salió al porche. Aún no quería despedirse de ella, pero Jess ya había cerrado la mosquitera y se disponía a hacer lo propio con la puerta. Una mujer lista.

—Hasta mañana, Jess.

—Hasta mañana, Sam.

Esperó hasta oír el cerrojo antes de girarse y dirigirse hacia su apartamento. El garaje no estaba tan lejos, pero le pareció que lo separaba de él una distancia de kilómetros.

Sam respiró hondo y admitió para sí que no eran sólo las respuestas que podía darle lo que le hacía sentirse reacio a alejarse de ella.

* * *

A las 8:56 de la mañana del sábado hacía mucho calor para aquella época del año. Una fina capa de sudor hacía que a Jessica se le pegase a la espalda la tela azul a rayas de su blusa de algodón. Pero la ola de calor otoñal no había impedido que una multitud impaciente se congregase en la granja Stuyvesant, junto a la Autopista 50, a unos kilómetros de Lone Jack en dirección Este.

Rebecca Stuyvesant era una viuda de noventa y cuatro años que se había trasladado a una residencia de ancianos y había puesto en venta la granja familiar. A petición suya, sus hijos habían guardado las reliquias que deseaban conservar, y el resto de sus pertenencias iban a subastarlas para ayudar con los gastos. Jessica había llegado temprano y enseguida había inspeccionado las mesas y vitrinas colocadas en el jardín que mostraban objetos de colección de casi un siglo de antigüedad y acumulaban, entre otras cosas, basura.

Ya había anotado los artículos por los que quería pujar, tanto para su tienda como para sus clientes, y había recogido su tarjeta de compradora. Se notaba un cierto nerviosismo en el ambiente mientras el equipo subastador comprobaba el equipo de sonido. Jess saludó a unos cuantos conocidos y a

otros tratantes. Disfrutaba compitiendo en las subastas casi tanto como descubriendo algún tesoro que otros ojos menos observadores o experimentados habrían pasado por alto.

Aunque quizá aquella tensión nerviosa que le aceleraba el pulso no tuviese nada que ver con la temperatura ni con la subasta. Sospechaba que la causa de al menos una parte de su nerviosismo era aquel irlandés alto y moreno que la seguía de mesa en mesa, señalando artículos interesantes y preguntando por otros.

Vestido con unos vaqueros desgastados y una camiseta negra ceñida, Sam O'Rourke no se parecía a ningún otro de los allí presentes. Llevaba también unas gafas de sol que le conferían un aire peligroso, sexy, misterioso.

Era un bicho raro que hacía que la gente se volviese a mirarlo y cuchichease. Antes de la violación, un día como aquél habría sido algo maravilloso. Conversar con un hombre inteligente, admirar su aspecto, su manera de sonreír y de moverse... y compartir secretos.

El problema era que el hombre que la había rescatado de sus miedos entre las sombras de la noche era el mismo en quien se resistía a confiar a plena luz del día. La noche anterior se había sentido atraída por su fuerza. Había visto en él a un alma gemela, sumido en unos sentimientos que no eran fáciles de soportar. Aquella mañana, esa misma fuerza masculina y su corazón herido le daban miedo.

No estaba en condiciones emocionales de confiar en su intuición, de sacar adelante una relación, de amar a un hombre. Pero Sam O'Rourke parecía conocer el camino que llevaba a su corazón, a través de las barreras y el sentido común. No formaba parte de su mundo seguro y solitario, pero estaba abriéndose paso de maravilla. Cuanto más tiempo pasaba en su compañía, más hablaban y más femenina y confiada se sentía. Junto a él se sentía normal, y pensaba como la mujer que había sido una vez en lugar de la mujer en la que se había convertido.

—¿Has visto? —preguntó Sam, deteniéndose frente a una caja de cristal llena de joyas y baratijas.

Jessica se situó junto a él y miró a través del cristal.

—Hay algunas piezas interesantes —a la señora Stuyvesant debía de gustarle mucho la plata. Todos aquellos artículos mostraban un color apagado debido a los muchos años de desuso, y algunos anillos y un colgante habían perdido las piedras semipreciosas y los cristales que las decorasen años atrás—. Si vendiesen el lote completo, seguramente podría recuperar la inversión vendiendo un par de piezas. Todo lo demás serían beneficios.

—De eso no entiendo mucho —Sam se quitó las gafas de sol y se acercó un poco más— hay un anillo y un collar con motivos celtas que me recuerdan a mi madre.

La elegante simetría de la cruz y el nudo no era ni la mitad de interesante que la mirada perdida que había conseguido relajar la expresión siempre alerta de Sam. Jessica intentó que no se notase que lo observaba.

—Nació en Irlanda, ¿no?

Volvió a ponerse las gafas. Torció el gesto, como si el hecho de compartir algo personal le resultase incómodo. Quizá la luz del día lo volvía también más vulnerable.

—Sí —contestó por fin—. Nació y se crió en Belfast.

—¿La echas de menos? —en algún momento había dicho que él era el único que quedaba vivo de su familia.

Asintió.

—Durante muchos años, sólo estuvimos papá, Kerry y yo. Pero mi padre hablaba de ella casi a diario. Mamá vendió todas sus joyas, que habían pertenecido a varias generaciones de su familia, para poder pagar el viaje hasta aquí. Querían que sus hijos naciesen y se criasen en un país en el que no tuviesen que sufrir una guerra cada día.

—Debían de ser unos padres maravillosos.

—Lo eran. Ella murió de cáncer. Mi padre era policía. Siempre pensó que sería él quien moriría joven. Nunca entendió por qué tuvo que morir ella primero.

Vaya, era hijo de un policía. Quizá por eso tenía ese aire de autoridad. Su mirada permanecía oculta tras la pantalla de sus gafas, pero su voz transparentaba la nostalgia que lo embargaba. Jessica apretó los puños, reprimiendo el impulso de extender el brazo para consolarlo como había hecho la noche anterior. Parecía sentirse muy solo. Sin familia, cruzando el país sin un amigo con quien compartir el viaje. Quizá por eso se sentía tan atraída por él. Los dos conocían el significado de estar solos, de relacionarse con la gente sin permitir que nadie se acercase a sus corazones.

Volvió a centrar su atención en los artículos de plata de la caja para pensar en algo intrascendente que decir para alejar la conversación de temas tan personales: «Quizá deberías pujar por el lote. Las joyas parecen auténticas, y sé que la señora Stuyvesant viajó a Europa después de que su marido...». Su pensamiento se detuvo al centrar la mirada en las múltiples hebras de una cadena plateada situada en el interior de la vitrina. Intentó seguir, pero su cabeza ya le estaba jugando una mala pasada. «Podría recordarte a...»

Alambre plateado.

Hebras gruesas y flexibles.

Un regalo no deseado. Delicado. Se retuerce.

Jessica intentó rescatar un recuerdo de su mente en blanco. Respiró hondo, tomó aliento mientras volvía a una noche iluminada por la luna. Brillaba a través de la ventana, era la única luz en la habitación.

Se llevó las manos al cuello, y tosió.

Aquellas hebras plateadas le rodeaban el cuello. Le apretaban. Le apretaban demasiado.

Extendió las manos sobre su cuello. Lo veía. Lo sentía. Su cuerpo se agitaba conforme se iba tensando el lazo.

Se le cerraron los ojos y consiguió verlo, sentirlo, recordarlo. Intentó tirar con todas sus fuerzas mientras el cable ya le atravesaba la piel.

Respiró hondo, pero sus pulmones no daban más de sí. Y dolía. Dolía mucho. Podía ver las manos enguantadas en su cuello. Se obligó a mirar. Vio

los músculos tensos de sus antebrazos. Más arriba, por encima de sus hombros y de su pecho desnudo.

No podía respirar, pero pensaba luchar. Lo vería. Lo sabría. Miraría y vería la cara de quien estaba colocado sobre ella.

—¿Jess? —dio un respingo al sentir la mano de Sam en su brazo. Dejó escapar un suspiro.

La imagen se desvaneció antes de que pudiese enfocarla.

—No —protestó, intentando recuperarla. Se pasó las manos por su cuello intacto—. He estado a punto.

Sam la agitó ligeramente, exigiendo su atención.

—¿Estás bien?

Jessica echó la cabeza hacia atrás. Sam se había quitado las gafas y sus ojos grises refulgían de preocupación. Levantó la mano y le tocó la barbilla con la punta de los dedos. Su piel estaba caliente, el hueso era sólido, los músculos temblaban en su interior.

Era real.

No era la cara que esperaba ver ni la que necesitaba reconocer, pero los rasgos bien definidos de Sam la devolvieron a la realidad. Estaba a salvo. Podía respirar. No iba a morir en una habitación sucia bañada por la luna.

Un calor que nada tenía que ver con el bochorno se adueñó de sus mejillas. Se llevó la mano al pecho.

—¿He dicho algo? —susurró. Miró a izquierda y derecha para comprobar si había alguien observándola—. Dime que no he gritado.

—No, pero estabas muy lejos de aquí. Farfullabas algo y te costaba respirar.

Le temblaban las rodillas, pero consiguió mantenerse en pie.

—¿Tiene algo que ver con lo que me contaste anoche? Recuerdas cosas, ¿verdad? ¿Sabes qué lo ha provocado?

Demasiadas preguntas.

—Estaba... —su mirada bajó hasta el pecho de Sam. ¿Cómo podía

explicarle algo que no recordaba? «Sé que me hizo daño. Pero no sé cómo. Ni quién. Ni por qué».

A través de los altavoces sonó la voz del subastador. Jessica encontró en él la excusa que necesitaba para apartarse de aquellas imágenes aleatorias y de las atenciones de Sam. Se arregló el cuello de la blusa para darle a entender que no había razón para preocuparse.

—La subasta va a empezar. Quiero pujar por el tercer lote.

Dio media vuelta. Necesitaba alejarse de aquella mirada intensa que parecía entrometerse en sus secretos, de aquellos brazos fuertes que la empujaban a desear compartir.

—¿Jessica? ¿Eres tú?

Su atención se desvió hacia una voz suave y diplomática, epítome de la elegancia, que la llamaba desde atrás. Buscó con la mirada entre la gente hasta que localizó una cara familiar que avanzaba hacia ella a buen paso.

—¡Jessica Taylor! Estás guapísima. ¿Dónde te has metido todo este tiempo?

—Charles.

Aunque sólo era unos años mayor que ella, a Charles Kensington Kent se le había llenado el pelo de canas. Pero aquella corona grisácea le daba un aire aún más majestuoso. Aunque fuese sábado, llevaba una ligera chaqueta deportiva azul marino y unos pantalones de color caqui. El hecho de que no llevase corbata era la única indicación de que vestía de sport.

—Jessica. —se inclinó hacia ella y la besó en la mejilla. Era un gesto educado que denotaba algo más que un simple conocimiento de la persona. La agarró de los brazos y la estudió detenidamente—. Me alegro de verte. Tienes muy buen aspecto.

Jessica sonrió, más agradecida de la cuenta por tener que enfrentarse a su cháchara agradable antes que a las preguntas sagaces de Sam. Era de esperar que atribuyese al calor sus mejillas coloradas y su respiración entrecortada.

—Lo mismo digo. Parece que el negocio inmobiliario va viento en popa.

—Entre eso y ocuparme de los asuntos de mamá, estoy ocupado —señaló en dirección a la casa—. No sabía que fueses amiga de los Stuyvesant.

—Es más bien una cuestión de negocios. He vendido parte de sus muebles por encargo. Estoy buscando algunas cosas más para revender.

—Es una pena que sus hijos no tengan los medios para conservar... —se detuvo, y sus ojos azules se entornaron al mirar por encima de su hombro. Seguramente, el ceño fruncido de Charles se debía a la presencia de Sam—. ¿Jessica?

—Ah, perdona —se hizo a un lado, más para separarse de Sam que para mostrarse educada—. Charles, éste es Sam O'Rourke. Trabaja para mí —acabó las presentaciones—. Si te saltas los siete kilómetros de tierras de labranza que nos separan, éste es mi vecino, Charles Kent.

Aun sin sus gafas de sol, la expresión de Sam era una máscara que nada revelaba al extender la mano.

—Señor Kent.

Charles miró detenidamente a Sam durante unos breves segundos antes de estrecharle la mano.

—Encantado de conocerlo, señor O'Rourke.

En lugar de entablar conversación con él, Charles volvió a centrarse en Jessica.

—¿Vendrás a visitarnos esta noche? Sé que mi madre te envió una invitación, he visto la lista de invitados.

Jessica asintió.

—Me pasaré un rato. Tengo curiosidad por saber qué dice tu madre de los promotores inmobiliarios que nos rondan.

—Que no conseguirían ni un metro cuadrado de tierra del condado de Jackson si de ella dependiese. Esta mañana he hecho una oferta por la propiedad de Richter. Si sale bien, todas las tierras hasta Little Blue River serán nuestras.

—Impresionante.

—Aburrido, más bien. Estaban dispuestos a renunciar a la granja y dejarla barata. Prefiero tener que regatear, es más interesante —se oía de fondo la voz del subastador. Charles evitaba en todo momento mirar a Sam —. En fin, no quiero impedirte realizar una buena compra. Quiero pujar por la colección de cestas indias.

Le agarró la mano y se la llevó a los labios para besarla caballerosamente en los nudillos. Cuando la soltó, Jessica sujetó los tirantes de piel de su bolso, confundida por un escalofrío repentino. Sam la había besado del mismo modo la noche anterior. El tacto áspero de su piel sin afeitar había conseguido que el brazo se le inundase de calor, mientras que el gesto de Charles no le había despertado sensación alguna.

No debería fijarse en ese tipo de cosas en un hombre. No, no debería.

Pero antes de admitir algún tipo de reacción química entre su empleado y ella, reparó en que Charles seguía hablando.

—...esta noche y verás mi arboreto. Los jardineros y yo nos estamos empleando a fondo para traer la exuberancia del Amazonas aquí, a Kansas City.

Jessica asintió. Charles sólo buscaba el reconocimiento de lo que parecía ser un divertimento para él.

—Parece muy interesante. Estoy deseando verlo.

—Nos vemos esta noche, entonces.

—Adiós.

Una voz grave con acento irlandés resonó junto a su oído.

—Menudo esnob.

—Es un viejo amigo —defendió a Charles contra la precisa evaluación porque necesitaba centrarse en algo que no fuese el susurro ronco de Sam —. Su madre es una de las mujeres más ricas del Estado. Heredó muchísimas tierras, y su abuelo era el propietario de una de las ganaderías más grandes de Kansas City a finales del siglo XIX. Charles está decidido a conservar la contribución de su familia a la expansión hacia el Oeste y el desarrollo de la comunidad. Quizá sea ésa la razón de que los dos conectásemos tan bien

desde el principio. Compartimos una misma visión histórica.

—Yo creo que le gustaría conectar contigo de una manera más personal.

Jessica levantó la vista y se quedó mirándolo.

—Para empezar, los sentimientos de Charles no son de tu incumbencia —recordaba su reacción fría y carente de chispa al beso de Charles—. Además, te equivocas. Somos amigos, y punto —si la intención de Sam era incluir a Charles en el grupo de los sospechosos, no sería ella quien se quedase a escucharlo—. Vamos, van a subastar el lote que me interesa.

Cuando no había avanzado más de tres pasos, sintió una mano que la agarraba del brazo. Su instinto de librarse de aquella sensación inesperada se calmó cuando, al girarse, comprobó la emoción que ensombrecía sus ojos grises.

¿Estaba enfadado? ¿Frustrado? ¿Preocupado? ¿Qué necesitaba de ella Sam O'Rourke?

Agachó la cabeza hasta ponerla a su altura, lo suficientemente cerca como para sentir la caricia de su aliento en la mejilla.

—¿Dónde estabas hace un momento? Justo antes de que Charles apareciese. Estabas muerta de miedo. Algo de lo que había en ese joyero ha disparado tus recuerdos. ¿El qué?

Jessica negó con la cabeza.

No podía hacerlo. No podía caer rendida ante aquel encanto irlandés o ante su corazón confundido. Tenía que mantener sus sentimientos, y a ella misma, a salvo.

—No pienso contártelo. Ni ahora, ni nunca. Suéltame.

Jess dio media vuelta y se adentró entre el grupo de gente que estaba siguiendo la subasta. Levantó su tarjeta cuando vio que el mueble estilo Reina Ana alcanzaba los ciento ochenta y cinco dólares.

—Doscientos —pujó.

Pero aunque se enfrascó en la puja por varios objetos, a Jessica no la abandonó la sensación de que unos intensos ojos grises la observaban en todo momento.

Capítulo 6

Sam había investigado en numerosos lugares donde se habían cometido crímenes, entrevistado a incontables testigos e interrogado a docenas de sospechosos en el curso de once años como agente del FBI. Pero nada lo había atormentado tanto como registrar el cajón donde Jessica Taylor guardaba su ropa interior.

En la hora transcurrida desde que ella y el perro se habían ido a la fiesta de Charles Kent, Sam había abierto la puerta, registrado el escritorio, escudriñado en su ordenador y subido a su dormitorio. No necesitaba una orden de registro, no estaba en una misión oficial. Ninguna de las pruebas que encontrase tendrían validez ante un tribunal, aunque tampoco estaba seguro de querer confiarle a un tribunal la justicia que buscaba para Kerry. Estaba deseando enfrentarse a aquel desgraciado antes de que tuviese ocasión de ir a juicio.

Su distanciamiento le había funcionado. Había sido rápido, y había aprendido que su atractiva jefa era una dicotomía única de caos creativo y eficacia empresarial. Conservaba meticulosamente todas las facturas en su ordenador, y tenía una especie de código para marcar las carpetas de sus distintos clientes, con etiquetas coloridas o caras feas dibujadas con rotulador negro. Boyce, Riegert y Winston, una empresa local de relaciones públicas para los que Jess había comprado varios artículos en la subasta y cuyo pedido había enviado el día anterior debían de ser buenos clientes, a juzgar por las estrellas y los ositos de peluche pegados en su carpeta.

Pero ninguna pista. Nada que le sirviese para reconstruir su fatídico viaje a Chicago. Ni una carta, ni un diario donde hubiese escrito un nombre o un detalle que pudiese utilizar para localizar al hombre al que perseguía.

Debería dejarlo estar, cerrar la puerta y volver a su apartamento a pensar en su coartada para esa noche. Jess le había dicho que estaría fuera un par de horas. Pensó que sólo le quedaban unos quince minutos para encontrar algo y largarse, por si acaso volvía antes de la fiesta. El tiempo pasaba.

También para su investigación.

Pero cuando se encontró frente al tocador restaurado de Jessica, con el cajón de arriba abierto, Sam no pudo evitar pensar que el malo en aquella historia era él. Que había llevado su sed de venganza demasiado lejos.

Aquello era demasiado personal. De la ropa que tenía delante subía un delicado aroma a jengibre y romero. Era su olor. Una parte de él quiso respirar hondo para inhalarlo, para así purificar su alma herida con su aroma fresco.

Pero su otra parte, más cuerda y menos egoísta, sufría al comprobar la transformación en la personalidad de Jess que se veía reflejada en aquel cajón. Su violador le había robado mucho más que el sentido de la seguridad. Le había robado su confianza.

Sujetadores y bragas sencillos y funcionales se apilaban en la parte delantera del cajón. Aunque Jessica Taylor era una mujer hermosa independientemente de lo que llevase puesto, no le costaba imaginársela en el pasado como una mujer más atrevida, más divertida.

Guardadas en el fondo del cajón había prendas íntimas que pertenecían a una mujer orgullosa de sus atributos, a la que le gustaba sentirse femenina. Criando polvo había también sujetadores de encaje negro y seda roja. Y una camiseta plateada. Y bragas y tangas realmente sexys.

No podía tocar todo aquello. Por más que sus dedos hubiesen tocado su pelo sedoso o acariciado su piel aterciopelada, no podía tocar sus cosas más íntimas. Era una violación demasiado grave. Si la respuesta a su búsqueda estaba en aquel cajón, no había de encontrarla.

Cerró el cajón cuidadosamente y pasó a inspeccionar el resto del dormitorio. Estaba dispuesto a resignarse ante el hecho de que hubiese borrado de su vida toda huella de la agresión cuando descubrió un sobre de

papel grueso bajo las mantas, en el arcón que había a los pies de la cama.

Sam se puso en cuclillas y respiró hondo. *Departamento de Policía de Chicago*. Una etiqueta en la parte delantera del sobre mostraba que aquellos eran los efectos personales recogidos en el lugar de su «atraco». Si el modus operandi del agresor de Jess era el mismo que el de Kerry, habría sido secuestrada en una calle de mala muerte y trasladada a un apartamento o habitación de hotel de las inmediaciones. Aquellos objetos habrían sido encontrados en el lugar del secuestro.

Sam se tragó sus esperanzas, sospechas y temores. Abrió el paquete y sacó una copia del mismo informe policial que había leído en Chicago. *Objetos robados: bolso. ¿Abrigo? ¿Joyas?* El agente había realizado sus conjeturas, pero sólo podía escribir lo que dijese la víctima. Al parecer, Jess estaba demasiado consternada para recordar si llevaba pendientes o reloj.

O, dado que no había querido que lo de la violación figurase en el informe, la omisión de los objetos perdidos en el curso de la agresión podía ser intencionada. ¿Le había robado su violador algún recuerdo que Jess no quería volver a ver? ¿Un pañuelo? ¿Un collar? ¿Era eso lo que le había hecho recordar aquella mañana? ¿Había visto algo en el joyero que le recordase al forcejeo?

—Mierda.

El recuerdo de la cara magullada de su hermana lo había pillado desprevenido. Ella se había resistido. No todos los golpes los había recibido al ser torturada. Había forcejeado y había perdido.

Una nueva imagen amplió la pesadilla. Jess. Ella también se había resistido. Podía imaginar unas manos en su cuello, y aquella dulce boca gritando para pedir ayuda, suplicando clemencia.

Por primera vez entendía realmente que Jessica había sufrido tanto como Kerry. Quizá más, porque había vivido con el recuerdo de lo sucedido.

—Dime la verdad —buscó respuestas en el silencio de la casa—. Dame un nombre, un rostro, y lo encontraré —su promesa resonó en un susurro —. No permitiré que vuelva a hacerte daño ni a ti ni a nadie.

Obviamente, la casa no podía ofrecerle respuestas. Y había perdido demasiadas cosas en esta vida para pensar que la inspiración divina iba a regalarle las respuestas que buscaba.

Con lo cual sólo quedaban los hechos y Jessica. Y ella no estaba dispuesta a hablar. De momento.

Dentro del sobre sólo había un objeto más aparte del informe: la agenda, encuadernada en piel negra, de Jessica. Sam hojeó aquel nuevo hallazgo. Descubrió las direcciones de sus familiares, tarjetas de visita de marchantes y rastrillos de todo el país y una flor seca entre las dos últimas páginas.

Consultó la fecha que conocía de memoria. Encontró la anotación relativa a su viaje a Chicago en marzo. El jueves, vuelo desde Kansas City hasta el aeropuerto O'Hare de Chicago. En la entrada del viernes había escrito *Alex* y dibujado un corazón. En el sábado había dos anotaciones: *Subasta Eppley* y *Recogida de fondos en el museo a las ocho*. La foto que había visto en el periódico debían de habérsela hecho aquella noche, horas antes de la agresión. ¿La habían secuestrado a su regreso? ¿Había vuelto dando un paseo para tomar el aire? ¿Cómo había llegado desde el Museo de Bellas Artes junto al lago Michigan hasta aquel barrio de mala muerte, a más de diez kilómetros de distancia?

No era gran cosa, pero era algo. Podía hablar con los organizadores del acto para preguntarles si recordaban haber visto a alguien sospechoso rondando a Jess. A un camarero, o un taxista.

Guardó la agenda y el informe y se arrodilló frente al arcón. Tenía las manos metidas entre mantas y edredones cuando sonó el teléfono.

Sam se dio un susto de muerte, como si lo hubiesen descubierto. Respiró aliviado y consiguió pensar con claridad. El teléfono le servía de alarma, le recordaba que tenía que largarse de allí. Dejó todo tal como lo había encontrado y corrió escaleras abajo. Estaba llegando a la barra que separaba el despacho de la tienda cuando se activó el contestador automático y la voz profesional de Jess invitó a la persona al otro extremo de la línea a dejar un mensaje.

—¿Dónde te metes, chica? Soy Cole —Sam se detuvo a escuchar la voz de aquel hombre—. Hoy estoy en la ciudad y quería sacar a cenar a mi hermana preferida. Hace mucho que no hablamos. No me vendría mal alguien con quien... —su hermano dudó y cambió de tono—. En fin, seguro que ya habías quedado. Espero que sea con alguien mejor que el capullo ése de Chicago. Me dio mala espina en cuanto lo vi. Pero ya lo dejaste con él, ¿no? Te quiero. Dile a mamá y a papá que a ellos también. Te llamaré cuando vuelva por aquí.

Cuando colgó el teléfono y el contestador volvió a pitar, Sam ya estaba en el porche, cerrando la puerta.

¿ «El capullo ése de Chicago»? Interesante. ¿Y si Alex y el capullo eran la misma persona? Se preguntó si el tal capullo le habría hecho daño a Jess. Y a Kerry. Y a otras cuatro mujeres inocentes.

Ya en su apartamento, sacó la foto que de ella había aparecido en el periódico. En segundo plano se veía a un hombre alto y moreno. Sam leyó el pie de foto. Alex Templeton.

Volvió a mirar la fotografía. Alex estaba junto a Jess, sonriendo para la misma cámara. Pero estaba pasándole el brazo por detrás a una rubia, no a Jess. El pie de foto la identificaba como Catherine Templeton.

¿Era aquél el Alex del corazón en la agenda de Jess?

—Hijo de perra.

Lo de «capullo» le venía al pelo. Le extrañaba que Templeton estuviese pasándole el brazo por detrás a una hermana. Quizá el único delito que había cometido aquel asqueroso era el de adulterio, pero si no tenía ningún reparo en engañar a una mujer, en utilizarla...

Sam agarró el teléfono y llamó a Virgil.

* * *

Gertrude Wallace Kensington Kent debería presentarse a algún cargo político, pensó Jessica mientras ocultaba un bostezo con su copa de sidra y observaba a la anfitriona. Aquella mujer de sesenta y cinco años era un

prodigio de la naturaleza. Alta y esbelta, y con un impresionante moño donde recogía su pelo gris, Trudy Kent recorría la sala como una profesional, dejando claras sus intenciones. No pensaba sacrificar la belleza natural ni el ritmo de vida pausado de una pequeña ciudad en aras del desarrollo económico y la explosión demográfica de los suburbios de Kansas City.

Había llenado su casa de majestuosas columnas blancas y tejado abovedado con invitados de todas las profesiones y condición social. Políticos locales, granjeros, pequeños propietarios como Jessica, terratenientes e inversores. Aunque aparentemente se habían reunido para celebrar la cosecha de manzanas de los Kent, era imposible no realizar una doble lectura de las razones de aquella fiesta.

A los Kent les gustaban las cosas tal como estaban, y hacían todo lo posible para que siguiesen así. Jessica ya le había prometido su apoyo. A ella también le gustaba vivir en el campo. Además, tenía bastante contacto con la ciudad para disfrutar también de sus actividades y oportunidades culturales. En su perorata, Trudy estaba repitiendo lo que Jessica le había prometido a Charles cuando éste le había enseñado su enorme y colorida selva de interior a la que él llamaba modestamente arboreto. Si algún día decidía vender Log Cabin Acres, les ofrecería a los Kent la posibilidad de comprarla ellos primero.

No tenía sentido prolongar la velada. El día siguiente se presentaba movido, ya que el domingo era el día de mayor afluencia de clientes. Dos horas de poner buena cara para antiguos y nuevos conocidos la habían agotado. No se sentía culpable por haberles mentido a sus padres y haberse perdido la fiesta de cumpleaños de su sobrino, pero estaba cansada de fingir que su vida era normal. Quería irse a casa, quitarse las sandalias de tacón bajo y relajarse.

Una vez tomada la decisión, puso su copa en la bandeja de un camarero de esmoquin y llamó la atención de Trudy, que iba de un grupo de gente a otro.

—¿No pensarás irte ya? La noche es joven.

Jessica se encogió de hombros.

—Soy una chica chapada a la antigua que tiene que llevar un negocio. Mañana, los clientes aparecerán por mi casa, esté en condiciones o no. Así que prefiero estar en condiciones.

—Por supuesto —Trudy agarró del brazo a Jessica y la acompañó hasta el vestíbulo—. Los Taylor siempre habéis sido gente muy responsable. En tu tienda tienes algunas cosas de lo más pintorescas. Aún conservo aquellas botellas de soda que te compré. Me recuerdan mi infancia.

—Me alegro de que te gusten.

Cuando pasaban por debajo de una arcada que conducía al ala oeste de la casa y al jardín de invierno, donde algunos invitados se habían congregado, la voz de Trudy cambió de tono:

—Charles.

Era la llamada de una madre a su «chiquitín». Poco importaba que aquel chiquitín tuviese treinta y seis años y estuviese conversando con una atractiva pelirroja.

A Jessica se le erizó el pelo al llegar donde estaba Charles, y le ofreció una sonrisa de disculpa cuando éste se giró y las vio.

—Jessica se va. Tienes que agradecerle que haya venido y darle las buenas noches.

—Por supuesto.

Charles se acercó a la pelirroja y le susurró algo al oído. La mujer soltó una carcajada y Charles sonrió. Se ajustó la corbata de seda amarilla y las alcanzó en el vestíbulo. Se acercó a Jessica y la besó en la mejilla.

—Me ha alegrado mucho volver a verte, Jessica. Pásate más a menudo por aquí.

—Estoy muy liada con el trabajo, hay días que me resulta muy difícil salir de casa.

—Si pudiésemos sacarte de tu jardín, quizá la visita podrías hacérsela tú a Jessica —interrumpió Trudy mientras le quitaba a su hijo una migaja microscópica de la solapa del traje gris de Armani.

—Mamá, es un arboreto. El jardín está fuera. ¿Ves lo que tengo que

aguantar, Jessica? Es una obra de arte. Lo he diseñado todo, desde el principio, y ni siquiera reconoce que estoy ayudando a la economía local al contratar a unos cuantos hombres para hacer el trabajo.

—Me ha parecido increíble. Imagínate, ver florecer orquídeas durante todo el año aquí, en el Medio Oeste. Seguro que sabrás apreciar toda esa vegetación después de nueve o diez nevadas.

—Vuelve a verlo para entonces —propuso Charles—. Podemos comer juntos.

El buen humor de Jessica se desvaneció por un momento. Cerró los ojos y temió la llegada de otra regresión. Allí. Delante de sus amigos. Delante de cientos de invitados.

Cada vez la asaltaban con más frecuencia. Necesitaba llamar a su psicóloga. Quizá era una señal de que estaba recuperando la memoria.

—¿Te encuentras bien, querida? —la cara de Trudy Kent apareció ante sus ojos cuando Jessica volvió a abrirlos.

No había visto nada. Se obligó a respirar con normalidad. No se trataba de una regresión, gracias a Dios. Más bien parecía un ataque de pánico. Las palabras de Charles Kent parecían dar a entender que le estaba pidiendo una cita. ¿Había sido aquello una reacción nerviosa a que un hombre atractivo quisiese salir con ella?

¿Alguna vez volvería a sentirse confiada?

—Me está empezando a doler mucho la cabeza —aquello no era mentira. La tensión acumulada durante la noche le estaba pasando factura —. Lo mejor será que me vaya a casa cuanto antes.

—¿Necesitas que te lleve? —preguntó Charles preocupado.

—No, estoy bien. Además, llevo a Harry en el coche —aunque estimase mucho a Charles y a Trudy, a ninguno de los dos les gustaban los animales que mudasen el pelo. Y menos en el Mercedes de Trudy o en el Range Rover de Charles. Sacó las llaves del coche del bolsillo de los pantalones, se abrochó la chaqueta y se dirigió hacia la puerta—. Gracias por todo. Buenas noches.

Jessica cerró la puerta y respiró hondo. No es que hiciese una noche fresca precisamente, pero allí fuera se estaba tranquilo. Tras desestimar el ofrecimiento del mozo de llevarle su coche y saludar al agente de uniforme que vigilaba junto a la verja, supo que estaba sola.

O, al menos, eso esperaba.

Ya no tenía que fingir. Jessica se alejó de la gente, las luces y el ruido. Agarró el diminuto bote de spray de pimienta que colgaba de su llavero y deseó que Harry estuviese allí en lugar de durmiendo en el coche, en el otro extremo del oscuro aparcamiento.

* * *

—**V**amos, tráela.

Jessica tomó impulso y le lanzó al perro la pelota de tenis. Se rió al ver a Harry saltar para intentar recuperarla, tropezar y volver con ella en la boca.

Le vendría bien pegarse unas carreras, después de haber pasado dos horas encerrado en el coche mientras ella estaba en casa de los Kent. Se planteó la posibilidad de dar un paseo con él hasta el almacén que tenía junto al bosque, pero ya eran las diez y las luces de seguridad no iluminaban todo el camino. Se conformó con lanzarle la pelota.

—Está bien. Una vez más —recogió la pelota y la lanzó en dirección al bosque—. Ve a por ella.

Harry salió corriendo y desapareció entre la maleza.

—¿Nunca te has planteado jugar de lanzadora en los Red Sox? —una voz grave, con un vago acento irlandés, la asustó.

Le sorprendió la compañía inesperada.

—¿Los Sox de Boston? ¡Será una broma!

—Oye, no te metas con los Sox.

Sam bajó lentamente los escalones que lo separaban de ella.

—Soy seguidora de los Royals, de toda la vida —confesó—. Mi padre y yo vamos todos los años al primer partido de la temporada en el estadio Kauffman. Nunca jugaría para la competencia.

—Leal hasta el final, ¿eh? —metió las manos en los bolsillos del pantalón y se detuvo junto a ella bajo el círculo de luz—. Pues que sepas que este año tu equipo no se ha clasificado para el campeonato.

—Ni el tuyo —puntualizó, socarrona.

Harry volvió de entre los árboles con la pelota de tenis en la boca. El perro hizo ademán de pararse al ver que Sam estaba de pie junto a su dueña, pero siguió avanzando y depositó la pelota a los pies de Jessica.

—¡Muy bien, éste es mi chico! —se agachó y acarició al perro entre las orejas.

—¿Crees que me dejaría lanzársela? —preguntó Sam.

Jessica se incorporó, sorprendida por la proposición.

—¿Quieres hacerte amigo de Harry? —aquello era casi como hacerse amigo de ella. La idea de intimar con Sam no la asustó tanto como había pensado en un principio—. Podemos intentarlo.

Levantó la pelota, consciente de la mirada atenta del perro, que observó cómo su juguete se dirigía a manos de Sam.

—Eso sí, te aviso: la pelota está llena de babas.

—Como si eso me importase, a estas alturas.

Le quitó la pelota de la mano, echó el brazo hacia atrás y lanzó la pelota con tanta fuerza que se adentró como una bala entre los árboles.

—¡Busca!

Jessica soltó una carcajada cuando Harry desapareció en el bosque.

—A ése ya no lo vemos en tres días. ¿Estás seguro de que no quieres fichar por algún equipo profesional?

Mientras se masajeaba el hombro, Sam esbozó una sonrisa irónica.

—Mis días de lanzador acabaron hace mucho. He desarrollado otras habilidades.

Le picaba la curiosidad por saber qué otras habilidades poseía aquel hombre alto, moreno y misterioso. Pero de momento le preocupaba más la mueca de dolor que se dibujaba en su cara.

—¿Te has hecho daño?

Negó con la cabeza.

—Sólo estoy un poco agarrotado. Estos días estoy trabajando más que durante los últimos meses. Que conste que no me quejo. Es más, agradezco no tener que pensar. A propósito, me he dejado la parte más dura del trabajo para mañana, cuando el chico que trabaja para ti pueda echarme una mano. Utilizaremos el tractor para...

Sam se paró en seco al oír aquel ruido. Era como si alguien hubiese tirado al suelo un cajón lleno de cubiertos de plata, y había sonado en mitad del bosque. A aquel ruido lo acompañó un sonoro ladrido.

Jessica se giró hacia los árboles, donde Harry había desaparecido. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron.

—¿Lo has oído?

—Lo he oído —el agarrotamiento que había sentido un momento antes había desaparecido por completo y su cuerpo empezaba a moverse con decisión en dirección a los árboles. Un segundo ruido, seguido de un tercero, acabaron con el silencio de la noche.

—Podría ser en tu almacén. Espera aquí, voy a echar un vistazo.

Harry ladró a lo lejos. La cautela de Jessica se transformó en temor. La adrenalina puso sus pies en movimiento.

—¡Harry!

Sam ya había dado la vuelta a la esquina del granero, y Jessica corrió para alcanzarlo. Presionó la lengua contra los dientes y silbó. Si no conseguía llamar la atención de Harry...

Aún no había acabado de silbar cuando una mano se plantó sobre su boca y ahogó el silbido.

—Me gusta cuando haces eso, pero tienes que guardar silencio.

No reconoció inmediatamente aquella voz junto a su oído. Comenzó a dar patadas al aire y golpear con los puños cerrados. Unos brazos fuertes la levantaron del suelo y la posaron en un lateral del granero. Una figura alta y oscura la tenía atrapada en las sombras.

—Soy yo —Sam se identificó rápidamente y apartó la mano.

Su memoria no daba tanto de sí como para decir si una mano que le tapaba la boca y que la agarraba por detrás le recordaba a la violación. Pero las sensaciones estaban claras. Atrapada. Estúpida. Lo bastante fuerte para pelear, pero no lo suficiente para vencer.

—No... —a Jessica le costaba respirar—. No vuelvas a asustarme así.

—No pretendía...

—Nunca.

Se puso una mano sobre el pecho, como si eso pudiese frenar los latidos de su corazón desbocado. Ahora que sabía dónde estaba y con quién, se sentía desgarrada por la necesidad de refugiarse de nuevo en brazos de Sam.

—Siento mucho haberte asustado. ¿Qué demonios estabas haciendo?

—Salvar a mi perro.

—¿Corriendo a ciegas hacia vete a saber qué? —la voz de Sam era sólo un susurro, pero su tono reprobatorio era más que evidente—. Es un perro guardián, no tienes que salvarlo de nada.

—No sabemos lo que hay ahí fuera. Tengo que llamarlo. ¿Y si le ha pasado algo?

Una combinación de ladridos y gruñidos resonó en la noche. Sam la agarró del brazo, impidiéndole avanzar.

—Por su manera de ladrar, parece que está bien.

—No es tu perro —Jessica se liberó de su placaje—. Además, ya te he dicho que no me agarres así.

Acto seguido, se introdujo en el bosque.

—Maldita sea, Jess.

Sam no hacía ruido alguno al moverse, pero ella sabía que lo llevaba detrás. Igual que el primer día en la carretera. Cada vez más cerca de ella.

—Voy a agarrarte de la mano.

—¿Qué?

Su declaración de intenciones llegó un segundo antes de que su enorme mano se plegase sobre la suya y la apretase.

—No quiero asustarte —explicó, sin bajar el ritmo de sus zancadas. Tiró de ella, y ambos se pusieron en cuclillas tras el tronco nudoso de un viejo roble—. Iremos juntos.

El detalle de que dedicase unos segundos valiosos para tranquilizarla con su voz grave la reconfortó enormemente. La presión de su mano contra la suya le hizo comprender que eran un equipo. No era una víctima, ni una demente... ambos estaban en igualdad de condiciones.

—Recuérdame luego que te dé las gracias —apretó su mano en señal de agradecimiento. Harry volvía a ladrar—. Pero, por favor, ¿podemos darnos prisa?

Se pusieron en marcha de nuevo. Sam la dirigía entre las sombras, evitando el camino, orientándose misteriosamente sin necesidad de brújula ni de linterna en mitad de la oscuridad.

¿La oscuridad? Pero si debían de estar aproximándose al almacén.

—¿Qué le habrá pasado a la luz? —susurró—. Debería estar...

Sam se agachó de repente tras unos robles y le indicó a Jessica que se situase tras él. Se acercó el dedo índice a los labios pidiéndole que se mantuviese en silencio. Le hizo caso. Apoyó la mejilla en su hombro y contuvo la respiración. Desde el otro lado de los árboles oyó unas voces por encima de los ladridos. Y a Harry arañando la puerta metálica del almacén. Alguien se había quedado encerrado dentro.

—¡... imbécil! —aquella voz provenía del exterior—. ¡Ahora el perro va a despertar a todo el mundo! —era una voz ronca de hombre que no le resultaba familiar. La premura de sus palabras se puso de manifiesto al oír arrancar un motor—. ¡Eso, si no los ha despertado ya! ¡Date prisa!

Sam se incorporó, levantó a Jessica con él, y apoyó la espalda contra el árbol.

—¡No me deja salir! —una segunda voz, amortiguada por las paredes del almacén, gritaba frenética—. ¡Dichoso perro!

«Eso es, Harry». Jessica lo animó en silencio. Un par de energúmenos se habían colado sin permiso en su propiedad y habían entrado en el almacén. Al parecer, el perro había impedido que uno de ellos saliese.

El hombre que estaba al volante profirió una maldición que dejó clara su impaciencia. El coche aceleraba y los neumáticos lanzaban fragmentos de grava contra las paredes metálicas del cobertizo. El ladrido incesante del perro hacía que Jessica se agitase en brazos de Sam. De pronto, los ladridos cesaron.

—¿Harry? —susurró su nombre e intentó zafarse de su abrazo para ir en su ayuda. Pero Sam consiguió mantenerla inmóvil—. Tranquila. Harry está bien.

El perro volvió a ladrar, atrayendo su atención hacia la camioneta que daba vueltas alrededor del almacén. Con los faros apagados, no era más que una sombra que atravesaba la noche. Una sombra mortífera que podía utilizarse como arma contra el perro.

No expresó su temor en voz alta, pero Sam pudo sentirlo. La besó en la sien.

—Está bien —la tranquilizó—. Si me mantuvo a mí a raya, podrá con esos tipos.

Los ladridos de Harry se vieron ahogados por el ruido de la furgoneta, que daba media vuelta y frenaba tan cerca de la puerta que Jessica se encogió ante el chirrido metálico.

—¡Utiliza la ventana! —gritó la voz desde la camioneta—. ¡Sube!

Con el cuerpo de Sam delante, no es que pudiese ver gran cosa, pero alcanzó a distinguir una silueta saliendo por la ventana delantera del cobertizo y aterrizando sobre la parte trasera del vehículo. Estaba demasiado oscuro para intentar distinguir los rasgos faciales de los intrusos, o para asegurar a ciencia cierta que eran sólo dos.

—¡La próxima vez no me pillarás por sorpresa, chucho! —el hombre que acababa de saltar amenazó al perro y la camioneta se alejó del edificio, derrapando al salir al camino de grava.

—No te muevas —en cuanto vio que se alejaba el peligro, Sam separó su cuerpo del suyo. Se llevó la mano al costado y apretó los dientes—. Maldita sea.

—¿Sam?

Abandonó todo propósito de sigilo y salió corriendo tras la camioneta.

Jessica hizo caso omiso de su aviso y echó a andar detrás. Era su casa, su refugio el que había sido violado. Su perro el que había estado en peligro. «La próxima vez», había prometido aquel hombre. ¿Es que pensaban volver? Ella era quien exigía respuestas.

Pero su calzado no era el adecuado para aquel camino de grava. Enseguida comprendió que iba demasiado rezagada para alcanzar a Sam o a la camioneta. Cuando Harry la adelantó para unirse a la persecución, dio media vuelta y se acercó al almacén. Quizá allí encontrase alguna respuesta.

La oscuridad y al menos uno de los ruidos tenían fácil explicación. Sintió bajo sus pies el crujido de cristales rotos. Jessica se detuvo y miró hacia arriba. Habían destrozado el foco que colgaba sobre la puerta.

Durante unos segundos dudó entre si ir a por la escopeta o abrir la puerta. No pensaba repetir el mismo error de aquella noche en Chicago. No iba a salir corriendo para dejar que fuese Sam o cualquier otro quien se ocupase de su problema en su lugar.

Aunque habían roto la cerradura, la puerta no se abría. Jessica tomó ejemplo del intruso y trepó hasta la ventana rota para colarse al interior. El ladrón debía de haberse servido de una linterna, puesto que las luces interiores tampoco funcionaban. En medio de la oscuridad, se golpeó el dedo gordo del pie contra un objeto voluminoso. Hizo caso omiso del dolor agudo que se extendía por todo el pie y avanzó hacia la puerta en busca del interruptor y la caja de fusibles.

Cuando comprobó que el interruptor no funcionaba, pasó los dedos por la pared hasta dar con la caja. La luz que inundó el almacén la obligó a cerrar los ojos.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la luminosidad, el sabotaje tomó

forma. Se giró lentamente, boquiabierta al comprobar el alcance de lo que habría sido una destrucción absoluta si Harry no hubiese intervenido.

—¿Jess? —el crujido de la grava en el exterior le hizo saber que Sam había vuelto—. ¡Jess!

Reaccionando ante la llamada frenética de Sam, quitó el hacha que habían colocado como cuña bajo el pomo de la puerta y la abrió.

—Estoy aquí. Estoy bien.

Sam hizo el ademán de abrazarla, pero Jessica dio un paso atrás, temerosa de derrumbarse ahora que todo había pasado. Sam aceptó su rechazo sin protestar mientras intentaba recuperar el aliento.

—Se dirigían hacia el norte, hacia la Autopista 50. Levantaban demasiado polvo para permitirme ver la matrícula. Lo único que sé es que era una camioneta destartalada con una franja de color en el lateral. En la parte de atrás no he visto nada. Harry ha debido de interrumpirlos antes de que hayan podido robar nada.

—Creo que no falta nada —Jessica sabía con certeza que no habían ido a robar. Habían volcado la calesa. El expositor de cristal que había comprado aquella misma mañana en la subasta estaba hecho añicos. Para ello era probable que se hubiesen servido del hacha que llevaba en la mano. También habían sacado y roto los cajones con una ferocidad parecida.

Pero no lo sabía por eso.

—Hijo de... —Sam acababa de verlo.

Con pintura de spray de color rojo, que goteaba pared abajo como si de sangre se tratase. Siete letras. No les había dado tiempo a escribir las nueve.

MUERE PU

Le vino a la cabeza el mensaje del ordenador de la noche anterior y se preguntó cómo alguien anónimo que la había acechado en Chicago podía haber llegado hasta su misma puerta.

Capítulo 7

—Parece un mensaje demasiado serio para tratarse de un par de chavales que lo hacen para divertirse. Yo creo que más bien están intentando asustarte —el sheriff Hancock era quien llevaba la voz cantante en aquella reunión improvisada en su porche—. Claro que a lo mejor te han elegido a ti porque saben que vives aquí sola y eres presa fácil.

—No está sola.

Jessica desvió la mirada hacia el irlandés moreno situado en el otro extremo de su porche. Su afirmación la hizo temblar. La manera que tenía de defenderla la asustaba un poco. No parecía muy apropiado que diese a entender que estaba dispuesto a ir más allá de cargar muebles y parchear el camino de entrada.

Jessica no era la única que cuestionaba su presencia allí.

—No tiene por qué ser así, chica —Mac Taylor era uno de sus hermanos, un hombre relativamente tranquilo a primera vista. Lo que nadie cuestionaba era su autoridad—. Ya sabes que papá y mamá tienen espacio en el piso que hay sobre la tienda al habernos independizado todos. Y si quieres quedarte con Jules y conmigo, eres bienvenida.

Para evitar que fuese Sam quien llamase y diese el nombre y dirección de Jessica, a riesgo de que algún miembro de su familia se enterase, había llamado ella por teléfono a casa del sheriff para informar del «incidente». Aun así, uno de sus hermanos había conseguido enterarse.

Jessica se recostó en el banco que había junto a la entrada.

—Agradezco la oferta, Mac, pero nadie va a hacer que huya de mi casa. Soy una profesional. Llevo este negocio desde hace cinco años.

Mac se pasó los dedos por el pelo. Parecía cansado. Era para estarlo.

Estaba trabajando en el lugar donde se había cometido un crimen cuando interceptó la información sobre los intrusos y se había acercado hasta allí.

—Entonces, podemos turnarnos para hacerte compañía.

—No —suavizó su negativa con una sonrisa—. No me sobra espacio para tener invitados. La cama extra del apartamento sobre el garaje está ocupada ahora mismo.

El sheriff Hancock se inclinó hacia ella y le susurró en una voz que hasta Sam pudo oír desde el otro extremo del porche:

—¿Estás segura de que tu nuevo empleado no tiene nada que ver? No sería la primera vez que de la costa viene alguna banda organizada para robar antigüedades de la zona y revenderlas en la ciudad.

—Estoy segura de que Sam no tiene nada que ver en todo esto —también estaba segura de un par de cosas más sobre Sam O'Rourke, y estaba deseando que él se las confirmase. Pero ser un ladrón no era una de ellas.

Aunque el sheriff no se mostró especialmente satisfecho con aquella respuesta, siguió haciendo las preguntas de rigor para intentar averiguar algo útil.

Sí, siempre cerraba el almacén con candado. No, no creía que le hubiesen robado nada. Sí, su seguro cubriría los desperfectos. No, no pensaba que nadie tuviese alguna razón en concreto para querer hacerle daño.

Jessica hizo caso omiso de los ojos grises que la atravesaron con la mirada al contestar a aquella pregunta. No era una mentira absoluta. Era consciente de la amenaza que suponían aquellas palabras, y del gamberrismo de la acción. Lo que no sabía era de quién podía tratarse, ni por qué volvía a convertirse en el objetivo de alguien.

Pero no sentía la necesidad de justificar su omisión ante Sam. Pensaba que no era la única persona de los allí presentes que ocultaba algún secreto. Debería haber reparado en la intensidad de su mirada desde el primer día, sobre todo porque se trataba de una mirada que se repetía en todas las

reuniones familiares. Y no era la única pista que debería haber hecho saltar las alarmas. Sin embargo, su supuesto dolor por la muerte de su hermana había despertado en ella demasiada simpatía. Se había sentido atraída por el encanto que él intentaba reprimir. Había buscado su protección, incluso había agradecido el contacto con él las veces que no se había sentido asustada.

Pero Sam O'Rourke no era todo lo que aparentaba ser.

Jessica acarició al perro, tumbado a sus pies. En aquellos momentos, el perro era el único en quien podía confiar. El sheriff volvió a dirigirse a ella.

—¿Estás segura de que no puede tratarse de algo más personal? —preguntó.

Mac era el miembro más perspicaz de la familia. Se ajustó las gafas de montura dorada que tapaban la cicatriz de alrededor de su ojo izquierdo y le contestó al sheriff:

—Pues claro que es algo personal —se alejó del poste en el que estaba apoyado, se estiró la chaqueta y se sentó en el banco, junto a ella. Le colocó la palma de la mano entre los omóplatos y comenzó a darle masajitos circulares en la espalda—. Debería investigar a alguno de los empleados a los que ha despedido, alguien que supiese de la existencia del almacén. O algún antiguo novio. O un cliente descontento.

—Tranquilo, Mac. —extendió el brazo y le apretó la rodilla—. Dime qué antiguo novio va a meterse conmigo sabiendo que los seis estáis vigilándome. Además, no tengo ningún cliente descontento —pasó por alto a propósito al impostor allí presente al que sí debería despedir—. Y sólo he tenido que despedir a un empleado. Sé que ahora trabaja reparando teléfonos y que gana mucho más dinero del que yo podía pagarle. No me lo imagino haciendo gamberradas en mi propiedad.

—Aun así, debería... —comenzó a decir Mac.

—Intentaré averiguar algo, por si acaso —dijo el sheriff. El condado de Jackson era su jurisdicción, y aunque el sheriff se llevaba bien con la policía de Kansas City, no estaba dispuesto a ponerse a las órdenes de alguien de fuera.

Pero Mac era concienzudo. Si tenía algo que decir, lo decía.

—Si se trata de un par de chavales que se divertían un sábado por la noche, me gustaría saber quiénes son y por qué no tienen nada mejor que hacer.

—Mac...

—Estamos en ello —se defendió Curtis Hancock antes de que Jessica pudiese hacerlo—. Su empleado me ha facilitado la descripción de la camioneta. Los hombres que tengo disponibles están buscándola en estos momentos. Ahora mismo hay otras prioridades en cuanto a seguridad, señor Taylor, pero Jessie vive en mi condado y es amiga mía, no crea que no me tomo en serio su protección.

—Bien, pues ya que ahora mismo tiene otras prioridades, supongo que no le importará que me lleve el hacha al laboratorio para intentar encontrar huellas dactilares.

—Faltaría más. Muchas de nuestras pruebas las enviamos al laboratorio de la policía de Kansas City —en la cara de Hancock se dibujó una sonrisa—. Siempre que comparta conmigo los resultados, claro está.

—Por supuesto. Usted hace su trabajo y yo hago el mío —cruzaron una mirada formal, aunque no precisamente amistosa, antes de que Mac se pusiese en pie—. ¿Necesitas algo más, chica? Ha sido un día muy largo y me gustaría ver a mi mujer antes de que se acueste.

—Saluda a Julia de mi parte —los hermanos se abrazaron—. No le digas nada a mamá ni a papá. Probablemente, no sea nada, y al corazón de papá no le conviene alterarse. Ya sabes cómo se preocupan.

—Todos nos preocupamos —señaló a Sam con el pulgar. Los dos hombres no habían cruzado unas palabras más allá de la presentación, pero algo le decía que Mac no le había quitado ojo en todo el rato—. ¿Seguro que estás segura aquí sola con ese tipo?

—Estoy bien —de hecho, estaba deseando quedarse a solas con Sam, aunque no por las razones que él esperaba—. Me ha sido de mucha ayuda.

—Si tú lo dices. Ya te contaré lo que averigüe —le dio un beso en la

mejilla—. Te quiero.

—Yo también.

Jessica se quedó donde estaba, observando a Mac y al sheriff dirigirse juntos hasta el aparcamiento y después alejarse cada uno en su vehículo oficial.

—Así que soy el principal sospechoso. A tu hermano no le caigo bien.

—Más bien, no se fía de ti. Hay una ligera diferencia.

—¿Por qué no les has dicho que no era la primera amenaza que recibías, y que quienquiera que la enviase es mucho más peligroso que un par de chavales aburridos?

Jessica negó con la cabeza.

—Ahora me toca a mí hacer las preguntas —chasqueó los dedos y Harry se sentó junto a ella. Lo recompensó con una caricia entre las orejas—. Vamos adentro. Creo que nos vendrá bien un café antes de hablar.

Sam entornó los ojos, pero no dijo nada. Abrió la puerta y dejó que Harry entrase. Antes de que ella pudiese seguirlo, Sam la agarró de la muñeca y la retuvo mientras cerraba la puerta, dejando al perro atrapado dentro de la casa.

Sam la soltó antes de que pudiese protestar.

—No le pasará nada por estar un rato solo. Ni a ti tampoco.

Harry ladró, sorprendido, pero acto seguido se marchó a buscar su comida o un sitio donde acostarse. Al parecer, no le sorprendía aquella separación. «Traidor».

—Ésta no es tu...

—Olvídate del café. Si hay algo que te preocupa, suéltalo.

Bien. Para aquello podía prescindir de Harry. Respiró hondo y cruzó los brazos a la altura del pecho.

—Antes, cuando estábamos corriendo por el bosque, y cuando has salido detrás de la camioneta, has hecho el gesto de agarrar algo en el costado. Incluso has llegado a soltar un taco al ver que no estaba ahí —la

imagen de Mac estirándose la chaqueta o del sheriff apoyando las manos en el cinturón hacían que todo fuese mucho más claro—. Estabas buscando una pistola.

Se hizo el silencio. Sam no pestañeó ni alteró su expresión.

—No, yo...

—Maldita sea, Sam. No me mientas. Llevo toda la vida rodeada de hombres como tú. Te dije que me recordabas a un policía. ¿Lo eres?

Esta vez, el silencio fue aún más prolongado.

—No, no soy policía.

Jessica se apartó de él bruscamente, enfadada por cómo le estaba mintiendo a la cara. Tenía todas las pruebas que necesitaba: sus sentidos siempre alerta, su instinto protector, su presteza a entrar en acción... estaba convencida.

—Soy agente especial del FBI —Jessica se quedó paralizada. No esperaba que fuese tan sincero—. Mi identificación y mi pistola están en el apartamento. En mi petate. Si quieres comprobarlo, te espero aquí. Llévate al perro si quieres, o déjalo aquí vigilándome. Te prometo que no tienes nada que temer de mí.

Precisamente, si había alguien peligroso, ése era él. Había atravesado sus defensas y la había conquistado. Le hacía sentir cosas que no había sentido en mucho tiempo. Cosas que nunca había sentido con tanta intensidad.

—¿El FBI? ¿Y tu amigo, Virgil, al que llamé por teléfono...?

—Es mi compañero. Trabajamos juntos en Boston. En Estupefacientes, principalmente.

Jessica se sentó en el extremo contrario del banco, donde su brazo no podía alcanzarla. No estaba segura de poder creer en lo que cualquier hombre le contase en aquel momento. Pero deseaba entenderlo. Quería que la razón del agente Sam O'Rourke para inmiscuirse en su vida de aquel modo fuese válida.

—¿Y qué estás haciendo aquí en Misuri? No te has tomado ningún permiso, ¿verdad? ¿Estás trabajando en algún caso?

—Lo del permiso es cierto —dudó, y Jessica contuvo la respiración—. Te dije que mi hermana había muerto. La asesinaron. Sufrió mucho.

La brevedad y la rotundidad de su exposición decían mucho sobre la magnitud de su propio sufrimiento.

—Estoy buscando al hombre que la mató.

Jessica acercó ligeramente su mano a la de Sam. Pero no tenía claro que fuese consuelo lo que necesitaba, o quisiese aceptar, de ella. Le había mentido, pero con aquel tono de voz tan sombrío... ¿cómo podía no solidarizarse con su dolor?

—Sam, lo siento mucho. No te sentirás culpable por eso, ¿verdad?

—Claro que sí. Yo era su hermano mayor.

De sobra entendía ella sus sentimientos.

—¿Puedo? —inquirió Sam.

Siguió su mirada hasta el asiento del banco, donde las manos de ambos reposaban una al lado de la otra. Apenas había separación entre sus dedos, pero aun así le estaba pidiendo permiso para tomarla de la mano.

Ella no se lo dio. En lugar de hacerlo, colocó su mano sobre la de Sam y enlazó sus dedos con los suyos.

—No tienes que pedir permiso cada vez que vayas a tocarme.

—Sí. Hasta que ese «¿Y si...?» no desaparezca de tu mirada y sepas que no voy a hacerte daño, seguiré preguntándotelo antes de tocarte.

Era un legado triste de la violación, y una muestra extraordinaria de paciencia y comprensión por parte de un hombre que a primera vista parecía tan duro.

—También me gustaría besarte —acarició su pelo con los dedos y la masajeó en la sien—. Pero creo que eso está un poco fuera de lugar. Sobre todo... —deslizó un dedo hasta sus labios, y Jessica sintió que esa caricia la recorría de arriba abajo. Su deseo insuflaba calor a partes de su cuerpo en las que no había pensado en muchos meses. Pero antes de admitir hasta qué punto deseaba ella también ese beso, Sam retiró la mano—. Es posible que aún confíes menos en mí cuando sepas lo que necesito de ti.

«Un momento». Un pensamiento horrible y enfermizo hizo añicos la sensación de intimidad que acababan de compartir.

—Déjame adivinarlo —su voz sonó fría, incluso para sus adentros—. A tu hermana la violaron antes de asesinarla.

Ahora sí que parecía un agente del FBI.

—Estoy casi seguro de que el hombre que te agredió es un violador en serie que va dejando un reguero de víctimas a su paso. Tú eres la única que ha tenido la suerte de sobrevivir.

—¿Suerte? —soltó una carcajada. Se levantó y se alejó para abrazarse al poste más cercano—. Sabías lo de mi violación antes de venir aquí, y aun así me hiciste pasar por esa dolorosa confesión. Has estado utilizándome.

Oyó el crujido de la madera bajo sus pies al levantarse del banco.

—Soy un agente que realiza una investigación. Tú eres una testigo presencial. No disfrutaba mintiéndote, pero necesitaba tu colaboración tanto si estabas dispuesta a prestármela como si no. Y sigo necesitándola. Necesito hechos, detalles... para poder localizar a ese individuo y meterlo entre rejas. Aunque no fui capaz de defender a Kerry, no fallaré a la hora de llevar a su asesino ante la justicia. Cueste lo que cueste.

«Cueste lo que cueste». Ojalá fuese todo tan sencillo, pero aquella pesadilla se complicaba por momentos. Siguió agarrada al poste, pero volvió la cara para mirarlo.

—El FBI no te permitiría investigar el asesinato de tu propia hermana.

—Ya te he dicho que estoy de permiso. Los departamentos de policía locales empiezan ahora a encontrar la conexión entre los distintos crímenes, pero han llegado a un callejón sin salida. Esta semana ha vuelto a actuar en Las Vegas. No puedo esperar a que el FBI forme un grupo operativo. Ese tipo sabe lo que hace. Quiere seguir matando. Creo... creo que volverá a por ti.

—Yo también lo creo.

Quizá ella tampoco pudiese esperar hasta la creación de un grupo operativo, y esa posibilidad la aterrorizaba. Se abrazó más fuerte al poste. Se sentía demasiado confundida para buscar consuelo entre los brazos de Sam,

aunque sospechaba que a él no le habría importado dárselo. Ya estaba cansada de ser la víctima, cansada de tener miedo. La habían educado para ser fuerte. Era fuerte. Hizo acopio de toda su fortaleza y miró a Sam a los ojos.

—¿Qué tengo que hacer?

—Tu declaración a la policía de Chicago era muy imprecisa. Cualquier cosa que puedas contarme me será de ayuda. Su modus operandi, algo que dijese, cualquier descripción física: color del pelo, complexión, cicatrices u otros rasgos distintivos. Un nombre, o un apodo, si es que lo conoces.

—¿Sólo eso? —hizo hincapié en el tono sarcástico de su voz, aunque ninguno de los dos se rió.

—Si te sientes lo bastante fuerte como para hablar del tema —la voz de Sam se había suavizado—. Prometo protegerte. No permitiré que nadie te haga daño, independientemente de los caminos que tome la investigación. ¿Jess?

—Entonces, quieres que te lo cuente todo sobre la noche que me violaron.

—Sé que es pedirte demasiado, y que no será fácil.

El vacío de su cabeza se burló de ella. Deseó poder encender una luz en su interior y extraer todos los detalles que quisiese, los que necesitaba recordar. Pero era incapaz.

—Va a ser imposible —lo único que podía hacer era acallar sus disculpas por haberle mentido y su insistencia en que era la única persona que podía ayudarlo—. No recuerdo absolutamente nada de aquella noche.

* * *

«¿Amnesia?».

Aquello parecía una excusa muy práctica para evitar tener que enfrentarse a la realidad. Le había contado lo poco que recordaba: hasta el momento en el que había abandonado el acto benéfico en el museo llorando y enfadada. Y desde el momento en el que había aparecido en un

callejón cubierta únicamente por una manta raída y había parado a un taxi para que la llevase al hospital.

¿Y todo lo que había entre esos dos momentos? En blanco.

Sam sabía que al sentirse decepcionado no estaba siendo justo con ella. Jessica Taylor se había enfrentado a unos hechos tan duros como los que había soportado él. Más, si cabe, de acuerdo con la explicación que le había dado su psicóloga. Fuera lo que fuese lo que había visto y experimentado la noche de la violación, era algo tan horrible y difícil de soportar que su cerebro la estaba protegiendo del dolor bloqueando aquella información.

Quizá no toda. Él mismo había presenciado dos regresiones. Una, durante la primera visita del sheriff, y otra, en la subasta. Aunque a lo mejor no estuviese preparada, su cerebro intentaba obligarla a recordar algo, y él pensaba quedarse allí hasta averiguar de qué se trataba. Sólo deseaba que consiguiese recordarlo antes de que el desgraciado que le dejaba aquellos mensajes espantosos le arrebatase la oportunidad.

—Ésta es la última, Sam —el trabajo, el calor y una energía infatigable que desgraciadamente no era la suya le hicieron volver a centrarse en lo que estaba haciendo.

Derek Phillips era un chico de dieciocho años con un físico apropiado para su posición de defensa en el equipo de fútbol americano. Tenían la posibilidad de ganar la competición local y jugar en la liga nacional de su categoría por segundo año consecutivo. Se lo había contado él mismo. Varias veces. Sam sonrió. El vecino de Jess se había empleado a fondo aquella tarde y enlazaba una conversación con otra, a pesar del aire distraído de Sam.

—Ya era hora —contestó Sam, sujetando un extremo de la traviesa que Derek había sacado de la parte trasera de la camioneta de Jess y trasladándola hasta el borde del aparcamiento.

—No pensaba que fuésemos a acabarlo. Gracias por la ayuda.

—De nada.

Sam se quitó los guantes de trabajo y sacó el pañuelo azul marino de un

bolsillo para secarse el sudor de la frente. Seguía haciendo demasiado calor para aquellos días de finales de septiembre. No había visto el parte del tiempo, pero debía de avecinarse una buena tormenta.

Pero vio que de camino se acercaba un remedio aún mejor contra el calor. En cuanto se hubieron marchado los últimos clientes, Jess se dispuso a obsequiar a sus empleados con una jarra de aquella deliciosa limonada. Sam no pudo evitar sonreír ante lo que veían sus ojos. Un pensamiento descabellado se le pasó por la cabeza: seguramente, el sabor de sus labios sería parecido al de su limonada. Suaves, dulces y con un punto de acidez. Unos labios que podían saciar la sed de un hombre. Y él se moría de sed.

Pero el traspié de Jess acabó abruptamente con su fantasía. Tres gatos salidos del granero pasaron corriendo por delante de ella mientras huían de Harry. ¿Había sido el desnivel del suelo, los gatos o Derek lo que la había pillado por sorpresa? El chico se había quitado la camiseta, y no mostraba intención de volver a ponérsela. ¿Le había molestado el pecho desnudo de su vecino?

—¡Aleluya! —Derek gritó al recibir el vaso de manos de Jess. Sus ojos marrones se encendieron al mirarla—. ¡Qué guay! Gracias.

—De nada, Derek. Te la has ganado —todo apuntaba a que había sido el desnivel del suelo lo que la había hecho tropezar, pues ahora se comportaba como la perfecta anfitriona.

A Derek se le iluminó la cara al ver la sonrisa de Jess. Volvió a hablar de fútbol.

Sam le dio las gracias a Jess y ocultó su regocijo dándole un trago a la bebida, procurando no establecer la inevitable comparación con la sensación de besar sus labios. El chaval estaba luciéndose, pavoneándose ante la chica guapa, intentando impresionarla.

¿Había estado él alguna vez tan pagado de sí mismo? Sin duda.

Estaba claro que el chico estaba colado por ella.

No era el único.

Como si hubiese sentido el intenso calor que emanaba del cuerpo de

Sam, Jess le dirigió una mirada y musitó una excusa cuando ya se disponía a marcharse.

—Traed los vasos a casa cuando hayáis acabado. Voy a ver si cuadro las cuentas. Cuando os hayáis lavado, venid a cenar —le guiñó un ojo a Derek—. A menos que esta noche tengas una cita.

—No, señora, qué va —a Derek se le encendieron las mejillas—. Sólo iba a ver a unos amigos, pero si va a cocinar, estaría encantado de quedarme.

—Había pensado preparar unos sándwiches de carne con queso.

Sam supuso que si el chico hubiese realizado su numerito exhibicionista delante de una chica de su instituto, ésta habría caído rendida a sus pies. Pero Jess era once años mayor que él. ¿Acaso Derek no veía que su interés por él se debía únicamente a que eran vecinos?

—Son mis preferidos.

Jess volvió hacia la casa. La vista desde atrás era tan cautivadora como lo había sido por delante. Sam notó que algo se movía por debajo de sus pantalones.

Hacía meses que no sentía nada. Todo en él estaba muerto: sus sentimientos, sus hormonas, su corazón. El deseo de venganza era lo único que lo había mantenido con vida.

Jess Taylor lo estaba resucitando. La deseaba. Se estaba enamorando de ella. Aún no la había besado, pero cada caricia, cada mirada, cada palabra despertaban algo en él. Un deseo que sólo ella podía calmar.

Pero la violencia la había trastornado. Lo que ella necesitaba era un hombre que nunca hubiese llevado una pistola ni deseado matar a otro hombre. Necesitaba, y se merecía, un amor con capacidad curativa. A menos que hallase el modo de curarse a sí mismo, Sam O'Rourke no era ese tipo de hombre.

Esa misma tarde, el sheriff Hancock se había pasado por allí con su mujer para recoger dos gatitos. Le comentó que sus hombres habían encontrado muchas camionetas que coincidían con la descripción que Sam le había facilitado, y que sus agentes seguían investigando. Para Sam, aquello era

una manera educada de decir que en un tiempo no iban a poder darle a Jess ninguna información valiosa.

También los había visitado Gideon, otro de los hermanos de Jess. Se presentó con su mujer y sus cuatro hijos y un trozo de tarta de cumpleaños para ella. Su hermano no era muy hablador, pero no hacía falta. Había algo telepático en su mirada.

Sam le había pedido a Jess que no le revelase a nadie su identidad real. Pero los Taylor no eran tontos. Ya debían de sospechar que estaba allí para algo más que realizar trabajos manuales. Pero tanto si Gideon pensó que estaba allí para proteger a su hermana o si era él el peligro del que había que protegerla, no dijo nada. Sam se preguntó cuántos miembros más de su familia tendrían intención de pasarse por allí para comprobar si estaba bien y vigilar a su nuevo empleado después de lo sucedido la noche anterior.

Una vez cerrada la tienda, y como se había levantado un viento frío, Sam tapó con lona impermeabilizada los objetos más frágiles del porche, y cerró el granero y demás edificios anexos. Guardó la camioneta en el garaje, y sacó la pistola de la guantera, donde la había escondido para tenerla a mano durante el día. Ahora que Jess ya sabía la verdad, no había necesidad de esconder el arma ni su disposición a utilizarla. No quería que volviesen a pillarlo desprevenido como la noche anterior.

Ya habían cenado, y Jess le había metido prisa a Derek para que volviese a casa antes de que comenzase a llover. Sam y Jess estaban solos de nuevo. Solos con el perro y la tormenta que se avecinaba. Cuando se disponía a subir la escalera que llevaba a su apartamento, la tensión eléctrica que flotaba en el ambiente hizo que se le erizase el vello de los brazos.

Pero la bajada de las temperaturas no era el único presagio de la tormenta.

Un Porsche rojo descapotable bajó a toda velocidad por la carretera desde el norte y pasó por debajo del arco de ladrillo donde se indicaba el nombre de la finca. Sam se detuvo en el rellano. El conductor, un hombre moreno, realizó un giro de noventa grados y frenó bruscamente en mitad del aparcamiento de Jess. Apagó el motor, se quitó las gafas de sol de espejo

y salió del coche antes de que la nube de polvo que había originado se posase sobre el vehículo.

El hombre, vestido con unos vaqueros oscuros, un polo y unos zapatos de piel sin calcetines, avanzó con paso firme hacia la casa como si aquel lugar le perteneciese.

¿Era algún otro hermano?

Sam pensó rápidamente en Sid, Mac y Gideon Taylor. Imposible establecer un paralelismo entre aquellos hombres responsables y aquel individuo, más preocupado por su propia diversión.

Al demonio con su voluntad de pasar inadvertido. En la nuca sintió un picor que no estaba dispuesto a atribuirle a la electricidad. Obedeciendo a su instinto, Sam dejó la pistolera en su cuarto e introdujo su Sig Sauer en la parte de atrás del pantalón. Se puso la camiseta por encima de la pistola y bajó corriendo las escaleras para enfrentarse a aquel gallito.

Pero Jess también había oído el estrépito y ya estaba en el porche con Harry. Apoyó las manos en las caderas y bajó las escaleras al encuentro de su visitante.

—¿Qué demonios haces aquí? —no era el más simpático de los saludos, pero quedaba claro que conocía a aquel hombre.

Sam retrocedió un paso, ocultándose tras la esquina del porche para observar cómo se desarrollaba la escena. Jess no le había ordenado al perro que atacase a aquel tipo, pero su postura rígida revelaba que no se alegraba de verlo.

—¡Jessica, cariño! He venido a verte en cuanto me he enterado de lo del robo. Me han llamado esta mañana de la aseguradora. Deberías haberme llamado. ¿Estás bien?

¿Lo habían llamado de la aseguradora un domingo por la mañana?

—¿Has venido desde Chicago? —preguntó con escepticismo.

«¿Chicago?»

—Pues claro. No importa lo que sucediese entre nosotros, no voy a dejar de preocuparme por ti.

Alex Templeton. El genio del marketing. El hombre al que Jess decía haber dejado aquella fatídica noche en Chicago. Sam lo identificó con el hombre de la foto demasiado tarde.

Alex Templeton levantó en brazos a una Jess sorprendida y le plantó un beso en los labios.

No sabía qué lo ponía más nervioso, si el hecho de que aquel hombre se moviese demasiado deprisa, estuviese demasiado cerca de Jessica y se aprovechase más de la cuenta de su vulnerabilidad o el ataque de celos fruto de que aquel ególatra la hubiese besado antes que él.

Capítulo 8

Jessica sintió que el pánico la invadía.

Estaba atrapada.

—¡Para, Alex!

Harry ladró. Alex se refugió tras ella, parapetándose detrás de su cuerpo.

—Venga, cariño, algún día tendrás que perdonarme.

Jessica lo apartó de un empujón.

—¿Para eso has venido, para suplicarme que te perdone?

El perro se sentó a sus pies.

Alex apoyó las manos en las caderas y negó con la cabeza.

—No he venido a suplicarte. Durante meses me pediste que viniese para ver mi inversión en persona. Ya sabes que tengo mis obligaciones, pero lo he abandonado todo porque estaba preocupado por ti. ¿Y ahora que vengo me rechazas? ¿Pero qué te pasa, cariño?

—No tienes ningún derecho a llamarme «cariño» —Jessica se apartó el pelo de la cara y se lo pasó por detrás de la oreja. Debería haberle azuzado a Harry, pero verlo allí la había impresionado mucho. Alex. Allí. Tan impulsivo como siempre. Después de tanto tiempo.

Sus ojos recuperaron su encanto tan rápidamente como lo habían perdido. Avanzó un paso hacia ella.

—Ya sé que la última vez que nos vimos nos peleamos, pero no era la primera vez. Siempre acabábamos reconciliándonos. Me encantaba hacer las paces contigo.

Jessica retrocedió. Antes era una mujer ingenua e impresionable. Alex la había abierto al sexo, la había introducido en ciertos ambientes culturales y

había agudizado su visión para los negocios. Pero la vida le había enseñado muchas cosas desde entonces. Lo que en el pasado le había parecido una maravillosa aventura, ahora le parecía una insensatez y un error.

—Esta vez no vamos a hacer las paces. Te dejé hace seis meses. Se acabó —quiso dejarle claro que las cosas habían cambiado—. Por cierto, ¿cómo está Catherine? Tu mujer, digo —hizo hincapié en la pregunta, por si acaso se le había olvidado que le había jurado amor y lealtad a otra mujer.

—Estoy intentando llegar a un acuerdo con Cat.

—Genial. Pues vete y negocia con ella todo lo que quieras. A mí no me interesan tus propuestas. Ya te enviaré una copia del informe de la aseguradora cuando lo reciba. Ya hablaremos entonces. Siento mucho que hayas hecho el viaje en balde —miró hacia arriba y comprobó que las nubes se arremolinaban en el cielo—. Deberías subir la capota del coche y buscar algún sitio donde pasar la noche.

—El simple hecho de verte ya no es hacer el viaje en balde. Estamos bien juntos. Puedo darte...

—¿Cómo te atreves? Estás casado, no puedes darme nada.

—No seas tan fría. ¿Ya no sientes nada por mí?

—No.

—Cariño...

—Ha dicho que no.

—Oyó aquella voz con acento irlandés a sus espaldas. Le temblaron las piernas del alivio que suponía sentir su presencia.

—Estoy detrás de ti, corazón.

Sam se acercó hasta ella y la envolvió con sus brazos, presionando su pecho contra la espalda de Jessica. Ella dudó durante un segundo, y después se dejó envolver por sus brazos y cedió ante su presión. No es que necesitara que nadie acudiese a rescatarla, pero el apoyo incondicional de Sam le daba tranquilidad, le hacía saber que tenía un aliado en él. Jessica se acercó aún más, disfrutando del abrazo tanto como de la expresión ofendida en la cara de Alex.

—Sam, éste es Alex Templeton, mi socio.

A Sam no quiso colgarle ninguna etiqueta. Su relación se estaba complicando demasiado como para limitarse a decir que era su empleado.

No hubo apretón de manos. La mirada de Alex se desplazó desde sus brazos unidos hasta la cara de Sam para acabar deteniéndose en el rostro de Jessica.

—¿Pero esto qué es? ¿Intentas vengarte de mí?

—Esto no tiene nada que ver contigo —respondió con firmeza—. He rehecho mi vida. Tú también deberías hacerlo.

—¿Debo suponer que la oferta que me hiciste este verano de comprar mi parte del negocio para alejarme de tu vida sigue en pie?

—Sí —simple y directo, aquél parecía ser el mejor modo de comunicarse con él.

Dio un paso atrás, como si quisiese defenderse o arrancarla de brazos de Sam o reclamar algún tipo de compensación por el sacrificio que aparentemente había realizado al desplazarse hasta allí. Pero Sam no se movió, y ella tampoco. El primer relámpago atravesó el cielo y un trueno retumbó sobre sus cabezas. Buena ambientación. Sí, señor.

Alex miró hacia su Porsche por encima del hombro. ¿Lo veía como una vía de escape? ¿Un símbolo de riqueza y hombría que no había conseguido impresionarla? ¿O simplemente estaba preocupado por si se le mojaba? Cuando se volvió y miró a Jessica, su rabia y su frustración eran más que evidentes.

—Me alojaré en la ciudad. Ya hablaremos en otro momento —miró a Sam—. Cuando estés sola.

—No voy a estar sola.

Al menos, eso esperaba. Los dedos de Sam apretaron los suyos en señal de promesa. El aire se había enfriado y estaba cargado de electricidad, pero Jessica se sintió más cómoda de lo que se había sentido en muchos meses. Quizá estaba empezando a curarse.

—El tema no es más que una cancelación de deuda. Mis abogados se

pondrán en contacto contigo. Pero no pienso darte facilidades para que te salgas con la tuya.

—No pensaba que fueses a hacerlo.

Jessica no se movió, y Sam no la soltó hasta que Alex hubo puesto la capota en el coche y salido a todo trapo. Sam se acercó al borde del porche y observó al vehículo ganar velocidad y alejarse, coronar la loma y desparecer de vista.

Desde donde estaba, podía apreciar el bulto de la pistola que sobresalía por encima de los pantalones de Sam. Estaba dispuesto a defenderla de más de una manera. Era una sensación emocionante y preocupante al mismo tiempo. Cuando se giró, ella le señaló el arma.

—¿Tenías algún mal presentimiento?

—No estoy dispuesto a correr riesgos.

El viento lo despeinó cuando avanzaba hacia ella, confiriéndole un aspecto salvaje e indomable. Pero ella sabía cómo era en realidad. Debajo de aquella máscara de dureza, Sam O'Rourke era todo paciencia y control. Conseguía conectar con la mujer madura que llevaba dentro de una manera que Alex ni siquiera podría haber imaginado.

—¿Te has fijado? Llevaba matrícula de Illinois.

—Sí, me he fijado.

Ni por un momento hubiese dudado que Sam consideraba a Alex un sospechoso más de la violación y el asesinato de su hermana y de la agresión que ella había sufrido. Lo era.

—Supongo que, debido a su trabajo, viajará mucho.

Jessica asintió.

—Es asesor de gestión empresarial. Solicitan mucho sus servicios, sobre todo en las ciudades importantes.

—Le pediré a Virgil que investigue sus idas y venidas para comprobar si alguno de sus viajes coincide con los lugares de las agresiones. Tiene carácter, y sabemos que estaba en Chicago cuando te... —su voz se apagó en un suspiro—. No quiero parecer frío, sólo intento encontrarle sentido a

todo esto.

—Ya lo sé. Actúas como el agente que eres. Pero creo que te equivocas de camino. Alex acaba de llegar de Chicago. No pudo haber estado aquí anoche.

—Técnicamente, lo único que sabemos es que venía de la Autopista 50. Podría llevar varios días en Kansas City.

Aquélla era una teoría inquietante, pero no imposible. No sería la primera vez que Alex le mentía. Sam se encogió de hombros.

—A tu antiguo novio no me lo imagino conduciendo una camioneta hecha polvo, pero pudo haber contratado a aquellos tipos para asustarte.

Se le puso la piel de gallina, y no por culpa de la bajada de las temperaturas.

—Sea como fuere, el caso es que ha funcionado. Estoy asustada.

—¿Te ha hecho recordar algo la presencia de Templeton? ¿Alguna cosa que haya dicho o su manera de moverse? —un relámpago iluminó el cielo—. Perdona, pero tengo que preguntártelo.

Y ella tenía que contestarle.

—Cuando Alex me ha agarrado, he sentido mucho miedo. He vuelto a tener esa horrible sensación de déjà vu. Recuerdo sentir que mis fuerzas flaqueaban, que me debatía —inconscientemente, levantó la mano y se tocó el cuello. Se había despellejado los dedos aquella noche al intentar liberarse. Las ataduras de la cama estaban tan apretadas que de no haber reaccionado con tanta prontitud...

—¿Jess? —la voz de Sam la devolvió al presente. Abrió la palma de la mano y la observó atentamente. Una cicatriz le atravesaba los dedos—. ¿Qué estás recordando? ¿Tiene algo que ver con Templeton?

Lo miró a los ojos, tomando conciencia de que estaba en el campo, a las afueras de Kansas City, en el corazón de una tormenta inminente. Las imágenes que había intentado recuperar volvían a desvanecerse. Respiró hondo, pero las imágenes habían desaparecido.

—No pudo estrangularme porque conseguí meter los dedos entre el

cuello y el lazo. Me desmayé, y me dio por muerta —se encogió de hombros —. Pero no consigo ponerle rostro. Esa parte sigue en blanco. Pero seguramente lo recordaría todo si fuese alguien conocido.

—Quizá por eso hayas bloqueado el recuerdo, porque alguien en quien confiabas te traicionó.

—¿Pero Alex...? Recuerdo algunas cosas. La mañana siguiente no estaba en una zona de la ciudad que Alex se atrevería a frecuentar. Lo atracarían o lo asesinarían a él. Será un idiota, pero... él no me violaría. Me quería. O al menos le gustaba estar conmigo.

—Le gusta controlarte. Hace un momento te ha insultado porque no ha conseguido salirse con la suya.

—Hablaba así porque se sentía ofendido.

—Es motivo más que suficiente para que algunos hombres hagan lo impensable. Violan porque desean controlar, sentirse superiores a la otra persona. Le has pedido que no te tocase, y él no ha parado.

—Él es así. Le gusta vivir deprisa. Antes, a mí me gustaba que me levantase así en el aire.

—No intentes disculparlo. Da igual cuántas veces te haya gustado que te lo hiciese. Si una sola vez no te gusta y se lo dices, tiene que respetarlo.

Sus palabras, pronunciadas con tanta vehemencia, casi la hicieron sonreír.

—Te veo muy puesto en el tema. Pareces mi psicóloga.

—Eso lo aprendí de mi padre. Se llama comportarse como un hombre. Una mujer fuerte, con talento y opiniones formadas no es una amenaza, sino un premio. Es una pena que no todos los hombres capten la idea. Incluido Templeton

Seguramente, su hermana también había sido una mujer como la que acababa de describir. El interrogatorio había concluido. Sam cambió de tema.

—Va a empezar a llover. ¿Algo más que quieras que cubramos con lonas?

En el pasado había sido fuerte. Pretendía volver a serlo. Y ya tenía una opinión formada sobre Sam O'Rourke. Jessica lo miró a los ojos, sin pestañear, sin dudar.

—Me alegro de que estés aquí, conmigo.

—Yo también.

Los ojos de Sam no se apartaban de los suyos. Parecía que se acercaba, aunque no creía que ninguno de los dos se hubiese movido un ápice. Harry le ladró al siguiente trueno que retumbó, y comenzó a dar vueltas alrededor de ellos, pero Jessica no le prestó atención. Estaba pendiente de otra cosa que nada tenía que ver con la tormenta que sobre ellos se avecinaba.

Quizá, después de todo, la curación no dependiese de encontrar respuestas.

—¿No decías que te gustaría besarme? Si te dijese que sí, ¿lo harías?

Algo oscuro y sensual derritió el hielo en aquellos hermosos ojos grises. Sam le puso un dedo en la mejilla y lo deslizó con delicadeza hasta la punta de la barbilla.

—Dilo.

Con suavidad y seguridad, Jessica contestó:

—Sí.

Su pulso se aceleró. Sam ladeó la cabeza y acercó su boca a la de Jessica lentamente. Nunca había deseado tanto a un hombre. Nunca le había tenido tanto miedo a algo.

Al notarlos resecos por culpa de los nervios, Jessica se humedeció los labios con la punta de la lengua. La mirada de Sam se desvió hacia su boca al detectar el movimiento. Aguantó la respiración, consciente de su mirada, tan poderosa y delicada como una caricia. Aquello era como el momento previo a la primera bajada en una montaña rusa. La tensión se le antojaba casi insoportable.

Sus labios se tocaron, y Jessica supo que el riesgo había valido la pena.

Todo comenzó como una tímida toma de contacto. Apenas notó la presión. Sabía que Sam estaba yendo despacio a propósito, para no forzar

nada. Apoyó una mano sobre su pecho. Sintió un temblor bajo la palma, notó cómo se tensaba cada músculo de su cuerpo. Sin embargo, era él quien le había pedido aquel beso.

Con un gemido a medio camino entre el agradecimiento y el deseo, Sam le acarició el pelo al tiempo que abría su boca sobre la de Jessica, quien ya se aprestaba a separar los labios para darle la bienvenida a su lengua. Respiró hondo y aspiró el aroma del aire, cargado de electricidad, y el del hombre que estaba junto a ella.

Jessica mordisqueó el labio inferior de Sam y alineó su boca con la de él para saborear aquella sensación: se sentía una mujer deseada por todo un hombre. Un hombre cuyos labios habían sido bendecidos por un toque de magia irlandesa.

Aquel beso era tan tierno que Jessica sintió que entraba en un lugar donde ningún otro hombre la había llevado antes. Los gemidos de deseo procedentes de su propia garganta se mezclaron con los suspiros de Sam.

Una gota de lluvia helada se estampó contra su mejilla, asustándola, como si alguien la hubiese despertado en mitad de un hermoso sueño. Aquel viaje de placer llegó a su fin.

—Cariño... —el aliento de Sam se posó sobre su mejilla. Aún tenía los dedos enredados en su pelo y su frente apoyada en la suya. Los dos jadeaban, necesitados de aire y claridad de pensamiento—. Nunca...

—¿Nunca qué? —alcanzó a susurrar. La lluvia siguió salpicándola, aplacando el fuego que había estado a punto de consumirla. El cielo tembló sobre sus cabezas.

—Has estado reservándote para este beso.

Se había pasado la vida esperando ese beso.

—Sí, supongo. Ha valido la pena.

—Te estás mojando —dijo mientras le pasaba la mano por encima de la mejilla y la nariz para secarle las gotas de lluvia.

En ese preciso momento, el cielo se vino abajo. En cuestión de segundos, una manta de lluvia los cubrió, impidiéndoles ver lo que tenían a sólo unos

metros de distancia.

—Vamos —la urgió Sam, agarrándola de la mano y tirando de ella hacia el porche.

Jessica abrió la puerta mosquitera y Harry se coló dentro de la casa, buscando probablemente la tranquilidad del sótano.

—Lo mejor será que entremos y encendamos la televisión para informarnos de si estamos en estado de alerta.

—Aquí no tendréis tornados en septiembre, ¿verdad? —preguntó Sam, dándole la espalda a la lluvia y protegiéndola del viento con su propio cuerpo.

—Me temo que sí. Pero habrían hecho sonar las sirenas. Me da más miedo que se inunde todo esto o... —de repente, la lluvia cambió de color y de forma y se transformó en pequeñas bolas de hielo que rebotaron en el suelo—. Granizo.

Sam se giró y avanzó hacia la escalera.

—Esto pasará pronto, ¿no?

Jessica pensó en los granjeros que aún no habían recogido la cosecha. Le vino una imagen fugaz del Porsche de Alex y de las abolladuras que el granizo haría en la chapa.

—Antes hará mucho daño, pero en unos minutos se estabilizará la temperatura. Aunque creo que la lluvia sí que va a hacernos compañía esta noche.

—Entonces, lo mejor será que suba a mi cuarto, para que me dé tiempo a secarme para mañana. Me temo que vamos a tener que limpiar a fondo.

Había dado dos zancadas hacia el fondo del porche cuando el sentido común y el deseo que bullía dentro de Jessica la lanzaron tras sus pasos.

—Lo mejor será que pases la tormenta aquí conmigo. Si las cosas se ponen feas, podemos guarecernos en el sótano.

—¿Y si llueve durante toda la noche? —la miró fijamente—. ¿Estás segura?

Comprendía sus dudas. Sam quería saber si iba a sentirse cómoda

pasando la noche a solas con un hombre en casa.

Bueno, tenía una cama, un sofá y un sótano. Tenía a Harry y tenía una escopeta. Pero sobre todas las cosas estaba su confianza en el agente Sam O'Rourke.

—¿Jess?

—Vamos, te estás mojando —le retiró de la frente un mechón de pelo mojado. Sabía lo que necesitaba escuchar—. Estoy segura.

* * *

El sonido rítmico del acero contra la piedra era lo único que se oía en la habitación.

Estaba harto. No era la primera vez que le pasaba, y sabía que si no actuaba cuanto antes, perdería el control de la situación.

Y perder el control era algo que no se planteaba.

Siempre le había gustado controlar la situación.

Se sentó en el borde de la cama mientras afilaba la hoja de la navaja. Tenía el pecho descubierto. Era el pecho de un hombre, un pecho musculoso, un símbolo de su poder y de su hombría. Aquella puta aún no lo había entendido. Lo había apartado de su vida como si se tratase de alguien débil y sin importancia.

Era su cara lo que veía en la piedra tras cada pasada de la hoja que estaba afilando.

—No puede salirse siempre con la suya —sólo las sombras del dormitorio podían oírle.

Se sentó bajo el pequeño círculo de luz generado por la lámpara de su mesita de noche. Todo estaba dispuesto. Su bolsa estaba preparada, y su teléfono y su ordenador estaban listos.

Junto a su gorro negro, sobre la colcha, había extendido su colección de navajas. De entre todas ellas había elegido aquella navaja en particular por su bonita empuñadura de madera de teca. En ella había grabadas dos iniciales que casi habían acabado por borrarse después de muchos años de

uso. Era un artículo de colección. Le había costado mucho encontrarla, pero había pocas como aquélla en todo el mundo. Con lo que a ella le gustaban las antigüedades...

Nada más apropiado.

No debería haberle dicho qué era lo que tenía que hacer. Debería haber agradecido el esfuerzo y sacrificio que había tenido que hacer por ella para estar allí. Pero ni siquiera le había dado un beso en señal de agradecimiento.

Los músculos de sus brazos y de su pecho se contrajeron y tensaron como consecuencia del rencor y la rabia que lo embargaban. No tenía derecho.

—Esa puta no tiene derecho.

Pero allí seguía, majestuosa, dirigiendo su pequeño imperio. Lo había dejado en ridículo, como si realmente tuviese algún control sobre él. La había mirado a los ojos y había comprobado que no lo reconocía. Aunque podía hacerle daño si conseguía recordarlo. Podía acabar con todo lo que él quería. Pero él acabaría con ella primero. Le arrebataría su poder. Había fallado una vez, pero no volvería a hacerlo.

Se calmó al recordar que esa noche sería él quien controlase la situación. Era todo lo que necesitaba para ser feliz: control. El amor y el cariño ya no importaban tanto. Sólo verla humillarse, disculparse, suplicar. Respetar su poder. Creer en él. Él sí que iba a decirle qué era lo que tenía que hacer. Iba a demostrarle lo fuerte y poderoso que era.

Agarró el teléfono móvil e hizo una llamada. Cuando hacía su trabajo, prefería las distracciones de la ciudad. Era mucho más sencillo perderse entre el caos urbano. Era una tapadera perfecta. Pero como no podía atraerla hasta la ciudad, crearía sus propias distracciones. La pregunta que le hizo al hombre que contestó a su llamada era muy sencilla:

—¿Ya la tienes? —las quejas y excusas sobre el mal tiempo le parecieron irrelevantes—. Consíguela. Esta noche —apagó el teléfono y volvió a su ocupación.

La ferocidad de la tormenta era una distracción en sí misma. Le serviría

igual que la calle de cualquier ciudad.

Se acercaba su hora. Iba a sufrir. Nadie volvería a decirle qué era lo que tenía que hacer.

Capítulo 9

El teléfono sonó a las once y media, sorprendiendo a Jessica justo cuando estaba colocando la última letra de una palabra en el juego de mesa que tenía delante.

—Ya contesto yo —se giró en su silla para alcanzar el teléfono, que junto al ordenador se encontraba en su escritorio.

—No, déjame a mí —Sam O'Rourke se movía demasiado deprisa para ser un hombre tan corpulento y musculoso.

—No seas tonto. Es mi casa, es mi teléfono.

—Jess —no le habría resultado difícil quitarle el teléfono, pero no quería intimidar a su anfitriona más de la cuenta—. Necesitas un identificador de llamadas.

—Genial. Tráeme uno mañana. Ahora, déjame contestar.

—Maldita sea, Jess —el tono grave de su voz no dejaba lugar a dudas sobre lo que estaba pensando. Quienquiera que fuese la persona que le había enviado aquel correo electrónico y le había destrozado el almacén podía volver a intentar asustarla.

—Él no llamaría —no creía que fuese necesario explicarle de quién estaba hablando—. Trabaja furtivamente. No va a darme la oportunidad de que reconozca su voz.

El teléfono seguía sonando y volviendo aún más tenso el ambiente de la habitación.

—¿Y si es Templeton, que quiere hacerte una visita? Imagínate que intenta hacerte sentir culpable por no haberlo recibido con los brazos abiertos.

—Es más probable que sean mis padres, que estarán preocupados por la tormenta. Además, si un hombre contesta en mi lugar en plena noche pueden pasar dos cosas: uno, que le des un susto de muerte a mi padre, enfermo del corazón, o dos, que tengas que contestar a una batería de preguntas, porque a mi madre le encanta hacer de casamentera para sus hijos. Y tú estás en su lista de elegidos.

—¿Hay una lista?

Extendió el brazo hacia atrás y agarró el teléfono, dándose la vuelta para que Sam no pudiese quitárselo.

—¿Sí?

—¿Te he despertado?

—¿Cole? —la primera reacción de Jessica al identificar la voz fue de alegría—. ¿Por qué llamas tan tarde? ¿Dónde te has metido? Te echo de menos. Espero que no te haya pillado por ahí la tormenta. ¿Estás bien?

—Calma, chica. Es el único momento libre que he tenido. No puedo decirte dónde he estado. Yo también te echo de menos. No, estoy bien. ¿Te he contestado a todo?

Puso la mano sobre el auricular y miró por encima del hombro.

—Es mi hermano —susurró—. Tranquilo.

Asintió, y Sam volvió a sentarse. Jessica se dirigió a la cocina para poder hablar con tranquilidad.

—Creo que sí, que me has contestado a todo menos a ese mensaje tan misterioso que dejaste anoche en el contestador. Siento no haber podido cenar contigo, pero lleva cuatro horas sin dejar de llover. Esta noche no puedo salir. Si necesitas hablar, te escucho.

Cole conocía a su hermana mucho mejor de lo que ella pretendía darle a entender.

—¿Estás sola?

Aunque entre ellos no había vuelto a suceder nada tan íntimo como el beso de unas horas antes, era imposible pasar por alto la presencia de Sam. Su espalda era demasiado ancha; sus ojos, demasiado agudos; su aroma,

demasiado tentador para relajarse por completo estando tan cerca de él.

No podía olvidar lo que había sentido con aquel beso, y se preguntaba si sería capaz de controlar sus emociones. Tenía presente que un hombre como Sam no se conformaría con un beso. Una parte de ella también quería más. Pero otra parte aún mayor, la que vivía en el hueco que habían dejado su confianza y su memoria al desaparecer, no sabía si sería capaz de volver a satisfacer a un hombre, tanto emocional como físicamente.

—¿Jessie? —preguntó Cole.

—No, no estoy sola —se apresuró a contestar, consciente de que aquellos segundos de duda lo habían puesto alerta—. Está conmigo el hombre al que contraté hace poco. He pensado que era más seguro que se quedase en casa mientras durase la tormenta.

—¿Conoces bien a ese tipo? ¿Está Harry contigo?

—Cole...

—Tengo razones para preguntártelo. Ten mucho cuidado de en quién confías, ¿vale?

—Eso sí que es ser misterioso. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—Mentiroso —ella también lo conocía demasiado bien—. Ha pasado algo, ¿verdad? Si hay algo que pueda hacer...

—No puedes.

Su propio miedo cedió terreno ante la preocupación por su hermano.

—¿Puede ayudarte Mitch o algún otro? —su primo, Mitch Taylor, era comisario de policía, un hombre respetado y con influencia—. Ya sabes que todos te queremos.

—Yo también os quiero. Ojalá...

—¿Ojalá, qué? —pero no hubo respuesta. Deseó poder abrazarlo en aquel mismo instante. Estaba metido en algún lío.

—¿Cole?

—Quiero volver a casa, pero no puedo.

—Claro que puedes.

—No puedo, Jessie. Quiero ver a mis sobrinos y sobrinas, que mamá cocine para mí y averiguar por qué coño el año pasado estabas enamorada de un tío y ahora vives encerrada como si fueses una ermitaña. Pero no puedo. Lo mejor será que sigas a salvo.

—Dios mío, Cole. Ahora sí que estoy preocupada. ¿En qué lío estás metido?

Las exiguas dimensiones de la cocina se estrecharon aún más al aparecer Sam por la puerta. En lugar de sentirse atrapada y retroceder, avanzó hacia él y lo agarró de la mano.

—Nada que no pueda controlar —contestó Cole—. Sólo necesitaba oír tu voz. Mi intuición me decía que tenías problemas, y me remuerde la conciencia no poder estar contigo para ayudarte.

—No te preocupes por mí —Sam le apretó la mano, intentando absorber parte de sus preocupaciones.

Se imaginó el brillo en los ojos azules de su hermano al descubrir su secreto.

—Es algo más que un empleado, ¿verdad?

—Cole...

—Ahora mismo está contigo, ¿no?

Levantó la vista hacia Sam, preguntándose si sería capaz de leerle el pensamiento con tanta facilidad como su hermano.

—Sí.

—Dime cómo se llama.

—Sam O’Rourke —Sam entrecerró los ojos, interrogándola con la mirada.

—Sam O’Rourke —repitió Cole, como si estuviese anotando el nombre —. Dile a Sam O’Rourke que si se atreve a hacerte algo, yo me encargaré personalmente de perseguirlo y hacerle pagar que te haya hecho daño, ¿entendido?

«Perseguirlo». «Hacerle pagar». Aquéllas eran dos amenazas muy peligrosas. Y una razón de peso para no hablarles a sus hermanos del hombre de Chicago que más la había hecho sufrir.

Aunque hacía horas que se había cambiado de ropa, de repente sintió un frío intenso.

—Eso también va por ti, ¿sabes? —intentó bromear para ocultar su dolor—. Si alguna mujer te da quebraderos de cabeza, dime quién es y la pondré firme.

—No te preocupes. Mamá y tú sois las únicas mujeres con acceso a mi corazón.

En aquel momento, Harry subió las escaleras que conducían al sótano y se puso a ladrar junto a la puerta. Aquel lloriqueo sólo podía significar una cosa.

—Parece que el superchucho te necesita.

—Ya sabes que no le gustan los truenos, pero supongo que se habrá dado cuenta de que no puede aguantar hasta mañana sin salir. Será mejor que le abra la puerta.

—Vale. Saluda a papá y a mamá de mi parte. Bueno, y a todos los demás.

—¿Estás seguro de que no puedo hacer nada?

—Esta vez, no. Procura mantenerte a salvo.

«A salvo». ¿Acaso intuía que podía no estarlo?

—Te quiero, Cole —pero ya había colgado.

—¿Algún problema? —preguntó Sam.

—Sí —Harry volvió a ladrar. Se acercó corriendo hasta ella y acto seguido volvió junto a la puerta. Jessica sonrió y colocó el teléfono sobre su base—. Pero no puedo hacer nada —señaló a Harry con la cabeza—. Pero a ti sí que puedo ayudarte.

Con Sam siguiéndola a una distancia prudencial, se dirigió a la puerta de atrás y la abrió. En cuanto lo hizo, el olor a humedad de la tierra mojada se coló por la mosquitera. Jessica arrugó la nariz y siguió a Harry hasta el

porche, respirando aquella humedad, necesitada de un poco de aire fresco que aclarase sus pensamientos y calmase su agitación.

Aunque la peor parte de la tormenta ya había pasado, seguía lloviendo. Harry pareció dudar en lo alto de la escalera. Olisqueó el aire y acabó bajando al jardín y desapareciendo detrás del granero.

Jessica tembló. Aquella temperatura ya era más propia del otoño.

—Te ofrecería mi chaqueta, pero la tengo arriba, en el apartamento —Sam cerró con cuidado la mosquitera y se acercó hasta ella—. Me ofrecería yo para calentarte, pero...

—Acepto —Sam se mostró visiblemente sorprendido ante su contestación. Estaba cansada de seguir siendo la víctima de algo que había sucedido meses atrás. Le gustaba discutir con él, sentirse a salvo en cualquier intercambio de palabras e ideas. Necesitaba su fortaleza y su protección, y en ese preciso momento necesitaba desesperadamente su consuelo—. A menos que tengas otras cosas que hacer.

Su cara se iluminó con una sonrisa.

—No tengo intención de prescindir de tu compañía —contestó ofreciéndole una mano.

Se colocó junto a él en lugar de aceptar su abrazo. Bendita paciencia la suya. Con las manos unidas, reposó su mejilla sobre su hombro. La piel de gallina desapareció en cuanto se hubo acercado un poco más.

—Jessica, juro por Dios que voy a atrapar a ese tipo —levantó dos dedos índice y corazón de la mano derecha y apuntó con ellos hacia la oscuridad—. Pienso meterle una bala entre ceja y ceja.

Un miedo instantáneo la recorrió de parte a parte. Aquello era exactamente lo que pensaba que habrían dicho sus hermanos. No hubiese podido detenerlos a todos. Ni siquiera sabía si podría detener al hombre que estaba junto a ella. Deslizó la mano desde su brazo hasta su pecho, y presionó con la palma para sentir los latidos de su corazón.

—Sam —susurró, intentando aplacar su rabia—. Llevas una placa. Tienes responsabilidades. Buscas justicia para Kerry, no venganza. Por favor, dime

que entiendes la diferencia.

Se quedó callado durante unos segundos tan tensos que le parecieron una eternidad.

—Le daré la oportunidad de que se entregue. Pero si no hay otra manera de detenerlo... No permitiré que vuelva a hacerle daño a nadie —le dio un beso en lo alto de la cabeza—. Y menos a ti.

Jessica se dejó atrapar por la promesa que brillaba en sus ojos. Quería que volviese a besarla. Quería sellar aquella promesa. Quería devolverle el beso. Sus bocas se acercaron.

Pero justo cuando estaban a punto de entrar en contacto, un movimiento en la oscuridad captó su atención. Una luz parpadeó entre los árboles.

—¿Sam?

Se giró, situándose delante de ella, y buscó instintivamente su pistola. Él también lo había visto. La curación de sus corazones iba a tener que esperar. Había alguien entre los árboles, junto al almacén. Otra vez.

—Esos hijos de puta son muy atrevidos al intentarlo dos noches seguidas —Sam le quitó el seguro a su pistola y saltó del porche.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a echar un vistazo. Métete en casa y cierra con llave. Llama al sheriff. Dile que han vuelto a entrar en tu propiedad y que has oído disparos.

—Yo no he oído...

—Los oirás.

—¡Sam! —Dios mío, ¿qué pensaba hacer?—. Ten cuid... —pero la lluvia y la oscuridad ya se lo habían tragado.

La había dejado allí sola. Durante unos segundos, sus pulmones se negaron a funcionar. Aquella noche también había estado sola. Se le nubló la vista y su cabeza intentó hacerla regresar.

—No —apretó los ojos y sacudió la cabeza, negándose a caer presa de aquel miedo que la debilitaba—. No. Llamar al sheriff, eso sí que puedo hacerlo.

Un ruido en la distancia la distrajo e impidió que entrase enseguida. Algo ininteligible, amortiguado por el sonido de la lluvia. Se acercó hasta el extremo del porche y oteó la oscuridad.

Tenía el presentimiento de que algo malo acechaba entre aquellos árboles. Algo que la observaba. Algo que la esperaba.

—¿Sam? —susurró en la oscuridad.

Se secó las gotas de lluvia que le enfriaban la cara e intentó distinguir su silueta. En la lejanía, volvió a ver una luz. No, dos luces que parpadeaban entre los árboles. Lo superaban en número. Tragó saliva para evitar que su miedo saliese al exterior. Tenía que ayudarlo, avisarlo de sus sospechas. Pero le había dicho que se quedase allí, a salvo. Por la experiencia que tenía con sus hermanos, sabía que un policía podía centrarse más en su trabajo y en su propia seguridad cuando sabía que sus seres queridos estaban a salvo.

Otro sonido, más claro esta vez, llegó hasta sus oídos.

Una serie de ladridos frenéticos.

—¡Harry! —arrastrada por el mismo impulso que les había hecho descubrir a los gamberros de la noche anterior, Jessica bajó los escalones del porche—. Dichoso perro.

Eternamente agradecido. Siempre dispuesto a protegerla. Siempre alerta. Una criatura inocente llevada por su instinto y lealtad a proteger su territorio y a su dueña. El tipo de la noche anterior había dicho que la próxima vez estaría preparado. ¿Y si habían vuelto para matarlo de un disparo o para envenenarlo?

—¿Harry?

Se detuvo sobre la hierba húmeda junto a la esquina del granero, para tomar aliento y orientarse antes de chocar contra los árboles. La luz del farol colocado en el poste telefónico no llegaba hasta allí, y las dos luces parpadeantes habían desaparecido. No conseguía dar con Harry.

Pero el perro no necesitaba ver para encontrarla. Jessica presionó la lengua contra los dientes, tal como le había enseñado Cole, y silbó. El sonido estridente del silbido atravesó la oscuridad. Harry ladró como respuesta.

—¡Sí! ¡Eso es, chico! —silbó de nuevo. Volvería hacia la casa. Allí la encontraría. Allí estarían a salvo. También Sam estaría a salvo. Silbó por tercera vez—. ¡Harr...!

Su grito fue sofocado por unas manos con guantes negros que la agarraron por la boca y la cintura y la elevaron del suelo. Su grito pugnó por salir, pero aquellas manos eran duras, y su raptor, fuerte y rápido. Le propinó un taconazo en la espinilla que le hizo tambalearse, pero consiguió mantener el equilibrio. Esquivó sus puñetazos y apretó su abrazo en torno al cuello de Jessica. La llevó hacia la maleza, hacia los árboles, hacia las sombras.

«¡Sam!». Gritó su nombre desde detrás de la mano que ahogaba su voz. Intentó liberarse de su abrazo por todos los medios posibles, pero el hombre que la había capturado parecía hecho de acero y granito.

La arrojó al suelo. Jessica cayó de espaldas y notó que le faltaba la respiración. Antes de que pudiese sentir cómo se le clavaba la grava, antes de poder respirar o gritar, el hombre ya estaba sentado sobre ella. Le puso la rodilla sobre la tripa, y la mano sobre la boca.

Algo frío y afilado la pinchó en el cuello. Como aquella otra noche. La cabeza de Jessica retrocedió en el tiempo.

Los sonidos de disparos y de motores que aceleraban se convirtieron dentro de su cabeza en los ruidos del tráfico de la ciudad y en música clásica.

La figura negra que estaba sobre ella olía a lana húmeda y a naftalina. Igual que aquella noche de nieve en Chicago. En el taxi frente al museo. La ropa del taxista despedía la misma peste a humedad.

«¡No!». La estaba llevando en otra dirección.

Lo golpeó con el puño en el hombro. «¡Pare el taxi!».

Se adentraron en la oscuridad. Amenazó con abrir la puerta y saltar en marcha. Las puertas se cerraron con un clic, y él le acercó al cuello la hoja de una enorme navaja y le advirtió que se estuviese quieta.

El recuerdo y la realidad se emborronaban.

«¡Pare! ¡Socorro!»

—Muere —la voz era real, y estaba allí, en ese mismo instante—. Pu...

Unos ladridos infernales le retumbaron en los oídos. Un animal rabioso salió de la oscuridad y cargó contra el hombre que tenía sentado encima y lo tiró al suelo.

El lazo que le oprimía el cuello se aflojó, y Jessica pudo volver a respirar. El duelo que tenía lugar a su lado era violento y despiadado. Salpicado de insultos y gruñidos, acabó con un aullido inhumano.

—No —alcanzó a decir. Le dolían los pulmones al respirar, y su garganta no conseguía articular palabra. Se incorporó, apoyándose en manos y rodillas, aflojando la correa que le atenazaba el cuello y tirándola a un lado —. Basta.

A lo lejos brillaron dos luces rojas. Se oyó un estrépito y una de las luces se apagó. Pero aquello no era ninguna regresión a un callejón de Chicago. Aquello era real.

—¿Harry?

Giró sobre sus rodillas llenas de arañazos, sabiendo que su enemigo estaba junto a ella.

—Apártate de él —su voz apenas era audible. Acto seguido, se apoderó de ella una tos infernal.

Quizá su agresor hubiese oído algo entre los árboles. Quizá simplemente hubiese intuido que se acercaba algún peligro. Su mano se detuvo en el aire, interrumpiendo su horrible trabajo.

—Vete —le advirtió, obligándose a arrastrarse, a sacar fuerzas de la certeza de que no estaba sola. Esta vez, no. Ahora podía oír aquel ruido. El golpeteo de unos pies calzados con botas sobre el suelo húmedo, acercándose.

Como un espíritu que hubiese abandonado su cuerpo, la figura de negro se levantó, vaciló durante un segundo sobre el bulto inmóvil que había a sus pies y se escabulló entre las sombras.

Capítulo 10

Sam agarró su Sig Sauer con ambas manos y pegó la espalda al tronco de un olmo. Su respiración profunda y silenciosa lo mantenía alerta e invisible ante los dos ladrones de pacotilla que intentaban cargar la calesa verde de Jess en la parte de atrás de su camioneta.

La calesa pesaba mucho, y la lluvia dificultaba las labores de carga. Eran un objetivo fácil. Ora se pillaban el pie con una rueda, ora metían el pie hasta el tobillo en un charco o se les caía una linterna en ese mismo charco.

Sam se contuvo hasta llegar a la conclusión de que ninguno de los dos hombres iba armado. Y aunque estaba claro que eran ladrones, ninguno de aquellos torpes intimidadores de tres al cuarto respondía al perfil de un asesino calculador.

Se giró y miró en dirección a la casa, pero sólo consiguió ver un amasijo de ramas retorcidas y la silueta del granero contra la luz del jardín. Sus pies le pedían entrar en acción cuanto antes. En condiciones óptimas, podría haber reducido a aquellos tipos sin disparar un solo tiro. Pero el barro y la mala visibilidad también jugaban en su contra.

Estaba deseando hacerles un par de preguntas a aquellos individuos: ¿Por qué? ¿Por qué atemorizaban a una mujer inocente? ¿Por qué robaban y destrozaban sus pertenencias? ¿Por qué a ella?

¿Qué relación tenían con la violación de Jess? Mejor dicho, ¿qué relación tenían con el violador de Jess? El horrible mensaje que habían dejado en el cobertizo la noche anterior no era ninguna coincidencia.

¿Eran ellos la verdadera amenaza, o se trataba sólo de una reacción exagerada por su parte debido a su estado de alerta máxima desde que Jess lo había abrazado bajo el porche? Le había contado cosas que nunca había

compartido con nadie. Ella era capaz de entenderlo. Conocía el significado de la rabia y el dolor.

Y aun así seguía adelante con su vida. Avanzaba. Por mucho que le costase confiar en un hombre, era capaz de compartir un momento de normalidad y preocuparse por su dolor. Él no se merecía tanta amabilidad. No se había ganado su confianza. Pero quería hacerlo. La deseaba. Si Jessica Taylor estaba dispuesta a compartir una parte de sí misma, él era lo suficientemente egoísta para aceptarla.

Aquella era una confesión inquietante de parte de un hombre que confiaba en que el pedazo de hielo que tenía por corazón le diese fuerzas para llevar a cabo su misión.

Un silbido estridente atravesó la oscuridad y lo despertó de su letargo.

—¿Jess?

«No te muevas. Métete en casa». Sam comprobó que no le había hecho caso.

Volvió a silbar.

Aquellos matones también la habían oído.

—Sujétala mientras yo arranco la camioneta.

—¿Que la sujete con qué?

—¿No has traído la cuerda?

—Pensaba que la cuerda la traías tú.

—Yo he traído la hamburguesa para el perro.

Aquellos dos individuos no suponían una amenaza. No constituían la pista que debía llevarlo al hombre al que perseguía. Estaban allí para distraerlo del verdadero peligro.

—Hijo de perra —Sam saltó desde su escondite y corrió hacia el camino. Los tipos subieron atropelladamente a la cabina de la camioneta—. ¡FBI, quietos!

El motor arrancó y chirriaron las marchas.

—¿FBI? Nadie dijo que...

—¡Corre! ¡Corre!

El conductor pisó a fondo el acelerador y salió disparado hacia la carretera. Ni siquiera se habían molestado en cerrar la puerta de atrás. A la primera sacudida, la calesa salió despedida de la camioneta. Sam la esquivó cuando ésta se interpuso en su camino y fue a parar a la cuneta.

Disparó dos veces, como advertencia, pero el conductor no tenía intención de parar. Sam no malgastó un paso más en perseguirlos. Las preguntas tendrían que esperar.

Apartándose el pelo mojado de la cara, se plantó en mitad de la carretera, se sujetó la mano derecha con la izquierda y apuntó al único blanco visible que tenía.

Respira. Tranquilo. Aprieta el gatillo. Bang.

La luz trasera derecha ya era historia. Antes de que sus brazos dejasen de acusar la sacudida del disparo, Sam ya estaba corriendo. La luz rota le facilitaría al sheriff las labores de búsqueda de la camioneta a plena luz del día.

—¡Jess!

Ya no había silbido alguno que le sirviese de guía, pero pudo seguir el sonido de los ladridos, convertidos en gruñidos rabiosos. Si a Jess le había pasado algo...

Corrió a través de los árboles hasta la casa y giró a la derecha, hacia el lugar de donde provenían aquellos sonidos, apartando y pisando ramas. Hasta que un silencio repentino, más aterrador que el sonido de la pelea anterior, le hizo pararse en seco.

—¿Jess? —su llamada fue un grito ronco en mitad de la noche.

No hubo respuesta.

Dios santo. No había conseguido salvar a Kerry. ¿Iba a pasarle lo mismo con Jess? ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba el dichoso perro? ¿A qué demonios se debía aquel silencio?

—¿Sam? —oyó un susurro ronco detrás de él.

Corrió hacia aquel sonido quejumbroso. Consiguió distinguir a Jess en

medio de la oscuridad, arrodillada sobre un objeto voluminoso en el suelo. El contorno blanco de su sujetador brillaba sobre su piel en la oscuridad.

—¿Y tu camisa?

Giró la cabeza y miró hacia el bosque, en dirección contraria a la que él llevaba.

—Se ha ido por ahí. Hacia el arroyo. Si te das prisa...

Su voz se rompió en un sollozo. Estaba herida. No podía dejarla sola. Sam intentó atisbar algo entre aquella mezcla de oscuridad, lluvia y árboles, sabiendo que aquel hijo de perra estaba allí, fuera de su alcance. Su pecho palpitaba, intentando respirar más pausadamente, mientras él se debatía entre el deseo de acabar el trabajo y de ayudar a Jess.

Estaba señalando al objeto del suelo.

—No puedo moverlo.

Se acercó tan rápidamente como pudo, no sin antes asegurarse de que estaban solos, de que el agresor no había vuelto sobre sus pasos para acabar su trabajo. Pisó algo brillante, plateado, entre unas hojas de pino. Parecía el eslabón roto de una cadenita. Lo recogió y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Sam?

Ya se preguntaría más tarde si aquello que había encontrado era algo importante. Jess lo necesitaba. Guardó la pistola y se acercó corriendo.

—Mierda —el bulto del suelo era Harry. Se arrodilló junto a ella, intentando reconstruir lo que había sucedido—. ¿Estás herida? ¿Qué ha pasado?

Vio que llevaba la espalda y los antebrazos llenos de arañazos. Y una roncha en la base del cuello. Se acercó para comprobar la gravedad de la herida. Jess le suplicó con la mirada:

—Tengo que salvarlo.

Le estaba pidiendo que actuase, no que la consolase.

—Cuéntame qué ha pasado.

El perro sangraba por el cuello, y Jess había utilizado su camisa y su

cinturón para hacerle un torniquete. El costado de Harry se movía al ritmo de jadeos inconstantes. Sam supo que el animal estaba muy grave cuando éste apenas lloriqueó al tocarle el pecho en busca de los latidos de su corazón. Aquello no pintaba bien.

—Lo ha apuñalado.

—¿Era el mismo hombre? ¿Has podido reconocerlo?

—Me tenía sujeta por el cuello y Harry me ha salvado —las lágrimas brillaban en sus ojos y en sus mejillas—. Estaba haciendo su trabajo, me estaba protegiendo.

Sam pensó que el perro había cumplido con su cometido mucho mejor que él.

—Vamos a ocuparnos de él —prometió, guardándose las preguntas sobre la agresión.

Se quitó el cinturón e improvisó un bozal para el hocico del perro. Una vez a salvo de sus dientes, se agachó junto a él para cargárselo a hombros. Harry meneó la cabeza y protestó ante el movimiento.

—¿Qué estás haciendo? —los ojos de Jess se inundaron de lágrimas al intentar quitarle el perro de los brazos—. ¡Para! ¡Le estás haciendo daño!

—¡Es necesario! Requiere de más atenciones de las que podemos darle aquí —Sam gritó más fuerte de lo que pretendía. Pensó que se merecía una bofetada cuando vio la mirada acongojada de Jess—. Perdona, cariño. Tenemos que mantener la calma. Ven aquí.

Se acercó a él, y Sam inclinó la cabeza para darle un beso en sus labios temblorosos. Jessica se apartó y lo miró a los ojos. Respiró hondo y pareció calmarse un poco.

—Eso es, cariño —le hubiese gustado tener una mano libre para abrazarla—. No me des esos sustos. No voy a dejar que muera. Te lo prometo.

—Lo sé. Soy yo quien tiene que pedirte disculpas. Estoy bien.

Sam se reservaba su opinión hasta que un médico la reconociese y pudiese aclarar algunas de las cosas que habían sucedido. Notó la sangre de

Harry empapándole la manga de la camisa. Había que salir corriendo de allí. Se dirigió al garaje lo más rápido que pudo.

Una vez abierta la puerta, colocó a Harry en la parte trasera de la camioneta de Jess.

—Quédate con él —le ordenó—. Ahora mismo vuelvo.

Sam subió corriendo las escaleras que llevaban a su cuarto y tomó su teléfono para llamar al 911. Mientras se identificaba e informaba brevemente de lo sucedido, se colocó la pistolera y la placa, agarró la manta de la cama y la camisa blanca que llevaba puesta el día anterior.

—¿Hay algún servicio de urgencias veterinarias en esta ciudad? —bajó los escalones de dos en dos—. Llámelo. Dígale que llevo a un perro al que han acuchillado en el cuello —le pasó la manta a Jess y la ayudó a envolver a Harry con ella para mantenerlo caliente—. Pierde mucha sangre, pero aún puede respirar —memorizó la dirección del veterinario y colgó el teléfono—. Vamos.

—Yo me quedo aquí detrás con Harry.

—Lo siento, pero te necesito a mi lado para que me digas por dónde tengo que ir para llegar cuanto antes.

Aceptó que aquélla era la decisión más lógica. Después de acomodar al perro, agarró la mano que Sam le tendía y se puso en pie. Sam no se molestó en pedirle permiso. La sujetó por la cintura y la levantó de la camioneta. Le hubiese gustado abrazarla y limpiarle las lágrimas que se le habían secado en las mejillas, pero supo que lo que le imploraban aquellos ojos azules era otra cosa.

—Corre.

Le pasó su camisa blanca y condujo con toda la rapidez y seguridad que pudo por aquellas carreteras secundarias hasta llegar a la autopista.

En otras circunstancias hubiese disfrutado viéndola vestirse y reparando en lo grande que le quedaba su camisa, pero sólo tenía ojos para aquella roncha que ya desaparecía bajo el cuello abotonado.

Pensó que ya había burlado dos veces a la muerte. La primera, en

Chicago. La segunda, sólo unos segundos antes junto a su propia casa. Aquel hijo de perra sin rostro había vuelto a ponerle la mano encima, a hacerle daño. Era la última vez que se libraba de Sam. Pisó con fuerza el acelerador. No pensaba permitir que nada ni nadie volviese a hacerle daño.

Jessica estaba ladeada en el asiento, con la mirada fija en la ventana trasera durante todo el trayecto. Podía sobrevivir a muchas cosas, pero no creía que perder a Harry fuese una de ellas.

* * *

—No me descubres nada, Virgil. La persona que le envió ese correo electrónico ha estado esta noche de visita en casa de Jess y ha intentado estrangularla. Ya imaginaba que lo habría enviado desde Kansas City.

Sam había salido a hurtadillas al aparcamiento de la clínica veterinaria para hacer aquella llamada en privado. Sentaba bien volver a ver el sol después del infierno de la noche anterior. Además, la sala de espera se estaba llenando de los clientes normales de cualquier mañana y de demasiados miembros de la familia Taylor para que Sam se sintiese necesitado o cómodo.

Todos eran cariñosos. No es que le intimidase su familia, pero representaban un inconveniente a la hora de volver a acercarse a Jess. Y aunque le hubiese gustado ser él quien la consolase, no creía que un enfrentamiento fuese a ayudarla en aquel momento.

No le molestaba que su familia la apoyase mientras estaba a la espera del pronóstico para Harry. La operación de urgencia a la que se le había sometido había conseguido detener la hemorragia, pero el corte había afectado a algunos nervios próximos a la tráquea, y estaban controlando su evolución para asegurarse de que podía respirar por sus propios medios.

Sus padres se habían presentado en la consulta cuando comenzaba a amanecer, y sus hermanos y un primo habían ido llegando con cuentagotas. Todos menos Cole.

Sam estaba a solas cuando recibió la llamada de Virgil.

—Por favor, dime que tienes algo más —le suplicó a su compañero

mientras avanzaba hacia las mesas de madera situadas junto al edificio.

—Puedo decirte desde qué lugar enviaron el correo, pero sin una descripción, no creo que el personal de la tienda pueda decirte qué cliente envió el mensaje.

—Pero si hasta pudo haberlo enviado uno de los empleados.

—¿Hay alguna posibilidad de que ella pudiese identificarlo si lo viese en la tienda?

No había vuelto a preguntarle si los sucesos de la noche anterior le habían hecho recuperar la memoria. Jess había estado demasiado pendiente del perro.

—Aún no lo sé. Mientras tanto, necesito que investigues otro nombre. Alex Templeton. Asesor de inversiones de Chicago. Según parece, le gustan las antigüedades.

Virgil repitió sus palabras mientras anotaba los datos.

—Templeton... Chicago... ¿Qué tengo que buscar exactamente?

—Su historial de viajes. Es un antiguo novio de Jess. Mira a ver qué encuentras también sobre su mujer, Catherine. Hay algo que no me huele bien.

—¿Quieres investigar a un antiguo novio? —bromeó Virgil—. ¿Estás seguro de que esto no se ha convertido en algo personal, irlandés?

Recordaba con claridad cómo Templeton había hecho caso omiso de la negativa de Jess, y cómo había tenido la desfachatez de echarle en cara que no lo recibiese con los brazos abiertos.

—Es algo personal desde el principio.

Virgil soltó un silbido largo y sonoro.

—Ten cuidado, amigo. La muerte de tu hermana te afectó mucho. No me gustaría volver a verte sufrir así.

—Ésta mujer no va a morir.

—No quería decir eso. Te conozco muy bien. Te has enamorado de Jessica Taylor. Te lo noto en la voz. ¿Podrás alejarte de ella cuando todo esto

acabe?

¿Alejarse? Sam era incapaz de pensar en otra cosa que no fuese atrapar al asesino de Kerry. Hacía mucho tiempo que era su único objetivo. Pero alejarse de Jess no era una opción que contemplase de momento. Soltó una carcajada para intentar ocultar sus sentimientos.

—Eres un aguafiestas, Virg.

Pero su risa no engañó a su compañero.

—Puedo tomarme unos días libres si necesitas que vaya a ayudarte con lo que sea.

—Ya me estás ayudando desde ahí. Gracias por preocuparte por mí.

—Si me necesitas, dímelo y me planto allí.

—Investiga a Templeton. Con eso me basta.

Cuando ya había colgado el teléfono, Sam se percató de que en la esquina del edificio había un hombre alto observándolo.

Por sus ojos azules y su pelo moreno reconoció en él a un Taylor.

—¿Eres hermano de Jess?

—El mayor. Brett Taylor. Toma —le entregó una camiseta. Señaló con la cabeza el hombro y el pecho de Sam—. Vas hecho un desastre.

—Sam O'Rourke. Encantado.

Brett sonrió y se le acercó un poco. Le había dado una camiseta con el logotipo de Construcciones Taylor a la altura del bolsillo. La de Sam estaba manchada de sangre de Harry y salpicada de barro seco.

—Siempre llevo una de repuesto en el coche —explicó Brett—. Debemos de usar la misma talla.

Era verdad. Sam no conocía a muchos hombres tan altos como él.

Se quitó la camiseta sucia y se puso la limpia.

—Así que tú eres el hombre que vive con Jessie.

Directo al grano.

—Trabajo para ella.

—¿Qué clase de operario necesita pistola para su trabajo? El ayudante

del veterinario dice que llevabas una cuando trajiste al perro anoche.

—Tengo licencia de armas.

A petición de Jess, había guardado su Sig Sauer en la guantera del coche. En contra de su voluntad, quería que su familia pensase que habían sido unos gamberros los que habían entrado en su propiedad, y que Harry había resultado herido mientras los perseguía.

No quería hacer referencia a los disparos ni al intento de estrangulación. Pero él no quería mentir sobre su identidad.

—Soy del FBI. Trabajo en Boston. He pedido un período de excedencia.

Brett procesó la información sin perder la sonrisa.

—O sea, que eres como un poli fuera de servicio.

—Más o menos.

Brett le tendió la mano.

—Pues me alegro de que estuvieses allí. Jessie dice que le salvaste la vida a Harry. Con lo que quiere a ese perro, podría decirse que también se la has salvado a ella. Gracias.

—Yo también me alegro de haber estado allí.

Pero el hermano mayor no quería irse sin lanzarle una advertencia.

—¿Para ella eres algo más que un empleado o un poli fuera de servicio?

—Tendrás que preguntarle a ella cuáles son sus sentimientos.

—Te lo pregunto a ti —Brett ya había dejado de sonreír—. Últimamente, mi hermana ha estado muy vulnerable. No me gustaría que nadie se aprovechase de eso.

—Es más fuerte de lo que pensáis —quería añadir más cosas en su defensa, contarle a su familia lo que había mejorado a nivel emocional, por no hablar de la mejoría física de unas heridas demasiado íntimas para describirlas. Pero le había prometido guardar aquel secreto—. No pretendo hacerle daño.

—Bien —Brett volvió a sonreír, aparentemente satisfecho con aquella respuesta—. No sabes cuánto me alegro.

* * *

Jessica acompañó a su madre hasta la camioneta familiar, mientras se aseguraba de que la suya seguía aparcada en el mismo lugar donde la dejaron durante la noche. Estaba cansada, estaba dolorida... pero Harry y ella seguían vivos. ¿Qué habría pasado si Sam no hubiese estado allí para protegerlos?

Por cierto, ¿dónde se había metido? Hacía casi una hora que Sam había desaparecido de la sala de espera. Brett también. Ojalá aquello no significase nada malo.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Martha. En su voz se notaba su preocupación—. La doctora Girard ha dicho que es mejor que Harry se quede unos días en observación, ¿no?

—Dice que se recuperará. Puedo venir a verlo todos los días, y lo más probable es que pueda llevármelo el jueves o el viernes.

—Me alegro. Entonces, seguramente estás preocupada por Sam.

—Mamá.

Aunque su reacción instintiva fue negar cualquier preocupación por Sam, su madre había dado en el clavo. Miró hacia el otro lado de la camioneta, donde su padre y sus hermanos estaban haciendo planes que incluían bocadillos y fútbol.

—Sam no se asusta fácilmente, pero...

—Pero todos juntos asustamos a cualquiera —admitió Martha, entendiendo la preocupación de Jessica—. Aunque me parece a mí que tu irlandés se desenvuelve muy bien solo.

—No es mi irlandés.

—¿Y no te gustaría que lo fuese? —Martha acercó su cabeza a la de su hija, bajando el volumen a poco más que un susurro—. Independientemente del vozarrón y del cuerpazo que tiene, creo que es un tipo en el que se puede confiar.

Aunque le costaba trabajo creer que era su madre quien había dicho lo

del «cuerpazo», Jessica tuvo que darle la razón.

—Se limita a hacer su trabajo, ¿no? —ya fuese como agente de la ley o como empleado, la había protegido de maravilla—. ¿Piensas que hay... algo entre nosotros?

—¿Es que no lo ves?

—¿El qué?

—Aunque no esté a tu lado, en ningún momento aparta los ojos de ti. Sam se ha pasado la noche aquí. Ahora se mantiene al margen porque quiere que tu familia se centre en ti, no en vosotros. Y ahí sigue. No hay nada como un hombre que está a tu lado cuando más lo necesitas. Es una de las cosas que más me gustan de tu padre.

Jessica sintió el deseo irrefrenable de sincerarse con su madre.

—Mamá, en marzo... en Chicago... pasó algo. Me... —le costó demasiado reunir el valor necesario para continuar. Vio asomar la preocupación a los ojos de su madre. Ella misma estaba a punto de echarse a llorar—. Sam... ha estado ayudándome a superarlo.

—Entonces, es un buen partido.

Un buen partido, claro. Si es que quería quedarse junto a ella una vez detenido su violador. Si es que quería quedarse con una loca como ella. Una relación así no podía ser fácil. Pero ella quería intentarlo... ya estaba preparada para intentarlo.

—Mamá, ya sabes lo mucho que os quiero a todos, pero...

—En cuanto tú me digas, me llevo de aquí a tu padre y a tus hermanos —desvió la mirada hacia los hombres de la familia, que se acercaban a saludar a Sam—. ¿Lo ves? Ahí sigue, de una pieza.

Aunque, después de dos noches seguidas de gamberrismo, no sé si podré evitar que se pasen a diario a comprobar si estás bien. Pero te daré algo de tiempo. Voy a proponerles un buen almuerzo casero. Así podrás hablar con Sam, y decirle todo lo que tengas que decirle. Y pedirle lo que quieras pedirle. Estoy segura de que te escuchará. Si es amor lo que sientes por él, te lo debes a ti misma.

¿Amor? Aquella palabra le sonaba rara. Sentía cosas que nunca había sentido con Alex. La idea de amar a Sam la asustaba y la ilusionaba al mismo tiempo. No se había planteado la posibilidad de que pudiese volver a enamorarse algún día.

—Mamá, no creo que pueda...

—Ánimo. Cuando necesites hablar de algo, aquí me tienes. Para lo que quieras —recalcó aquella frase con una mirada que sembró en Jessica la duda de si su madre no se imaginaría que la habían violado.

—Gracias, mamá. Lo haré. Pronto. Te lo prometo.

—Estoy detrás de ti —la voz de Sam la alertó de su presencia antes de sentir el roce de sus dedos contra su brazo —con Harry a salvo, será mejor que volvamos a tu casa para comprobar si la tormenta ha causado muchos desperfectos. Además, necesitas descansar. No has dormido en toda la noche. Los lunes no abres la tienda, ¿verdad?

—Eso es —tenía cita con la psicóloga, y varias cosas que hacer. Pero en aquel momento, las palabras «casa» y «descansar» y la posibilidad de hablar con Sam le parecían el mejor plan del mundo.

Jessica abrazó a su madre, tomándole la palabra sobre la posibilidad de retener a sus hermanos.

—Dame un par de horas antes de enviar refuerzos.

—Haré lo que pueda.

Ahora Martha era una mujer con una misión que cumplir. Tomó a Sam de la mano.

—Gracias por ayudar a Jessie. Sé que está en buenas manos. —se puso de puntillas y besó a Sam en la mejilla. El irlandés se ruborizó por debajo de su incipiente barba. Martha le guiñó un ojo a su hija—. Llámame esta noche.

Y se fue tan campante. Agarró a su marido por el brazo y dijo algo que hizo que sus hijos se arremolinaran a su alrededor en la acera.

Sam ayudó a Jessica a subir a la camioneta y dio la vuelta para ponerse al volante. Una vez cerradas las puertas y el motor en marcha, dejó escapar un suspiro.

—¿A qué ha venido eso? Hacía años que no me ganaba el beso de una madre.

—Le caes bien.

—Me alegro de caerle bien a alguien.

Aquello sólo podía querer decir que había sido interrogado, examinado y prevenido por sus hermanos. Impulsivamente, Jessica se estiró en el asiento delantero, apoyó la mano en su cara sin afeitar y lo besó. No fue un beso largo, ni especialmente sensual, pero tampoco pretendía serlo. Era un beso confiado, cariñoso, y totalmente espontáneo.

—¿Y eso? —la pregunta consiguió arrancarle una sonrisa.

¿Cuáles habían sido las palabras de su madre?

—Por haber estado a mi lado cuando te necesitaba. Sé que podrías haber perseguido a esos hombres, o haber buscado pruebas, pero te quedaste junto a mí.

—Quería estar junto a ti.

¿Como un agente que protegía a su testigo o como un hombre que protegía a su mujer? Su madre parecía estar convencida de lo último. Jessica dejó reposar su cabeza en el hombro de Sam.

—¿Necesitas calor corporal? —bromeó.

Jessica asintió. Pero no era lo único que deseaba.

Sam extendió el brazo, dispuesto a ponerle la mano sobre la rodilla, pero se detuvo.

—¿Puedo?

Ella empujó su mano hacia abajo y dejó que su enorme mano se posase sobre su pierna. Sam la atrajo hacia sí. Le acercó la boca al oído y le susurró unas palabras que le llenaron el corazón y conmovieron el lado más femenino de su persona.

—Me he pasado la noche deseando abrazarte.

—Y yo necesitaba que me abrazases.

Siete pares de ojos los observaban a través del parabrisas de la

camioneta. A ella no le importó.

—Vámonos a casa.

Capítulo 11

La camioneta dio una ligera sacudida y Jessica se despertó sobresaltada. Levantó la mejilla del hombro de Sam y se incorporó, mientras se retiraba el pelo de la cara con la mano. Una mirada rápida en el retrovisor le reveló la marca que le había dejado en la cara la correa de la pistolera de Sam.

«¿Pistolera?»

Un momento. ¿Dónde estaba? ¿Qué había estado haciendo? ¿Cuándo se había colocado Sam la pistola?

Casi habían llegado. ¿Qué se había perdido?

—Perdón —se disculpó. Se desabrochó el cinturón de seguridad y se desplazó al asiento del copiloto. Un poco de espacio entre ellos la ayudaría a pensar con claridad. Quizá se había tomado demasiadas confianzas al acurrucarse contra él—. No era mi intención aprovecharme.

—Que yo sepa, no me he quejado.

Se dio un masaje suave en la cara y se quedó mirando la correa de cuero negro de la pistolera.

—¿Pasa algo?

Le bastó una mirada fugaz para saber qué era lo que le estaba preguntando.

—A partir de ahora, quiero llevarla siempre encima. No pienso correr más riesgos con ese tipo. De ahora en adelante, yo soy tu perro guardián oficial hasta que Harry vuelva a casa.

—¿Crees que volverá? —los dos sabían que no se refería al perro.

—Sé que lo hará. Y esta vez será más astuto. Ya ha utilizado la tapadera de la ciudad para llevar a cabo una agresión anónima. Anoche se sirvió de la

tormenta y de un par de ladrones de medio pelo para distraer nuestra atención. La próxima vez no lo conseguirá, aunque estoy convencido de que no va a darse por vencido así como así. Pero estaré listo para recibirlo.

Sam no era el único decidido a acabar con aquello cuanto antes.

—Estaremos listos.

Sam apartó la mirada de la carretera y la escrutó tan profundamente con aquellos ojos helados que Jessica se llevó una mano al regazo como reacción instintiva.

—Eso significa que tendré que estar junto a ti las veinticuatro horas del día, siete días a la semana. ¿Estás preparada para eso? Sé que te gusta disponer de tu espacio, y también sé que es probable que lo que está sucediendo entre nosotros te dé tanto miedo como me da a mí. Pero no pienso irme hasta que todo esto haya acabado.

O sea, que pensaba irse cuando todo hubiese acabado. La idea de que no tuviese motivo alguno para quedarse una vez detenido su agresor se añadía a la lista de preocupaciones y dudas sobre su feminidad.

Pero la parte lógica de su cerebro le recordó aquel beso incomparable. Las caricias agradables y las miradas tórridas. Y la idea de que, por molesto que pudiese ser, el talento de su madre a la hora de predecir las futuras parejas de sus hijos estaba fuera de toda duda.

Coronaron la loma frente a la granja de los Phillips, y se vieron sorprendidos por los estragos causados por la tormenta de la noche anterior, que había destrozado los campos llenos de maíz maduro.

—No entiendo mucho de cosechas —dijo Sam meneando la cabeza—, pero esto no puede ser bueno.

La granja de los Kent, en el lado contrario de la carretera, estaba en el mismo estado. Pero con el dinero de Trudy y las inversiones inmobiliarias de Charles, el daño sería sólo una molestia menor. Para los Phillips podía significar el desastre más absoluto. Le daría a Derek todo el tiempo libre que necesitase para ayudar a su familia.

Y aunque resultaba más sencillo centrarse en los problemas de los

demás, Jessica no era de las que olvidaban un reto debido a su dificultad. Había luchado contra su violador y contra el agresor de la pasada noche. Había buscado asesoramiento profesional para superar su trauma y su amnesia. Protegía a su familia de sus propias buenas intenciones.

Y aunque le daban miedo, no podía pasar por alto sus sentimientos hacia Sam O'Rourke.

—¿Qué está sucediendo entre nosotros? —preguntó.

—Menos cosas de las que me gustaría —torció el gesto—. Perdón. La verdad es que la pregunta te ha quedado un poco cursi. Vine a hacer un trabajo. A atrapar a un asesino. A utilizarte, si era necesario.

Su cara mostraba cuán arrepentido estaba. No necesitaba disculparse por su tapadera inicial, ella se lo notaba en la mirada.

—Esperabas que fuese tu testigo estrella y te ayudase a resolver el caso. En lugar de eso, te encontraste con una ermitaña que no recordaba lo que necesitabas saber.

—Conocí a una mujer preciosa a la que le sobraban razones para tener miedo y aun así estaba dispuesta a hacer todo lo posible para protegerse a sí misma y a sus seres queridos —la descripción de sus excentricidades parecían alabanzas en su boca—. Además, empiezas a recordar cosas. Poco a poco. Ya llegará.

Pasaron por debajo del arco de ladrillo que daba entrada a su propiedad. Ahora era a ella a quien le tocaba expresar su arrepentimiento.

—Estaría bien recordarlo todo antes de que vuelva. Eso es lo que más miedo me da: no ver al enemigo venir. Podría estar mirándome a la cara sin que yo supiera que se trata de él.

—Lo sabremos.

Había tanta fuerza, tanto consuelo en sus palabras.

—Sam... Anoche elegiste quedarte a mi lado, y te lo agradezco. Pero si vuelve a suceder algo así, si tienes que elegir entre protegerme o capturarlo...

—Cuidaré de ti. Te lo prometo.

—... quiero que vayas a por él.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Jess...

—Prométemelo. Ha matado ya a cinco mujeres, y ahora quiere matarme a mí. Un hombre así, lleno de rabia pero lo suficientemente inteligente para ocultarse tras una máscara y llevar un preservativo cuando ataca... volverá a matar. Y yo me sentiría tan culpable que mi vida sería un infierno al saber que estaba libre porque tú te habías parado a salvarme.

Sam frenó al llegar al aparcamiento y se desabrochó el cinturón de seguridad. Apagó el motor y se giró en el asiento. Un conflicto de prioridades lo consumía por dentro.

—No quiero que te haga daño.

—Ya me lo ha hecho —los dos sabían que estaba hablando de algo más que los arañazos y las magulladuras de la noche anterior—. No quiero que se lo haga a nadie más. Prométemelo, Sam.

El largo silencio que siguió a sus palabras resonó por toda la furgoneta y retumbó en sus oídos. Sam dejó reposar una mano sobre un muslo, y con la otra comenzó a rascarse la barbilla. Volvió a mirarla. Se debatía. Ella seguía esperando. La semilla de una promesa comenzó a dibujarse en sus ojos. Sus palabras eran firmes, aunque no estaban exentas de emoción.

—Lo atraparé. Pase lo que pase. Te lo prometo.

Podía confiar en otra persona, sabía que existía una posibilidad de poner fin a su pesadilla. Aquella sensación la hizo temblar, pues era aterradora y liberadora a partes iguales. En lugar de llorar, se dejó llevar por un impulso que no había sentido en mucho tiempo.

Se acercó a él, le pasó los brazos por detrás del cuello y lo abrazó fuerte.

—Gracias.

—No sé si entiendes lo que me estás pidiendo. Cuando todo esto empezó... hace meses, la noche que vi a Kerry en el depósito de cadáveres... deseé verlo muerto. Tengo muy buena puntería. Podía hacerlo. Sólo necesitaba saber quién era. En mi defensa, hubiese dicho que se había

resistido. Quería que se resistiese. Pero ahora... No contaba con ser... parte de la historia.

Jessica se apartó de él para poder leer la verdad en sus ojos.

—Ese desgraciado me quitó lo único que me quedaba de mi familia. No quiero perderte a ti también.

Le ofreció una sonrisa serena. Entendía su rabia, su dolor.

—Ni yo quiero que me pierdas —lo tranquilizó—. Lo único que te pido es que si te ves en la disyuntiva... no lo dejes escapar.

—No escapará.

«Pídele lo que quieras pedirle. Estoy segura de que te escuchará». Las palabras de su madre volvían a sonar en su cabeza.

—Sam, ¿te apetece besarme?

Se le iluminaron los ojos.

—Me muero de ganas —se le relajó la cara con una sonrisa. Y se acercó a ella. Y siguió acercándose—. Si voy demasiado deprisa... —acabó la frase cerrando su boca sobre la de Jessica.

Al principio fue un beso tan dulce, suave y comedido como lo había sido el primero. Resultaba conmovedor comprobar que toda su fuerza, toda su pasión pudiesen condensarse en un beso tan tierno y respetuoso. Poco a poco, ella se fue sintiendo más cómoda, más atrevida. Deslizó sus dedos por el cuello de Sam, por su pelo, acariciando aquel material sedoso y disfrutando del aroma embriagador que hacía de Sam O'Rourke el hombre que era. El hombre al que ella deseaba.

Un solo pensamiento dirigía su voluntad: «Más». Le susurró la palabra en sus mismos labios:

—Más.

—Sí, cariño.

La colocó sobre su regazo, pasándole una mano por debajo de las piernas y otra por detrás de la espalda, levantándola, atrayéndola hacia su entrepierna. Recorrió el borde de sus labios con la lengua, para acto seguido introducirla en la cueva húmeda de su boca.

Todo lo que antes había sido contención era ahora pasión devoradora.

Los pechos de Jessica se apretaron contra Sam. Su calor se contagió a los pezones de ella y los puso duros, encendiendo una mecha de deseo que la recorrió entera, generando un calor húmedo y espeso en ciertas partes de su cuerpo que no se habían sentido vivas y llenas de necesidad desde aquella noche horrible.

—Quiero sentir tu piel —pero sus manos siguieron agarradas a la cintura de sus pantalones, negándose a continuar.

—No tienes que preguntar cada vez que quieras hacer algo.

—Sí —siguió hablando con un hilo de voz mientras le regalaba delicados besos—. Yo no soy... como... él. No hago las cosas... sin permiso.

—Tú no eres como él.

Podría haberle explicado la diferencia entre un acto sexual y un acto violento. Podría haberle recordado todas las ocasiones en las que se había contenido, o que le había anunciado que pensaba tocarla para no asustarla. Podría haberle recordado que era ella quien le había pedido que la besara.

Tan sólo unos segundos después ya estaba quitándole la camisa y tirándola a un lado. El aire fresco del otoño se posó sobre su piel desnuda y dejó un rastro de vello erizado a su paso. Pero antes de que pudiese darse cuenta, las manos de Sam ya estaban allí, atrayéndola hacia sí.

—Eres preciosa —murmuró, alabándola con sus palabras, sus labios y sus manos—. Tan suave, tan perfecta, tan... preciosa.

Jessica le deslizó las manos por debajo de la camisa y pidió poder disfrutar de las mismas libertades que él.

Con un gemido de satisfacción, Sam los desplazó a ambos hacia el centro del asiento de tres plazas de la camioneta, dándoles más espacio para moverse. Sus dedos se colaron por debajo del sujetador, se abrieron paso a través de su cabello, se hundieron en sus pantalones para tocarle las nalgas. Jessica recorrió su vientre liso, dejó que sus dedos se perdieran entre el vello de su pecho, palparan los músculos de sus hombros...

Cualquier contacto era válido con tal de embriagar los sentidos.

Y sus bocas seguían fundidas en un beso que parecía no tener fin.

Los aromas y los sonidos de su pasión llenaban la cabina de la furgoneta y reverberaban en sus sentidos. El calor, el olor, los suspiros y los jadeos.

Sam dejó caer la mano entre sus piernas y avanzó hasta el interior del muslo, masajeándola a través de los vaqueros, enviando punzadas de placer hasta el punto desde el cual parecían fluir todas aquellas oleadas de calor.

Le resultaba liberador volver a sentirse como una mujer. Era como si hubiese estado todo ese tiempo hibernada, aletargada durante meses y meses. Sam era el rayo de sol que la había despertado, el hambre que la había impulsado a salir de su cueva y volver a la vida.

Sus dedos juguetearon con el botón de los pantalones de Sam, pero no fueron más allá. Se agarró a sus hombros y abrió su cuerpo a su boca.

Con una mano detrás de su cabeza y otra en su cintura, Sam cerró sus labios alrededor de uno de sus pezones hinchados, humedeciendo el algodón del sujetador con la lengua. Apartó la tela y succionó con deleite. La punta del pezón se puso aún más dura cuando apartó la boca y el aire fresco entró en contacto con su piel.

Jessica echó la cabeza hacia atrás mientras él besaba la turgencia de sus senos. Le salpicó de breves besos el escote hasta llegar al hueco en la base del cuello, donde ejerció una ligera presión sin dejar de besarla.

El primero de los besos en el cuello se mezcló con la pasión que la consumía. Pero cuando empezó a sentir la presión una segunda vez, algo explotó dentro de su cabeza con tal claridad que eclipsó cualquier pensamiento consciente.

«No puedo respirar. Me aprieta mucho.»

—¡No!

De pronto, era él quien estaba allí. Llevaba colgada una cadena de plata. Aquel dolor insoportable forzaba cada tendón y articulación más allá de sus límites. El gorro de lana con olor a humedad y naftalina se acercaba a su nariz mientras le gritaba al oído cosas horribles y asquerosas.

—¡Para!

Intentó arañar aquella cara que tenía tan cerca. Golpeó unos brazos demasiado fuertes.

—¡Suéltame!

Aquel dichoso gato le saltó a la cara. Intentó alejarse a toda costa de su presencia sofocante.

—¡Para!

—¡Jess! —unas manos como tenazas la agarraron por las muñecas—. ¡Jess, soy yo! —una voz la llamaba a través de la distancia y el tiempo—. ¡Maldita sea, Jess! ¡Abre los ojos! ¡Soy Sam! No voy a hacerte daño. Soy Sam.

«Jess. La había llamado Jess. No puta» El oxígeno y la cordura volvieron con un grito ahogado.

—¿Sam?

Aquellos ojos, grises e inescrutables como dos puertas de acero, la miraban fijamente con una intensidad que no mostraba piedad por los demonios que la atormentaban. Jessica rehuyó la intensidad de aquella mirada, esforzándose por ver al hombre y no al monstruo.

Una voz con acento irlandés susurraba su nombre una y otra vez, hasta que ella supo quién era. Y dónde estaba. Y lo que había hecho.

—¡Sam! —en el preciso momento en que Sam supo que estaba de vuelta con él, la soltó y se incorporó.

Sintiéndose humillada, Jessica retrocedió y se pegó a la pared de la cabina. El contacto de la chapa metálica le hizo dar un respingo. Tiró de sus pantalones hacia arriba y recuperó la camisa, que apretó contra su pecho desnudo como si de una armadura se tratase.

—Lo siento —se apartó el pelo de la cara y se acurrucó todo lo que pudo —. Lo siento mucho.

—¿Estás bien? —le preguntó Sam, mientras retrocedía aún más hacia su asiento e intentaba recuperar el aliento. Los cuatro arañazos que le había dejado como recordatorio junto a la barbilla brillaban como cuatro senderos carmesíes.

¿Estaba bien?

—Te he hecho daño. Lo siento —instintivamente, extendió el brazo, pero no llegó a tocarlo. Las lágrimas le quemaban en las mejillas—. Dios mío, Sam. Temía que pudiera pasar esto. Lo que deseo y lo que puedo ofrecer no son... —sus ojos se posaron sobre su prominente erección bajo los pantalones—. Te he dejado... Lo siento mucho.

—Como vuelvas a disculparte una vez más...

—Vas a pensar que soy un bicho raro, o una calienta...

—Te he dicho que si iba demasiado deprisa, pararía. No me he dado cuenta... —entornó los ojos al comprobar su reacción—. No he sido yo, ¿verdad? He hecho algo que te ha recordado a él.

—El cuello. Cuando he sentido la presión... No me has hecho daño, pero de repente he sentido que me faltaba el aliento. Y estaba... allí. No aquí, contigo.

Sam, su protector, su aspirante a amante, giró la cabeza para mirar por la ventana. Cuando volvió a dirigirle la mirada, eran los ojos del agente federal los que tenía frente a ella.

—¿Has recordado algo? ¿Algún detalle que nos sirva de ayuda?

Su «sí» fue acallado por un sollozo.

—Lo siento mucho, pero tenemos que hablar del tema.

—Lo sé, pero...

—Nada de peros. Ya hablaremos luego. Cuando estés lista —se movió incómodo en su asiento—. Cuando me haya duchado.

Su sollozo se transformó en una risa forzada.

—¿Vas a darte una ducha fría? Uy, lo sien...

—¡Jess! —le dio una palmada amistosa en la nuca—. Voy a besarte.

Se acercó de nuevo a ella y le dio un beso breve. Tan breve que cuando quiso darse cuenta, Sam ya se había apartado.

—Que quede claro que no ha sido culpa tuya. No estoy enfadado contigo. Lo que me cabrea es todo el daño que te han hecho. Eres una mujer

apasionada y valiente. Hace unos minutos lo has vuelto a descubrir. Y a mí... se me ha olvidado. He intentado conseguir lo que tanto deseaba sin tener en cuenta lo que podía suceder —dejó escapar un suspiro tranquilizador—. No pretendía asustarte.

—No has sido tú —insistió—. Ha sido él.

Pero no estaba dispuesto a aceptar sus disculpas más de lo que Jessica lo estaba a aceptar las suyas. Aparentemente, el tema quedaba zanjado. Al igual que la tormenta de la noche anterior, tras la tempestad reinaba una calma absoluta.

—Tenemos que comprobar si la tormenta causó desperfectos, y descansar un poco. Ya hablaremos después. Ahora eres tú quien tiene que prometerme algo.

Imposible negarse.

—Después —contestó mansamente—. Te lo prometo.

Pareció satisfecho con la respuesta.

—Voy a ducharme en mi apartamento. Quiero que te encierres en casa hasta que haya acabado. Después, inspeccionaremos juntos la finca, ¿entendido?

Asintió. Se secó las lágrimas con la manga de la camisa. Después, la sacudió y volvió a ponérsela.

Sam esperó a que ella saliese primero. A continuación, bajó de la camioneta y la acompañó hasta la casa. Él entró primero para asegurarse de que estaba vacía. Después, esperó en el porche hasta que ella hubo corrido el cerrojo al otro lado de la puerta.

Lo primero que hizo Jess fue darse una ducha. En cuanto se puso debajo del chorro de agua, comenzó a llorar.

Lloró por Harry. Lloró por Sam. Lloró por su hermana, Kerry, y por las demás mujeres cuyas muertes quería vengar. Lloró por la mujer que ya no era, la mujer de la que Sam podría haberse enamorado.

Cuando el agua comenzó a salir fría, cerró el grifo, agarró una toalla y se dirigió a su dormitorio para vestirse. Aquella sensación de debilidad la

atormentaba. Durante unos minutos entre los brazos de Sam había estado en el cielo. Era normal. Estaba viva. Estaba enamorada.

Ahora no era más que un manojo tembloroso de dudas, consumida por el pesar y por el infierno que volvía a tomar cuerpo en su cabeza.

Capítulo 12

Jess sacó al porche una jarra de limonada fresca y rellenó el vaso de Sam y el de sus invitados, un rubio altísimo que no paraba de bromear y un hispano fornido cuya mirada parecía poner en duda la sonrisa forzada de Jess tanto como Sam.

El hermano pequeño de Jess, Josh, inspector del Departamento de Policía de Kansas City y su compañero, A.J. Rodríguez, se habían pasado por la finca con la excusa de que estaban «por allí cerca». Jess saludó a los dos hombres con un abrazo, los acusó de ser unos mentirosos y los puso a trabajar enseguida.

Sam ya había sustituido algunas tejas que la tormenta había arrancado del tejado de la casa. Jess había examinado la calesa que se había caído de la camioneta de los ladrones y había decidido que no valía la pena repararla. Podía rescatar alguna de sus piezas para revenderlas, pero en su mayoría estaba para el desguace.

Sam se percató de que su sonrisa desapareció en cuanto Josh y A.J. le dieron la espalda y se dirigieron hacia el cobertizo por el camino de grava. Pensó que aprovecharían para investigar un poco. Aunque habían sido muy amables con él, sabía que los ladrones y los gamberros no eran lo único que preocupaba a Josh Taylor.

Pasado un rato, la sonrisa volvió al rostro de Jess mientras les servía el almuerzo, aunque ella apenas tocó su plato. Josh era tan hablador como A.J. reservado, pero ambos habían entablado una conversación animada que sólo exigía una intervención esporádica de Jess o de Sam.

Sí, habían informado al sheriff Hancock de la camioneta con la luz destrozada. No, Jess no necesitaba que ninguno de sus hermanos vigilase su

propiedad las veinticuatro horas, aunque Sam admitió que aquella noche no le vendrían mal un par de ojos más para poder descansar un rato.

Por mucho que mirase a Jess para convencerla telepáticamente de que les contase la verdad a su familia y amigos, ella no hizo referencia a su agresión. Que los Taylor supiesen, estaban buscando a una banda de ladrones y gamberros.

Y a un manitas del FBI con los ojos puestos en su hermana.

Sam ya no ocultaba el hecho de que pertenecía al FBI, aunque respetó la voluntad de Jess y no mencionó la verdadera razón que lo había llevado hasta allí. Iba armado, a pesar del roce de la pistolera contra los hombros mientras cortaba ramas caídas y transportaba la madera hasta la pila de la leña. Si los Taylor querían pensar en él como un agente fuera de servicio que se ganaba un dinero extra trabajando como guardaespaldas, a él no le importaba. Iba a cumplir su promesa de atrapar al hombre que había agredido a Jess. Con su colaboración o sin ella.

Lo que sucediese después dependería de Jessica.

—Deberíamos volver —A.J. le señaló el reloj a Josh.

Josh se acabó la limonada y se puso en pie.

—No creas que porque el comisario sea el primo Mitch puede uno entretenerse más de la cuenta almorzando. Más bien al contrario.

Jess se levantó de la silla y le ayudó a ponerse la chaqueta. Volvía a sonreír. Pero el esfuerzo que tenía que realizar era tremendo.

—Ya conoces a Mitch, es un tío muy eficiente. Nos gusta que sea así de duro, por eso lo queremos tanto.

—Me ha alegrado mucho volver a verte, Jessie —A.J. se tocó la punta de la gorra en señal de saludo—. Vamos, colega —señaló con el dedo a Josh, y se encaminó hacia el coche negro en el que habían llegado.

—Esta noche vendrá uno de nosotros —le prometió su hermano mientras la abrazaba—. Ni te enterarás de que estamos aquí. Así podrás descansar un poco.

—Lo intentaré.

—Te quiero.

—Yo también. Saluda a Rachel y a Anne-Marie de mi parte.

—Sam —le estrechó la mano a Sam—. Hay algo en ti que no me cuadra. ¿Qué ha venido a hacer aquí un tío de Boston?

—Josh —la advertencia de Jess cayó en saco roto.

Soltó la mano de Sam, pero entornó los ojos.

—A menos que estés intentando conquistar a esta chica. A lo mejor os conocisteis en uno de sus viajes y ahora has venido a...

—Joshua Taylor.

Aquella vez, la advertencia de su hermana hizo que se callase. La señaló con el pulgar.

—Te lo advierto, es muy tozuda.

Sam no pudo resistirse.

—¿Tú crees?

Cuando Josh se rió con su contestación, a Sam se le pasó por la cabeza la idea de que aquel tipo podría llegar a caerle bien. Pensó que, en otras circunstancias, su respeto hacia los Taylor podría haberse convertido en amistad.

Pero aquéllas no eran otras circunstancias. Para ellos, Sam podía constituir una amenaza tanto como el enemigo del que intentaba protegerla.

—Cuida de ella —le recordó Josh.

—Lo haré.

En cuanto el Trans Am negro se hubo perdido de vista, Jess se sentó en una silla. Su postura dejaba adivinar un agotamiento tanto físico como emocional.

—¿Jess? —subió al porche y se arrodilló junto a ella—. ¿Te encuentras bien?

—A veces pienso que nunca me pondré bien.

—Deberías contarle a tu familia lo que te pasa. Es una carga demasiado

pesada para llevarla tú sola.

Jess negó con la cabeza.

—Esta mañana lo he intentado con mi madre, pero he sido incapaz. Me da miedo que alguno de ellos, o todos, lo conviertan en algo personal. Que dejen de lado sus trabajos y a sus familias y amigos para ayudar a su hermana.

—¿Como he hecho yo?

—No quería...

—Josh tiene razón. Necesitas dormir. ¿Por qué no entras y te tumbas un rato? Si puedes dormir de un tirón toda la noche, mejor que mejor. Yo acabaré de ordenar esto.

—Te he prometido que te contaría lo que recuerdo.

—Eso puede esperar. Ahora quiero que descanses. Después, podrás pensar con más claridad. La vas a necesitar para contestar a mis preguntas.

Jess asintió. Se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Tú llevas levantado tanto tiempo como yo. También necesitas dormir.

—Me acostaré en cuanto sepa que uno de tus hermanos está montando guardia ahí fuera. Ya hablaremos mañana.

Jess observó su boca. Se quedó mirándola como si algo le hubiese llamado la atención. Sam sintió que el calor volvía a aquella parte de su cuerpo. Deseaba saborear ese mismo calor en sus labios. Pero entonces pestañeó y se giró hacia la puerta abierta, sofocando aquel fuego repentino.

—Hasta mañana.

Sam la vio alejarse. Besarla era en aquel momento una vana esperanza. Abrazarla estaba prohibido. Enamorarse de ella tampoco parecía la mejor opción.

Lo que Jess necesitaba era un hombre refinado y paciente que la quisiese, un compañero poco apasionado que la ayudase a curarse. No necesitaba a un tipo ansioso como él que la viese como una mujer deseable y sensual. Un hombre que la deseaba en cuerpo y alma mucho más de lo que una ducha fría podía calmar.

Cuando la puerta se cerró delante de él, lo interpretó como una señal. Había ido hasta allí sólo unos días atrás con intención de utilizarla para sus propósitos, pero había comprendido que no era venganza lo que buscaba. Buscaba amor. Buscaba volver a tener una familia. Buscaba a Jessica Taylor.

* * *

Jessica se había acostado con una camiseta y unas bragas. A pesar de la vorágine de sus sentimientos, el cansancio la obligó a caer en un sueño profundo durante dos horas.

Estaba desorientada cuando oyó el teléfono que sonaba junto a la cama. El reloj marcaba las cinco de la tarde, pero como no había ninguna luz encendida, parecía mucho más tarde.

El teléfono sonaba por cuarta vez cuando la puerta de abajo se abrió y Sam entró corriendo para contestar.

—Lo tengo aquí arriba, Sam.

—No quería despertarte. Estabas durmiendo a pierna suelta —gritó Sam desde el piso de abajo.

—Tengo un negocio que sacar adelante, ya contesto yo.

Volvió a donde estaba el teléfono inalámbrico y le dio a un botón para apagar el contestador.

—Antigüedades Log Cabin. Soy Jessica.

Afortunadamente, era una voz conocida.

—¿Jessica? Soy Charles Kent. No sabía si estarías en casa.

—Estaba ocupada. Perdona que no haya contestado antes —se acercó hasta la escalera para indicarle a Sam que podía marcharse, que no había de qué preocuparse. No se movió, cumpliendo con su promesa de ser su perro guardián temporal—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Dos cosas. En primer lugar, me horroriza esta ola de delincuencia en nuestra comunidad. El sheriff Hancock ha estado aquí esta mañana preguntando por uno de los hombres a los que contraté para mi arboreto. Me ha dicho que han entrado en tu propiedad. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Unos gamberros me estropearon parte del género, pero gracias a Sam no robaron nada. El seguro lo cubrirá todo —no quería que sus problemas se convirtieran en la comidilla del vecindario, pero algo de lo que Charles había dicho le había llamado la atención—. ¿Dices que el sheriff ha estado ahí? ¿Por quién preguntaba?

—Por el chico de los Phillips.

—¿Derek?

—Hancock dice que sospechaba algo de su camioneta. Le preguntó cuáles habían sido sus movimientos estos últimos días. Si va a darme problemas, tendré que despedirlo.

—Derek es buena gente —al menos, eso pensaba. Jessica se puso firme. Miró hacia abajo y se encontró con Sam mirándola fijamente, como si él también hubiese intuido que algo importante estaba a punto de suceder—. Por las tardes, entrena hasta las seis. Después, vuelve a casa y trabaja en la granja de sus padres. Estuvo aquí trabajando el domingo por la tarde. ¿Cuándo le queda tiempo para trabajar para ti?

—Estuvo aquí el sábado y trasplantó unos árboles. Ha estado trabajando para mí, junto a otros hombres y de manera intermitente, estas últimas semanas. Creo que a su padre no le van demasiado bien las cosas. Ha llegado a ofrecerme la venta de unas cuantas hectáreas de sus tierras. Deben de andar mal de dinero.

—No tenía ni idea de que les fuesen tan mal las cosas —su preocupación por los Phillips se transformó inmediatamente en sospecha. Derek sabía dónde estaba el almacén. Sabía cuáles eran los objetos de más valor. ¿Pero... «Muere, puta»?

—¿Jessica?

Volvió a centrarse en la conversación. Necesitaba ponerle fin cuanto antes y compartir la información con Sam.

—Perdona. ¿Has dicho que eran dos cosas?

—Como ya sabes, mi arboreto tiene una zona para sentarse, para que los invitados descansen o estudien la flora. Me he enterado de que mañana

subastan en Mission Hills unos muebles de los años cuarenta.

Meneó la cabeza, sin comprender del todo qué le estaba pidiendo.

—Suena bien.

—El albacea me ha dicho que puedo ir esta noche para comprobar si es exactamente lo que ando buscando.

—Yo no me lo pensaría —Mission Hills era uno de los barrios más ricos de Kansas City—. Seguro que el material vale la pena. Y si encima te dan la oportunidad de verlo antes de salir a subasta...

—¿Podrías acompañarme a verlo? Tu experiencia me vendría bien para tasarlo y evaluar su estado, y para que me digas si el precio es justo. Ya sabes que sólo quiero lo mejor, pero no me gusta que me engañen.

—¿Esta noche?

—Ya sé que te aviso con poco tiempo de antelación. Acaban de decírmelo. Te pagaré por el tiempo invertido como consejera, claro. Si quieres, luego podemos ir a cenar a algún sitio.

Su oferta de trabajo empezaba a parecerse a una cita. No era la primera vez que le daba esa impresión. Pero Charles era un amigo. Charles era aburrido. Charles no era Sam. Y si no conseguía que funcionase su relación con el hombre con el que deseaba estar... Se encogió de hombros.

—No estoy segura de...

Sam negó con la cabeza. Juntó las manos y apoyó la mejilla contra ellas. Le estaba recordando que aquella noche debía dedicarla a dormir.

—No puedo, Charles. Estoy agotada de haberme pasado la noche en el veterinario.

—¿Con tu perro? —Charles parecía más molesto que decepcionado. Seguramente no contaba con que un perro pudiese desbaratarle los planes. Sospechó que su pregunta se debía más a una cuestión de cortesía que a una preocupación real—. ¿Le pasa algo?

—Anoche se hizo una herida —estuvo a punto de añadir que lo habían herido al intentar salvarle la vida, pero optó por dar una explicación más vaga— mientras vigilaba la casa.

—Vaya... ¿Y mañana? Puedo llamar y pedirle que no lo saque a subasta hasta que lo hayas visto.

Se le acababan las excusas. Para entonces ya estaría descansada. Charles era un amigo. Y tasar antigüedades formaba parte de su trabajo.

—Mañana me viene bien.

—Excelente. Ven a casa a comer. Después iremos en mi coche a la ciudad.

—Allí estaré. Adiós.

Cuando apagó el teléfono, Sam seguía mirándola, esperando respuestas.

—¿Y bien?

—Charles Kent quiere que le aconseje sobre unos muebles. Mañana a mediodía iré a su casa. Le ha molestado un poco que no le haya acompañado esta noche.

—¿Ah, sí? —parecía más interesado en sus sospechas sobre Derek Phillips—. ¿Qué más?

—Un segundo —dejó el teléfono y se puso los pantalones. Bajó descalza por las escaleras de madera.

Sam seguía esperando, con todos sus sentidos alerta.

—¿Qué pasa con Derek Phillips?

—Charles dice que el sheriff Hancock le ha preguntado por él. Creo que Derek ha estado trabajando también en la finca de los Kent. La luz trasera que te cargaste anoche... podría ser la de la camioneta de Derek. Él y un amigo suyo podrían ser los gamberros que buscamos.

No sabía si sentirse decepcionada ante el hecho de que su vecino fuese uno de los sospechosos o animada por ver que la investigación daba sus frutos.

—El chaval está colado por ti, pero tú lo tratas como a un hermano. Quizá quería de ti algo que tú no estabas dispuesta a darle. O quería castigarte por no pensar en él como un hombre —apuntó una horrible posibilidad—. Dijo que su equipo viajaba a otros estados.

—Puede que a Chicago sí, pero no a Boston ni a cualquiera de los otros sitios donde asesinaron a las otras mujeres.

—Es un chico corpulento. Podría dominarte fácilmente. Pero estoy abierto a otras posibilidades. ¿Alguna idea?

Aquello era demasiado inquietante. Deseaba encontrar consuelo en brazos de Sam, pero no se atrevía, después de lo sucedido aquella mañana.

—Si Derek era uno de los gamberros, es probable que alguien le pagase para hacerlo. Charles dice que su familia anda mal de dinero, pero no creo que él sea el violador.

—Me has pedido que detenga a ese tipo. Para hacerlo, necesito pruebas. Si Derek es uno de los gamberros que pintó ese mensaje, sabrá algo del hombre que le pidió hacerlo —la mirada de Sam se había vuelto fría. Inconscientemente, Jessica bajó la vista hasta el arma que colgaba por debajo de su brazo izquierdo—. Creo que voy a hacerle una visita.

—Esta noche no, Sam —¿sería capaz de utilizar aquella pistola con Derek si estuviese seguro de que el chico era quien la había agredido a ella o a su hermana? ¿Le concedería el beneficio de la duda?—. Has dicho que esta noche había que descansar. Necesito que te quedes conmigo, por favor.

Su petición lo sorprendió. Sus ojos se inundaron de color, pero un segundo después pestañeó y la emoción desapareció de su mirada.

—Está bien. Ya iré mañana. Te llevaré a casa de los Kent y luego iré a ver a Derek para hacerle unas cuantas preguntas. Esta noche me quedaré contigo.

* * *

Hacía horas que se había hecho de noche, pero la lámpara de suelo junto al sofá era la única luz encendida en toda la casa. En parte, por respeto hacia las intenciones de Jess de dormir un poco, y en parte porque las sombras respondían mejor a su estado de ánimo.

Se había quitado la camisa, las botas y los calcetines después de darle las buenas noches a Jess, que descansaba en el piso de arriba. Bajo la almohada

tenía la pistola. Josh Taylor montaba guardia en un coche de policía camuflado al final del camino de entrada. A Sam le pesaban los huesos y le dolían los músculos.

Pero algo lo inquietaba y no lo dejaba dormir.

Estaba sentado junto al círculo de luz proyectado por la lámpara, estudiando el trozo diminuto de metal que había recogido del suelo en el lugar donde habían apuñalado a Harry. Era el broche de una cadena de plata. No era muy diferente a la que Jess había visto en la subasta y que la había sumido en la primera regresión de las que él había presenciado.

Por la cicatriz larga y delgada de los dedos de Jess ya había deducido que habían intentado estrangularla con una cadena, y que la cicatriz era la prueba fehaciente de que había luchado por salvarse. ¿Cómo podía transformar todo aquello en algo útil?

Con una llamada al sheriff había comprobado que la furgoneta a la que le había disparado pertenecía a Derek Phillips, quien había confesado que, junto a un amigo, habían entrado en el almacén de Jess e intentado robar la calesa. Alguien había dejado doscientos dólares y una nota anónima en la camioneta, animándolos a hacerlo. La nota decía que aquello no supondría ningún perjuicio para Jess, pues en realidad estaban ayudándola a retomar el contacto con un antiguo amigo. Les pagaría quinientos dólares más cuando hubiesen llevado la calesa a un campo baldío cercano a la casa de Derek. Una llamada de teléfono los había animado a intentarlo una segunda vez.

¿Y lo de pintar aquel mensaje para Jess? El chico aseguraba no saber nada. Según él, los desperfectos en el interior del almacén ya estaban cuando ellos llegaron.

Sam estaba dispuesto a creerse aquella historia. Convertía a Derek en el chivo expiatorio de alguien con planes mucho más siniestros para Jess. ¿Pero quién? ¿Podía Derek darles algún nombre? ¿Un número de teléfono? El sheriff Hancock no le había hecho aquellas preguntas. Estaba buscando a un gamberro, no a un asesino.

—¡No! ¡Para! —Sam dirigió la mirada hacia arriba al oír el grito

angustiado de Jess.

Se levantó y se acercó hasta la base de la escalera. Aferró con fuerza el espigón de madera de pino y esperó con los ojos cerrados.

—Vamos, cariño —murmuró en la oscuridad—. Tranquila. Ahora estás a salvo.

Sorprendentemente, pareció calmarse. Al abrir los ojos y girarse para volver al sofá, oyó un crujido en el piso de arriba.

—¿Sam? —vio a Jess en lo alto de la escalera, envuelta en la colcha. Bajó lentamente y se detuvo en el escalón superior a donde se encontraba él. Estaba pálida.

—Vamos a hablar —su voz sonó como una caricia—. Estoy recordando cosas y no puedo dormir. Además, no quiero estar sola.

—No estás sola.

La dejó pasar, y la siguió hasta el sofá. Se detuvo junto a la mesita de café y observó la almohada sin usar y la manta doblada sobre la alfombra.

—Parece que tú tampoco puedes dormir.

—Estoy bien. ¿Quieres que me ponga la camisa?

—No, no hace falta.

—Como quieras.

Asintió. Señaló el sofá con la cabeza.

—Vamos a sentarnos.

—¿Quieres que te haga preguntas o prefieres hablar tú?

Al no contestar, le enseñó el broche de plata.

—Anoche encontré esto en el lugar donde te atacaron. ¿Lo reconoces?

Retrocedió asustada. Sam pensó en dejar la conversación para otro momento, pero Jess no se dejó amilanar. Extendió la mano y tomó el broche con dos dedos.

—Es de la cadena que llevaba aquella noche en Chicago. Una cadena de plata con un colgante de amatista. Alex me la regaló en un viaje que hicimos a Dallas el año pasado —se lo devolvió a Sam, deseosa de deshacerse de tan

macabro recuerdo—. El violador intentó estrangularme con ella. Supongo que la habrá guardado hasta poder volver para acabar el trabajo.

Sam se guardó el broche en un bolsillo.

—Si es listo, querrá recuperar cualquier objeto donde hayan podido quedar grabadas sus huellas. Y nuestro hombre es muy listo.

Jess negó con la cabeza.

—Llevaba unos guantes negros. Anoche también. Incluso estando desnudo llevaba guantes. Y ese maldito gorro que le tapaba la cara. Olía a naftalina. Toda su ropa.

—O sea, que no era su ropa habitual —razonó Sam—. Nuestro hombre se disfraza para actuar. Eso demuestra premeditación.

—Sí. Estaba esperándome fuera del museo. Conducía un taxi. Estaba aparcado en la esquina, así que no tuve que llamar a ninguno —sin pensarlo, extendió el brazo y buscó la mano de Sam en el sofá. La colcha se le resbaló del hombro al unir sus dedos. Sam le apretó la mano. Necesitaba aquel contacto tanto como ella—. Cuando le dije que no iba en la buena dirección, cuando le pedí que parase para bajarme, me amenazó con una navaja.

—¿Sabrías describirla?

—Era de las plegables, pero más grande de lo normal, de ésas que se curvan en la punta.

—Sé a cuáles te refieres.

—Tenía una empuñadura curiosa. Parecía de madera brillante, con ribetes plateados.

—Entonces, así es como te llevó a aquel barrio. Todas sus víctimas son mujeres que no tienen una razón aparente para estar en ese tipo de zonas. Eso, sumado a lo del disfraz, indica que planea sus agresiones minuciosamente. Seguramente, para confundir a las autoridades.

—O para humillarnos —Jess comenzó a temblar—. Las cosas que me dijo... y las que quería que dijese... Quería que le suplicase, que le pidiese perdón. Dijo que quería demostrar que él era mejor que cualquier mujer, y que debía considerarme afortunada por haber sido la elegida por él... —su

voz se detuvo y las primeras lágrimas comenzaron a brillar en sus ojos—para aprender la lección.

Sam se vio asaltado por una rabia aún más profunda que la que había sentido aquella noche en el depósito de cadáveres frente al cuerpo de Kerry. Respiró hondo, intentando desterrar aquel sentimiento. Procuró mantener la calma, consciente de que, por difícil que le resultase escuchar sus palabras, su sufrimiento no era nada comparado con el de Jess.

Con la mano le secó la lágrima que le bajaba por la mejilla. En ese momento, lo único que deseaba era abrazarla.

—Lo siento, cariño. Lo siento mucho.

Sam le pasó un brazo por detrás del cuello y la atrajo hacia sí. Jess apoyó la cabeza sobre su hombro. Durante varios minutos no hicieron otra cosa aparte de quedarse sentados así, el uno contra el otro. Ambos sabían que se trataba del último momento de paz antes de continuar con el relato de aquella pesadilla.

—Estaba en una cama. Era un lugar horrible, asqueroso. Me había atado a los postes de la cama... Perdona, ya sé que esto no es fácil de escuchar.

—Maldita sea, Jess, no te disculpes. Dime lo que sea... todo lo que recuerdes.

Cerró los ojos y se acurrucó aún más contra él.

—Es un hombre blanco. Alto. Me ató por los tobillos y las muñecas, pero mi mano izquierda... utilizó su cinturón. Conseguí aflojarlo mientras me gritaba... y me insultaba... —tragó saliva—. Se levantó y se puso un preservativo. No reparó en que tenía una mano libre, porque entonces ya estaba... encima de mí...

—Cariño —la besó en la cabeza—. No hace falta que lo digas.

—Cuando acabó, intentó estrangularme con la cadena —su mano salió disparada hacia el cuello, como si estuviese reviviendo aquel espanto—. Conseguí meter la mano que tenía libre. Hizo tanta presión que cortó...

Sam le agarró la mano y extendió la palma a la altura del pecho.

—Por eso tienes esa cicatriz en los dedos.

—Me desmayé. Debió de pensar que estaba muerta. Cuando recuperé el conocimiento, ya se había ido. Me había colocado en una postura parecida a la de alguien que está en un ataúd. Se había llevado todas mis cosas. Mi ropa, mi bolso, mi collar...

—Y un mechón de tu pelo.

—Sí, y también recuerdo un gato. Delante de mis narices.

—¿Estás segura de que era un gato vivo? Quizá estés mezclando recuerdos. A lo mejor su abrigo era de ésos con piel en el cuello o en las mangas.

—Eso es lo único que no tengo claro. Pero tiene algo que ver con un gato.

—Tranquila, no fuerces la memoria.

Jess tembló y se dejó caer sobre él.

—No quiero seguir con esto.

—No te preocupes.

Ya tenía una descripción general. Blanco, alto. Con una navaja. Y una cadena de recuerdo. El olor a naftalina, un gorro que utilizaba para taparse la cara. Y una necesidad de demostrar su hombría humillando y asesinando a mujeres fuertes. Ya era mucha información, comparado con lo que tenía cuando aún estaba en Boston.

Y todo se lo debía a la mujer valiente que estaba a su lado.

Por primera vez en toda la noche, Sam bostezó. Con aquella barrera superada, el cansancio acabó por instalarse en su cuerpo.

Jess llevaba ya un buen rato callada, así que intuyó que podría haberse quedado dormida.

—¿Quieres volver a la cama?

—No.

—¿Quieres que siga abrazándote?

—Sí.

Se recostó contra el brazo del sofá. Se tumbó, permitiendo que Jess se

extendiese sobre él. La tapó con la colcha y la dejó descansar allí, sobre su cuerpo. Un momento después, ya dormía profundamente. Sam no cabía en sí de felicidad al sentir la cercanía del cuerpo de Jess, y al mismo tiempo le asaltaban imágenes violentas de lo que aquel animal le había hecho. Pero también imágenes de lo que pensaba hacerle él a aquel hijo de perra cuando lo tuviese a tiro.

Capítulo 13

El arboreto de Charles Kent le pareció a Jessica un lugar precioso. El tejado, con sus hojas individuales de cristal, le recordaba a los palacios de los cuentos. Los aromas exóticos, el calor veraniego y los tonos grises y verdes relajantes salpicados de amarillos y rojos chillones convertían a aquella ampliación de la mansión en un lugar tranquilo y rejuvenecedor al que escaparse.

Y a juzgar por los gritos que se oían en el vestíbulo, Charles necesitaba un lugar tranquilo al que escaparse.

—¡Madre! Tienes criados que están el día entero a tu disposición. Yo, no —Trudy Kent le había pedido amablemente a Jessica que le permitiese llevarse un minuto a su hijo. El minuto se había alargado a cinco—. Mañana me reuniré con el alcalde Benjamin. No pienso cambiar mis planes para ir a jugar al golf con él esta tarde.

La voz de Trudy era tan intensa como la suya.

—El sentido de la oportunidad es fundamental en los negocios. Pensaba que ya lo sabías. Si Industrias Fergus hacen una buena oferta en la cena de esta noche, mañana será demasiado tarde para nosotros.

Hubo un momento de silencio. Jessica esperó nerviosa el siguiente intercambio verbal.

—No —la voz de Charles recuperó su tono normal—. Esta tarde tengo que hacer unas cosas con Jessica. Ya está aquí, y no sería de buena educación cambiar los planes.

Señor. Lo último que necesitaba era convertirse en el chivo expiatorio de alguien. Por la mañana se había despertado con esperanzas de que las cosas cambiasen. Por fin recordaba su vida entera, incluidos los peores momentos.

Pensaba que iba a sentirse rara y alterada, pero había dormido de maravilla, acurrucada entre los brazos de Sam. No quería que una pelea familiar ajena le estropease el día.

Quizá había exorcizado los demonios que la atormentaban en sueños compartiendo con él aquella terrible experiencia. No le había resultado fácil revivir aquella noche aciaga, pero lo había conseguido porque Sam estaba junto a ella, dándole todo cuanto necesitaba. Tenía un corazón de oro, y una paciencia que nunca habría imaginado en un hombre impulsivo como él.

Sam pensaba que Jessica le había sido de gran ayuda. Le pasaría a Virgil los datos que le había dado para introducirlos en la base de datos del FBI. Después de dejarla en casa de los Kent, había ido a hablar con el sheriff Hancock para pedirle permiso para interrogar a Derek Phillips. Iban a solucionarlo juntos. Se lo había prometido. Y ella lo creía. Atraparía a su agresor.

Y después quizá pudiese convencerlo para que, con toda su paciencia y su corazón, le diese otra oportunidad para establecer una relación más personal con él.

—¿Te has creído que esos dichosos árboles son más importantes que el futuro de nuestra comunidad? —la voz refinada de Trudy había adoptado un tono desdeñoso impropio de una dama como ella—. Tu padre era igual que tú. Siempre estaba derrochando mi dinero en fruslerías. Pensaba que tú eras más responsable. Te he educado para que sepas cuáles son tus prioridades.

Jessica paseó hacia la arcada que daba paso al vestíbulo. Quizá debería marcharse y dejar que Charles y Trudy hiciesen las paces a solas. Sam le había dado su número de teléfono móvil y le había dicho que lo llamase en cuanto quisiese que la recogiera.

Sabía que, aunque lo llamase antes de la cuenta, dejaría lo que estuviese haciendo para ir a por ella.

Su primo Mitch estaba en un coche aparcado y camuflado junto a la carretera de entrada a su finca. También podía llamarlo a él. Eso haría. Pondría alguna excusa y llamaría a Mitch. Avanzó a buen paso hacia la puerta principal.

—Esta conversación ha terminado, madre.

La voz de Charles sonaba más cerca. Oyó ruido de pasos junto al vestíbulo.

—Charles Kensington Kent.

Tres nombres. En cualquier caso, aquello era la advertencia de una madre. Mejor irse antes de que empezasen los fuegos artificiales.

Jessica esbozó una sonrisa y dobló la esquina del pasillo, donde se dio de bruces contra Charles.

—Disculpa.

Charles la agarró por los hombros y sonrió.

—No, discúlpame tú a mí.

—Mira, si no es un buen momento, mejor vuelvo mañana.

Frunció el ceño como si hubiese dicho algo incoherente.

—Pero si la subasta es hoy.

—Ya, pero si tienes otros asuntos... Si quieres, puedo ir sola a la subasta y decirte cómo está el tema.

—¿Lo ves, Charles? Jessica sí que sabe llevar un negocio.

Charles se encaró con su madre.

—Y yo también —agarró a Jessica del brazo y avanzó con ella hasta la puerta—. Por eso le he pedido a la experta que evalúe la mercancía antes de comprarla. Adiós, madre —a pesar de la discusión, besó a su madre en la mejilla—. Volveré para la hora de cenar.

Una vez en el Range Rover blanco de Charles, éste metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó la cartera.

—Ahí dentro está la tarjeta con la dirección de la subasta. ¿Puedes sacarla?

—Claro —Charles se puso los guantes de conducir mientras ella buscaba entre las tarjetas de crédito y las fotografías. Se detuvo en la foto de una chica muy guapa. Su sonrisa le resultaba familiar, pero no conseguía reconocerla.

—¿Quién es?

La miró durante un segundo y volvió a centrarse en la carretera.

—Mi madre.

—¿Estás de broma? Pensaba que era algún ligue tuyo.

Charles soltó una carcajada.

—Es una foto restaurada. De antes de la petición de mano. A los veintitrés años ya era viuda y tenía el pelo blanco.

—¡Vaya! —Jessica siguió buscando hasta que dio con la tarjeta—. Qué mujer. Seguro que tiene muchas cosas que contar.

—Sí. Un día deberías pedirle que te hiciese un relato pormenorizado de sus logros.

—Lo haré.

Jessica le dijo la dirección y se acomodó en su asiento. En el espejo retrovisor lateral vio el coche de Mitch dando la vuelta para seguirlos y se relajó. Charles aminoró la velocidad cuando se acercaron al cruce. Al parar, miró instintivamente hacia su casa.

—Ay, no.

Acababa de ver el Porsche rojo en su aparcamiento. Alex Templeton estaba dando vueltas a su alrededor, empeñado en demostrarle a quienquiera que estuviese al otro lado de la línea telefónica que era él quien llevaba razón.

Charles se inclinó hacia delante para mirar por su ventana.

—¿Un cliente?

—No, un antiguo amigo —Alex paró en seco y la saludó en cuanto la vio. Jessica se sintió como si la estuviesen apuntando con un arma. ¿Es que no sabía aceptar un «no» por respuesta? ¿Por qué no la dejaba en paz? Se dio la vuelta y se tapó la cara con la mano—. No pares. Ahora no me apetece hablar con él.

—¿Pasa algo? —preguntó Charles, preocupado—. No será uno de esos gamberros, ¿verdad?

«¿Con un Porsche?»

—¿Podemos irnos?

—Claro —Charles pisó el acelerador. Lo de hacerse el héroe no era su fuerte. El coche pegó un acelerón. Jessica se golpeó contra el asiento—. ¡Agárrate!

—Tendríamos que haber girado por ahí —gritó, agarrándose al apoyabrazos.

—Me has dicho que no parase —contestó.

Oyó el motor de otro coche que aceleraba, unido al ruido de ruedas derrapando sobre la grava. Jessica se incorporó en el asiento y se giró justo a tiempo para ver cómo Mitch le había bloqueado el paso al Porsche de Alex. Mitch bajó del coche con una pistola en la mano, y gritó algo que no pudo oír.

—Dios mío —¿pero qué estaba pasando? ¿Qué hacía Mitch? ¿Habría Sam averiguado algo sobre Alex?—. ¡Espera!

La escena desapareció de su campo de visión cuando el Rover salió volando al coronar la loma y aterrizó de nuevo sobre el asfalto. Jessica se golpeó en la mejilla contra la ventana. El dolor se extendió por toda la cabeza mientras el coche derrapaba y giraba hacia la cuneta.

—¡Charles!

—¡Cállate!

«¿Cállate?» Se sujetó la cabeza con las manos. ¿Estaba oyendo voces de nuevo? El coche patinó y se fue directo a la cuneta del lado contrario sobre dos ruedas. Jessica se sujetó al salpicadero para no resbalar hacia el asiento del conductor.

—¡Charles! Tienes que frenar, vamos a...

—¡Cállate, puta! —giró el volante hacia la derecha.

Guantes de conducir. Guantes de conducir de cuero negro.

El coche volvió a caer sobre las cuatro ruedas, pero Jessica estaba ya tan conmocionada que no sintió el dolor.

El coche se salió de la carretera y clavó las ruedas delanteras en un enorme charco de agua de lluvia. Saltaron los airbag y su vista se nubló.

Unos segundos, o quizá minutos, después, Jessica abrió los ojos. En el pecho le quemaba la marca del cinturón de seguridad que le había salvado la vida. Sintió ganas de vomitar. Habían ido a parar a un maizal, pero estaba viva.

Miró hacia el asiento del conductor. Charles tenía la cabeza apoyada contra el airbag desinflado y los brazos caídos a los lados.

Jessica intentó centrar la vista. Se desabrochó el cinturón y extendió la mano hacia Charles. Su intención no era comprobar si estaba muerto o inconsciente. Lo empujó contra el respaldo del asiento y le tiró de la corbata. La confusión en la que estaba sumida hizo que sus dedos se liasen con los botones de la camisa. Las lágrimas le picaban en los ojos, pero la rabia le impedía llorar.

Desesperada, renunció a los botones y le desgarró la camisa. Estaba al borde de la histeria, frenética por conocer la verdad. Tiró del cuello de la camiseta hacia abajo hasta que consiguió verle el pecho.

Ya sabía lo que iba a encontrar.

Se apartó, como si el contacto con su piel le hubiese quemado los dedos.

Allí estaba aquel maldito gato.

Charles Kent llevaba un tigre tatuado en el pecho.

* * *

—Cat Boyce Templeton. Su padre ganó una fortuna con una de las empresas de publicidad más importantes del país —Virgil había investigado a fondo—. Ahora entiendo por qué Alex tiene algo contra las mujeres. Su mujer le hizo firmar un acuerdo prematrimonial para que no viese un céntimo de su dinero si se divorciaba de ella.

—¿Te parece motivo suficiente? —preguntó Sam cambiándose el teléfono de mano para abrir la puerta de la camioneta de Jess.

Se imaginó a Virgil negando con la cabeza.

—Cat y su padre son los que tienen el dinero, pero Alex habrá ganado sus buenos ocho millones él solito. Parece ser que ha estado liado con unas cuantas mujeres de todo el país, pero no violó a tu chica en Chicago. Tiene una coartada a prueba de bombas.

—¿Cuál? ¿Estaba ocupado humillando a alguna de sus otras amantes?

—No te cae bien el tipo, ¿eh? —Sam no hizo comentario alguno. Virgil lo conocía demasiado bien—. ¿Recuerdas el acto para recaudar fondos de aquella noche? Adivina quién era el conferenciante.

—¿Templeton? —arrancó el motor y salió del aparcamiento de la oficina del sheriff del condado. Su interrogatorio a Derek Phillips acababa de confirmarle que había dado con los gamberros, pero que debía seguir buscando al asesino.

Alex Templeton había estado en Miami y Chicago cuando se produjeron aquellas agresiones. Era un hombre blanco y alto que maltrataba a las mujeres. Eso, unido al hecho de que le había hecho daño a Jess, emocionalmente hablando, lo convertía en un sospechoso válido.

—Estaba en el estrado cuando Jessica Taylor fue secuestrada.

Maldita sea. Sam quería que fuese Templeton. Quería una excusa para hacerle pagar el daño que le había hecho a Jess.

Vuelta a la casilla de salida.

O lo que era lo mismo, no separarse de Jess hasta que el agresor volviese a dar señales de vida.

Estaría con ella en cinco minutos.

* * *

Jessica encontró el bolso en el suelo del asiento trasero. Sacó el teléfono y las gafas de sol. Bajó del Range Rover accidentado e intentó orientarse. Aunque maltratado por el granizo, el maíz seguía siendo demasiado alto para alcanzar a ver la carretera, pero no le costaría demasiado trabajo seguir el sendero abierto por el coche. La hinchazón en la mejilla no era nada comparada con las palpitaciones que sentía en la cabeza al andar. Se puso

las gafas de sol para evitar que éste agravase el dolor de cabeza y marcó el número de Sam.

El teléfono de Sam comunicaba. Marcó el 911. Allí estaba la carretera, a apenas cinco metros.

—Venga, venga —quizá debería haber llamado a Mitch—. Contestad al...

Un brazo la agarró con fuerza del cuello y le hizo perder pie. Dejó escapar un grito ahogado cuando una mano le pasó por encima del hombro, le arrancó el teléfono y lo tiró al suelo. Al primer intento de liberarse, notó el pinchazo de la hoja de una navaja contra la piel de debajo de la barbilla. Sintió el calor de su propia sangre bajándole por el cuello.

—Lo tenía todo planeado —protestó Charles—. Aquí no puedo hacerlo —arrastró a Jessica por el cuello—. ¡Muévete, puta!

* * *

—¿Qué diablos está pasando aquí? —era Mitch Taylor quien preguntaba —. He conseguido que el sheriff detenga a Templeton como sospechoso de entrar sin autorización en la propiedad de Jess, pero un buen abogado lo sacará en menos de una hora y será él quien quiera verme a mí encerrado. Esto no tiene nada que ver con unos gamberros, ¿verdad, O'Rourke?

—¿Dónde está Jess?

—Contéstame.

—Contéstame tú a mí.

Dos gigantes frente a frente. Dos hombres que sabían hacer bien su trabajo. Dos hombres que querían a una misma mujer de maneras distintas. Una mujer a la que sabían en peligro.

—No nos habéis contado toda la historia, ¿verdad?

Sam se debatió durante unos segundos antes de decidir que perder la confianza de Jess era el precio más doloroso que podía pagar para salvarle la vida.

—Voy a romper una promesa, pero tienes que saberlo.

Se lo contó todo en unos minutos. Las expresiones de conmoción, dolor

y rabia que cruzaron el rostro de Mitch Taylor ya habían desaparecido cuando Sam acabó su relato.

—Su agresor está aquí, en Kansas City. No está segura sola.

—Va con Charles Kent en un Range Rover blanco por esa carretera, en dirección Este, hacia la finca de los Stuyvesant.

—Creía que iban a Mission Hills.

—Sólo si lo que quieren es disfrutar del paisaje. Mission Hills está cruzando la frontera del Estado —señaló por encima de su hombro hacia el Oeste—. En Kansas.

Sam corrió hacia la camioneta. Mitch sacó su teléfono y gritó por encima del rugido del motor.

—La caballería llegará en veinte minutos. La encontraremos.

Sam pisó el acelerador a fondo. Charles, el esnob, había contratado a Derek Phillips para plantar árboles en su casa. Charles, el hombre blanco y alto, era un entendido en antigüedades y objetos de colección. Habría apostado una mano a que coleccionaba navajas y joyas. Charles, el caballero rural que hacía alarde de su dinero y de su posición social, había presionado a Jess por teléfono para salirse con la suya.

Quizá no tuviese veinte minutos.

* * *

—Ya está —la seda le pellizcó la muñeca cuando le dio el último apretón —. Quédate ahí sentada y cállate.

—Charles, no conseguirás salirte con la tuya.

Jessica intentó convencerlo mientras empezaba a sacar de una bolsa todos aquellos artículos que tan familiares le resultaban. El gorro. Un preservativo envuelto en papel de aluminio. Una bolsa de plástico llena de mechones de pelo moreno.

Una bola de naftalina traslúcida cayó al suelo.

Estaba demasiado asustada para llorar y era demasiado inteligente para gritar. Se concentró en respirar hondo para no desmayarse. Tenía ampollas

en los pies del trayecto a pie hasta el establo abandonado de los Stuyvesant y sangre en la blusa blanca como consecuencia del corte en el cuello. Tenía las muñecas y los tobillos atados con el cinturón y la corbata de Charles, quien había preparado un lecho de paja en el interior del establo.

Estaba cambiándose de ropa para convertirse en el taxista de una noche lejana. Cuando hubo acabado, se volvió hacia ella y se golpeó el pecho.

—¿Lo ves? —el gorro amortiguaba su voz, deformándola—. Esto es el pecho de un hombre. ¿Sientes la fuerza? —frotó la palma de la mano contra el tatuaje del tigre—. He matado a otras mujeres. Ellas sí que comprendieron quién era el que mandaba.

Jessica intentó buscar una salida a su situación. Estaba a su merced. Pero la otra vez había conseguido romper sus ataduras. Había sobrevivido.

Hasta que pudiese agarrar su navaja o liberarse, no podía hacer otra cosa aparte de rezar para que alguien viese el coche accidentado e iniciase la búsqueda. Sam intentaría localizarla al no tener noticias suyas.

«Sam». Ojalá pudiese verlo por última vez, fundirse en un abrazo con él. Ojalá pudiese decirle lo enamorada que estaba de él, pedirle que le diese una oportunidad. ¿Tendría la paciencia necesaria para llevar su relación a buen puerto? ¿Acabaría con aquel hombre como le había prometido?

—¡Contesta, puta! —de repente, Charles estaba encima de ella, pasándole la navaja por el cuello. Se colocó entre sus caderas y Jessica gritó, reprimiendo la náusea.

Charles guardó la navaja en su funda y sacó la cadena de plata de un bolsillo. Con un hábil movimiento de mano, le rodeó el cuello con ella y retorció los extremos hasta que se le clavó en la carne.

Instintivamente, Jessica dio una bocanada de aire, pero se le quedó atascada en el torniquete que le cerraba la tráquea. Sus pulmones se negaron a abrirse. Intentó desterrar el pánico que amenazaba con trastornarla, pero nada podía hacer contra aquel mareo que se adueñaba de ella.

—Eso ya está mejor —Charles parecía mucho más tranquilo—. Ninguna

mujer me dice qué es lo que tengo que hacer, ¿entendido?

Los pulmones de Jessica necesitaban tomar aire. «Síguele la corriente». Quizá fuese capaz de entretenerlo si le seguía la corriente. Se obligó a asentir. Una vez. Dos.

Aquella horrible cara negra soltó una carcajada.

—Eso está mejor.

Aflojó la tensión de la cadena, y Jessica pudo por fin respirar. Pero el indulto era sólo temporal. Le soltó los brazos, pero le pasó la navaja por la blusa, arrancando los botones uno a uno.

No soportaría volver a pasar por aquello otra vez.

Cortó el cinturón y le desabrochó el botón de los pantalones. «Sigue hablando».

—Para ti ha debido de ser un suplicio crecer junto a una madre tan exigente, tan intolerante.

—No vamos a hablar de mi madre, ¿está claro? —le abrió la bragueta de los vaqueros.

Jessica le golpeó el pecho con los puños.

—¡Para!

—Muy mal, muy mal —Jessica volvió a golpearlo—. Ninguna mujer manda sobre mí.

El establo se inundó de pronto de luz cuando las puertas y las ventanas se abrieron de golpe.

—¡Charles! —una voz con acento irlandés y en un tono amenazante sonó desde la puerta. Jessica no pudo contener su alegría—. Si no la dejas salir, te reviento la cabeza de un disparo.

Charles cortó el cinturón que le ataba los tobillos y la obligó a levantarse, colocándola delante de él para utilizarla como escudo humano.

—¡Atrás! Si no, la mato.

* * *

—**M**aldito.

Jess estaba manchada de sangre y tenía las muñecas atadas. Aquel desgraciado la había situado entre él y la bala que Sam le tenía reservada. Si Jess hubiese sido más baja, podría haberle apuntado por encima de su cabeza. Pero por su estatura le servía a Kent de escudo humano perfecto.

El único disparo posible era justo al lado de la oreja de Jessica. Un centímetro hacia un lado y Kent estaría muerto. Un centímetro hacia el otro lado y sería ella quien estaría muerta.

Sam se había pasado la vida practicando para un momento como aquél. Lo había conseguido en la galería de tiro. Sabía que podía hacerlo. Lo que nunca habría podido imaginar era que la mujer de la que estaba enamorado estaría también en el punto de mira de su Sig Sauer.

Mitch Taylor había ordenado a los hombres del sheriff y a los agentes de policía que rodeasen el edificio. Le ordenó a Kent que se rindiese, que tirase el arma y que liberase a su rehén.

Sam seguía allí, inmóvil. Sus manos no temblaban. Sus ojos no se separaban de Jess.

Cuando la navaja le hizo un corte en la mejilla, Sam se estremeció.

Jess intentaba hacer frente al dolor y al miedo, pero su mirada no se apartaba de la de Sam. «Dispara». Movió la boca, pero no llegó a articular palabra. Le había prometido que, de un modo u otro, mataría a aquel hijo de perra.

Charles Kent le apretó la navaja contra el cuello.

—¿Alguien tiene un buen ángulo de tiro? —preguntó Mitch.

—Sí.

Sam apretó el gatillo.

Capítulo 14

En los tres días transcurridos desde la muerte de Charles Kent, Sam había pasado bastante tiempo en el hospital, preocupándose por Jess. Pero también estaban sus familiares, las enfermeras y los psicólogos que le impedían hacer poco más que preguntarle cómo se encontraba y disculparse por haber permitido que le hiciesen daño. Por estar demasiado cansado, obsesionado o distraído para ver al enemigo en sus propias narices.

Había pasado bastante más tiempo redactando informes y hablando por teléfono. Mitch Taylor le había cubierto las espaldas ante Dixon, su jefe en Boston, argumentando que había trabajado en colaboración con el Departamento de Policía de Kansas City en el caso del violador en serie. Un registro de la habitación de Charles Kent había sacado a la luz una colección de navajas, incluida la que Jess recordaba de su agresión en Chicago. Las muestras de pelo habían sido enviadas al laboratorio para contrastar su ADN con el de las víctimas.

Pero Sam ya había reconocido el mechón rizado y moreno que un día perteneciese a Kerry. Era cuestión de tiempo que los cinco asesinatos y la violación de Jess se declarasen resueltos. Su permiso de excedencia acababa en dos días, y tendría que volver a Boston.

No quería irse.

Había ido a Log Cabin Acres a recoger sus cosas. Mientras daba una vuelta por el jardín reparó en que la valla tenía necesidad de una mano de pintura y en que había que podar los arbustos. Se quedó de pie en el lugar donde Jess y él habían compartido su primer beso y se sentó en el porche donde le había servido limonada.

Sam metió el petate en el maletero del coche alquilado y cerró la puerta.

Aquella tarde, había tomado a Jess en brazos y había salido con ella del establo de los Stuyvesant.

Después, hermanos, médicos y la realidad la habían separado de él.

Sam respiró hondo y alzó la cabeza para contemplar por última vez el color otoñal de aquellos árboles. Misuri era un lugar precioso, pero había llegado el momento de alejarse de allí. Jess ya había recuperado la memoria. Su violador estaba muerto. Y él sólo conseguiría recordarle todo aquello por lo que había pasado.

Aquella mañana había estado en el juzgado, para declarar que Derek Phillips debía pagar por su delito con servicios a la comunidad, y no con la cárcel.

Sam se aflojó el nudo de la corbata y se quitó la chaqueta, que depositó en el asiento del copiloto. Oyó el crujido de la grava y vio la nube de polvo mucho antes de que una caravana de coches, camionetas y una furgoneta coronasen la loma.

—¿Pero qué demonios...?

Cerró la puerta del coche y se preparó para recibirlos cuando, uno por uno, los vehículos llegaron junto a él y los Taylor fueron saliendo de ellos. Seguramente habían ido a ajustarle las cuentas por tomarse demasiadas libertades con su hermana.

—O'Rourke —Mitch Taylor fue el primero en dirigirse a él.

—No quiero pelear con vosotros —dijo, intentando abarcar con la mirada a todos los hombres, incluido uno al que no había visto antes. Era idéntico a Jess, aunque altísimo y musculoso. Llevaba el pelo recogido en una larga coleta. Sólo podía tratarse de Cole Taylor.

—¿Pelear? —respondió Brett.

—Sé que me lo merezco. Podría enfrentarme a vosotros de uno en uno, pero todos a la vez me mataríais de una paliza —incluyó a Sid Taylor, que también estaba allí—. Bueno, siete. Aunque preferiría no...

—Que yo sepa, nadie ha venido buscando pelea —lo interrumpió Sid—. ¿Verdad, chicos?

—Bueno, no sé —bromeó Josh—. Si le hace daño a Jessie...

—Hemos venido a hablar —continuó Sid.

—Os ahorraré la charla —Sam enumeró todas las cosas que según él había hecho mal con Jess, y acabó con una disculpa—. En ningún momento he querido hacerle daño. Pero metí la pata. Por eso me voy. No quiero que sufra más. No quiero recordarle todo lo que ha sucedido.

Ya que nadie parecía dispuesto a darle el primer puñetazo, sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta del coche.

—Cuidad de ella —pero antes de subir al coche, se giró para pedirles algo—. No dejéis que se conforme con un capullo como Templeton. Se merece algo mejor. Se merece alguien que la quiera, que la trate bien, que la desee sólo a ella, que la vea como la mujer inteligente, sensible y atractiva que es. Aseguraos de que es alguien que la quiere de verdad. Que no se conforme con menos.

—¿Conoces a alguien así? —preguntó Cole.

Vaya. Lo había confesado. Estaba enamorado de su hermana.

—Sí.

—¿Y qué podemos hacer para convencerte de que te quedes?

—¿Cómo? —¿acaso no se habían presentado allí para lincharlo?

—¡Ya vale! —una puerta se abrió y volvió a cerrarse. Harry se acercó corriendo hasta donde estaba Sam—. Harry, siéntate.

Al oír la orden de Jess, el perro se sentó a los pies de Sam y frotó la cabeza contra su mano. Qué curioso. No se esperaba contar con aquel aliado. Sam le rascó la cabeza, confuso. Jess se abrió paso entre Mac y Gideon y se volvió hacia su familia.

—Os quiero mucho, pero... ¿podéis iros todos?

Martha Taylor acudió en su ayuda y los obligó a todos a volver a sus vehículos y a marcharse de allí con viento fresco.

—Tenía miedo de no llegar a tiempo, por eso pedí que alguien viniese a entretenerte. No pensaba que fueran a presentarse todos.

Jessica miró a los ojos del hombre del que estaba enamorada y los vio henchidos de compasión, de valor, de nobleza, de amor.

—¿Sam? ¿Te importaría que te besase?

—Eso ni se pregunta.

—No quiero que me tengas miedo. No soy perfecta, pero sí muy tozuda. No pienso renunciar a la posibilidad de estar contigo sólo porque unos días vayan a ser más difíciles que otros. Pero estoy convencida de una cosa: nos queremos y somos más fuertes los dos juntos. Juntos, podemos curarnos mutuamente. Habrá más días buenos que malos, y un buen día... ya no habrá más días malos.

Sus ojos grises brillaron con intensidad.

—Ahora sí que voy a besarte.

La levantó y la llevó en brazos hasta la casa.

—¿Sam? —dijo con los dedos enredados en su pelo. Estaban en el sofá, con las camisas abiertas, el pulso acelerado y una sensación de tranquilidad que hacía desaparecer todo atisbo de miedo en su interior—. Creo que ya estoy preparada.

—¿Para qué, cariño? —preguntó mientras ella le aflojaba el cinturón.

—Ah. No estás obligada a hacerlo por mí.

—No. Lo hago por mí.

Le pidió que la dejase ponerse encima de él. Sam, a su vez, le pidió que no dejase de hablar, para saber que estaba con él en todo momento. Gozaron juntos, allí, en el sofá.

Y de nuevo en su cama. La segunda vez fue incluso mejor, como mejor sería la vez siguiente. Jessica se acurrucó contra él y observó cómo subía y bajaba su pecho, al ritmo de su respiración.

—En Kansas City hay una oficina del FBI —susurró con aquel hermoso acento irlandés—. Quizá necesiten otro agente. Tengo buena puntería, no soy mal investigador y, al parecer, me llevo muy bien con el departamento del sheriff y con la policía.

Jessica sonrió.

—Dicen que en Boston hay antigüedades maravillosas.

—Me encantaría llevarte a Boston... para presentarte a mi familia. Ya sé que suena cursi, pero yo ya conozco a la tuya.

—Sí, me encantaría ir a verlos y rezar por ellos. Y darles las gracias por ti.

Saboreó las lágrimas que corrían por las mejillas de Sam. Lágrimas de felicidad.

Era un hombre maravilloso.

Le había salvado la vida. La había enseñado a confiar en ella misma de nuevo. Le había demostrado que podía sentirse querida. La amaba como nunca nadie la había amado.

Aquél era un regalo que nunca olvidaría.